

N A N D O L Ó P E Z

se

FACILITY  
BETA 80

CRYPTOCODE

CRYPTO MEMOR

THAEP

EATION

ORMO

THEO

EST MO

PH ETI

PH

SIGMA

LA LEYENDA DEL  
**CÍCLOPE**

EL DON DE ARIANNA

Lectulandia

Ypsilon, año 10 del Nuevo Orden.

El país se prepara para el Aniversario del incendio que lo cambió todo.

Diez años de censura, represión y felicidad impuesta.

Diez años huyendo de los Cíclopes y siguiendo las huellas de los Dos Ejes.

Pero ahora los Rebeldes cuentan con un arma secreta.

Su nombre es Ariadna. Y tiene un don.

**La revolución ha comenzado. ¿En qué bando estás tú?**

Nando López

# **El don de Ariadna**

**La leyenda del cíclope - 1**

**ePub r1.0**

**Titivillus 02.05.2022**

Título original: *El don de Ariadna*  
Nando López, 2021  
Ilustraciones: David Benzal

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1





«Solo de las palabras adecuadas nacerá todo lo que el silencio  
ha aprendido a robarnos».  
Tiresias























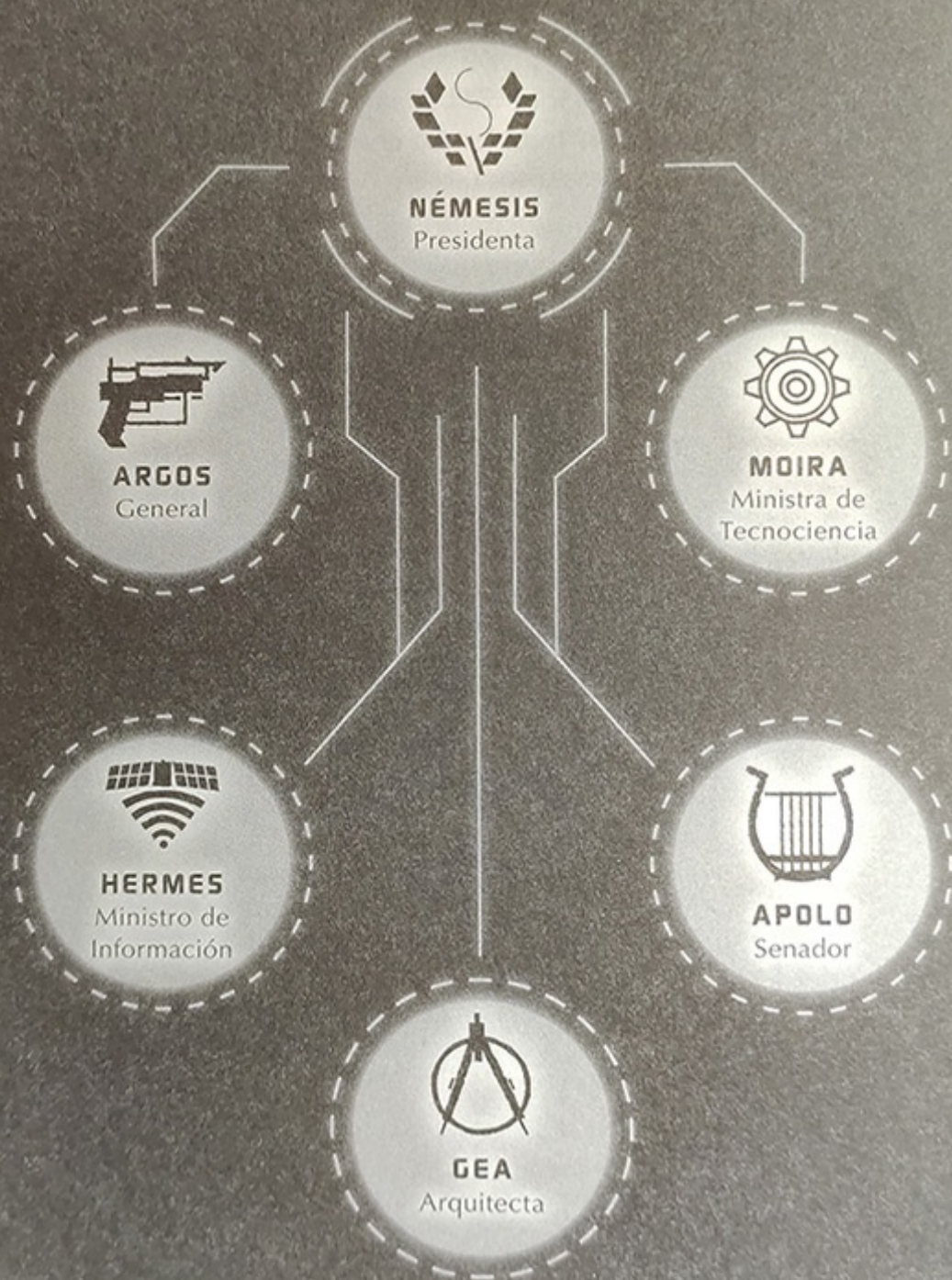


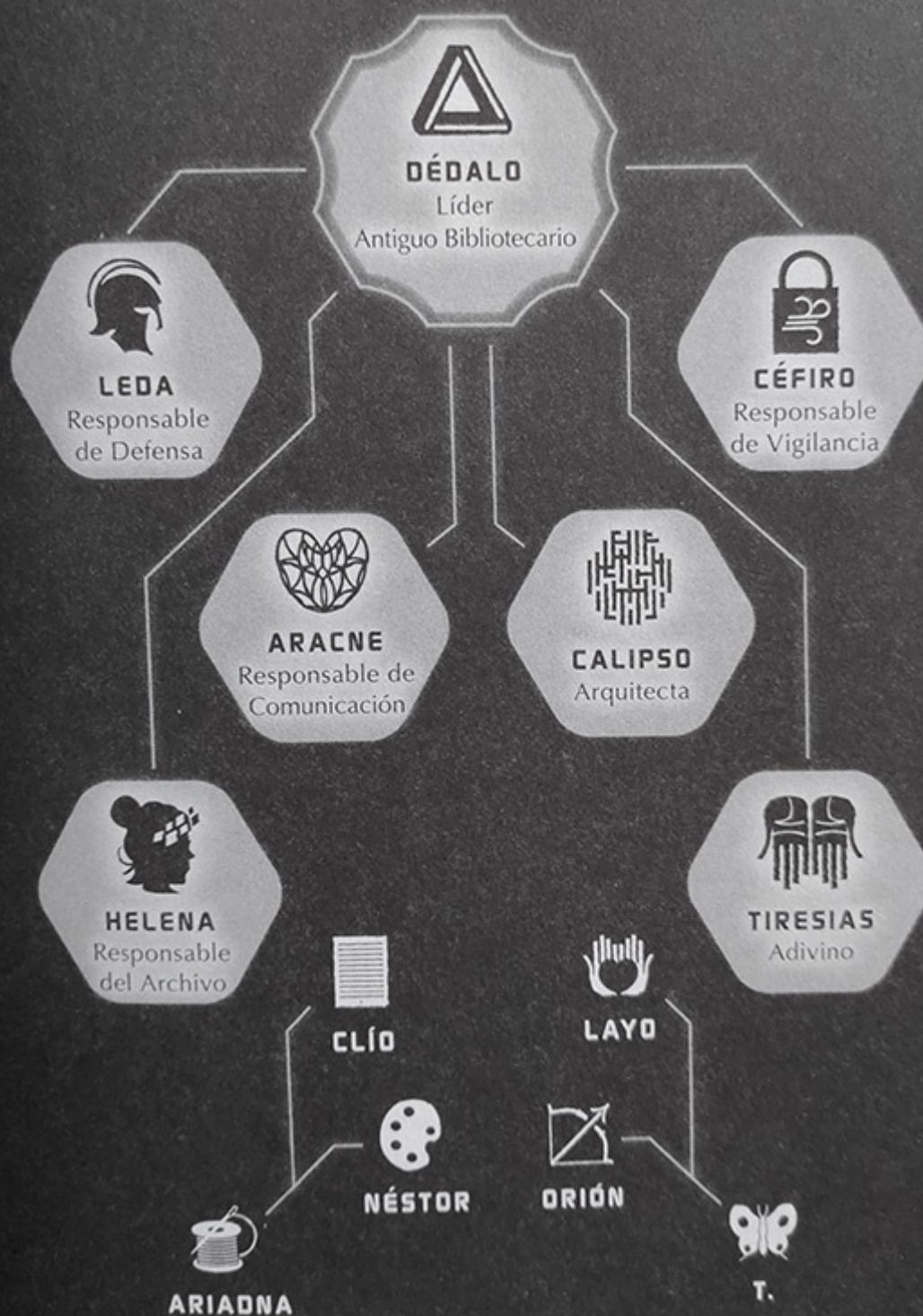






# [YPSILON]









# 1

## YPSILON

La oscuridad no le daba miedo.

Estaba acostumbrada a moverse como una sombra, intentando no ser vista por los Cíclopes, el ejército de cícorgs que, al servicio del Senado, vigilaba las calles de Geonia. Su labor era proteger a los habitantes de la capital de Ypsilon de los ataques de los Rebeldes. Para ello, contaban con un nutrido grupo de Rastreadores: Cíclopes especializados en la búsqueda e identificación de fugitivos.

Ariadna había aprendido a esconderse desde que apenas tenía uso de razón. Fue una de las primeras lecciones que recibió de sus padres, que la entrenaron pronto en las tácticas de los Rebeldes para ponerse a salvo. Por eso, a pesar del aspecto amenazador de los cícorgs que habían dado con el paradero de su familia, Ariadna ni siquiera gritó cuando la encerraron en aquel minúsculo calabozo.

Programados para obedecer órdenes, los Cíclopes Rastreadores superaban en más de un metro el tamaño de un ser humano medio. Su cabeza, mitad humana y mitad robot, estaba coronada por un único ojo, con el que registraban y procesaban toda la información. Les resultó sencillo detenerlos en aquel almacén abandonado del Distrito 16 que tanto ella como sus padres habían elegido como último refugio. Desde que Ariadna recordaba, jamás habían pasado más de un año en un mismo lugar, siempre ocultos en alguno de los distritos periféricos de Geonia —los comprendidos entre el 15 y el 30—, convirtiendo los locales viejos y destartalados que encontraban en un hogar precario y nómada.

—¡Corre, Ari, corre! —le gritó su madre mientras los Cíclopes los esposaban por conspirar contra las leyes del Ministerio de la Información.

Ariadna obedeció la orden de Clío, pero no logró librarse de los Rastreadores. Las callejuelas estrechas y casi laberínticas del barrio, uno de los menos favorecidos de la capital, jugaron en su contra, pues los Cíclopes lograron bloquear todas las salidas y detenerla sin demasiado esfuerzo.

Cuando la atraparon, sintió una decepción profunda, como si estuviese defraudando a su familia por no haber podido huir. Pero ahora, mientras esperaba en su celda a que alguien le diese noticias de sus padres, de nada le valía lamentarse: tenía que actuar. Y, convencida de ello, se propuso demostrar a los Cíclopes que, a sus doce años, no era la inofensiva y desvalida cría que ellos imaginaban.

Buscó en sus bolsillos el ejemplar del libro que siempre llevaba consigo y trató de concentrarse.

Lo había practicado mil veces, cada uno de los días en que, cuando apenas había amanecido, su padre la levantaba de la cama para entrenar. «Es importante, hija», le respondía Néstor cuando ella, aún muerta de sueño, se quejaba de que la despertasen a esas horas... Y hoy, por primera vez, sentía que era el momento de poner en práctica lo que hasta entonces solo había sido un ensayo. Lo que antes era un juego se había convertido en su única oportunidad de sobrevivir.

Abrió las páginas del libro, un ejemplar ilustrado y con las cubiertas medio quemadas. Tal y como le habían enseñado, debía elegir una imagen y concentrarse hasta dibujar en su cabeza, letra a letra, el nombre del personaje que aparecía en ella. Era esencial escoger bien, pues sabía por experiencia que su don no siempre provocaba las consecuencias esperadas.

—Puedes hacerlo —le insistía su padre esos días en que ella solo pedía remolonear durante unos minutos más en su cama.

—Si aún no es de día, papá... —Y Néstor la acariciaba con ternura, como si quisiera pedirle perdón por obligarla a crecer demasiado deprisa, consciente de que el don de Ariadna era, a su vez, una condena que la obligaba a aceptar responsabilidades cuyo alcance no podía imaginar.

—Por eso mismo, pequeña: sabes que no es seguro jugar a nuestro juego a plena luz.

Así lo llamaba su padre: «nuestro juego». Y así lo sentía entonces Ariadna, aunque ahora supiera que era mucho más que eso, porque su vida y la de su familia dependían de que fuera capaz de ganar la partida.

—Puedes hacerlo. —Se dijo a sí misma, tratando de imitar la convicción con que Néstor la animaba en aquellas madrugadas. La misma obcecación con la que su madre le pedía que se leyera el libro que ahora tenía en sus manos. Un ejemplar prohibido que, según Clío, debía conocer bien para que el juego, ese que no se debía practicar a plena luz, fuera posible.

—Si no aprendes sus nombres, no podrás utilizar el poder que otorgan sus historias. —Así justificaba su madre aquellas largas sesiones de lectura, en las que le explicaba el origen legendario de los personajes que surcaban aquel libro, en el que un tal Odiseo trataba, durante diez años, de regresar a casa.

—Son demasiados. —Ariadna intentaba memorizarlos, pero muchos de ellos le resultaban difíciles y otros, sin embargo, extrañamente conocidos—. ¿Los cíclopes de este libro son los mismos que nos persiguen?

—No, aunque sí provienen de un lugar parecido... Te aseguro que algún día lo entenderás. —Le prometía su madre. Pero, ocupadas en los detalles del viaje de Odiseo, jamás tenían tiempo para hablar de por qué el Senado había robado tantas de aquellas palabras para fundar en Ypsilon el Nuevo Orden—. Lo esencial es que lo conozcas bien. Tienes un don, Ari. No puedes olvidarlo.

Cómo olvidar algo que le recordaban cada día.

Algo que seguía sin entender.

Algo que, en cierto modo, le hacía preguntarse demasiadas cosas sobre sí misma.

Un don, sí.

Un don poderoso, como decían sus padres, pero limitado.

Aunque sus invocaciones acababan convirtiéndose en algo real, el resultado no siempre era el esperable. Era como si la magia interpretase libremente sus deseos. Además, solo funcionaba con los nombres sacados de aquel libro. Por eso ahora buscaba la respuesta entre sus páginas...

Necesitaba dar con ella antes de que los Cíclopes la interrogasen, pues se temía lo peor de ese ejército de cíborgs que no dudaban en usar la tortura. Además, si la registraban, podrían dar con el ejemplar que, milagrosamente, había logrado ocultar bajo sus ropas.

Ariadna ojeó rápidamente algunas páginas. Las conocía casi de memoria, pero nunca se arriesgaba a dibujar mentalmente el nombre del personaje sin antes comprobarlo. Sabía bien que si se equivocaba en una sola letra, el prodigio no se producía. Y ahora necesita encontrar con urgencia algo que...

Al fin. Lo tenía.

Aquel nombre iba a sacarla de la celda.

Se alejó corriendo para cobijarse en un extremo de la habitación y, mientras las susurraba, trazó las letras en su cabeza.

Z-E-U-S

El dios del cielo, del trueno y del rayo.

Esa fue su elección.

En cuclillas y con la cabeza entre las manos, esperó a que se obrara el prodigio.

Solo pasaron unos segundos hasta que estalló una inesperada tormenta y cayó, atravesando fulminante su celda, el primer rayo.





## 2

# EL JUEGO

Acababa de cumplir cuatro años cuando descubrió su poder.

Sus padres, según le contaron, lo habían intuido mucho antes, y fue Dédalo, el antiguo Bibliotecario Estatal, quien les aconsejó que adiestraran a Ariadna hasta que supiera dominarlo.

—Vuestra hija debe aprender cuanto antes de lo que es capaz. —Les insistió quien se había convertido en el líder de los Rebeldes después del Gran Incendio—. No podéis negarle su identidad.

—No pretendemos negarle nada, Dédalo. —Se defendió Clío—. Lo que queremos es que esa identidad la construya ella.

—¿Y cómo va a hacerlo si le ocultáis parte de lo que es?

—Pero esa parte de la que tú hablas —se lamentó Néstor— podría costarle la vida.

—O podría ser la que salvara las vidas de todos los demás.

—¿De qué estás hablando?

Dédalo adoptó un tono misterioso:

—«Solo de las palabras adecuadas nacerá todo lo que el silencio ha aprendido a robarnos».

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

El antiguo Bibliotecario se encogió de hombros.

—Solo Tiresias lo sabe...

—Ese viejo loco —refunfuñó Néstor, que creía que aquel hombre que presumía de ser adivino, y a quien nadie tenía acceso, no era más que un charlatán.

—Él es quien dejó escrito que vuestra hija heredaría ese don. Así que quizá no esté tan loco si acierta con cuestiones tan delicadas como esta.

—¿Y qué más escribió? —preguntó Clío temiendo que, además de adivinar el poder de Ariadna, también hubiera sido capaz de anticipar su futuro.

—Nada que os pueda decir aún —se excusó Dédalo—, pero formadla. Por favor. Educadla en el uso de su don.

Tanto Clío como Néstor recibieron aquel consejo con inquietud. Las palabras de Dédalo, al igual que su alusión a Tiresias, confirmaron lo que ambos se temían: el destino de Ariadna estaba marcado por sus poderes, de modo que aquello que la hacía más fuerte también la volvía más vulnerable. El riesgo que entrañaba su don era el precio que debía pagar por poseerlo.

Desde aquel día, Clío se aplicó a la tarea de enseñarla a leer. Ariadna se quejaba cuando veía aparecer a su madre cargada de cuadernos y lápices, con los que pretendía que aprendiera a dominar cuanto antes el manejo del arma que habría de empuñar en el futuro. Entonces ella ni siquiera podía imaginar el alcance de su poder, pero acababa cediendo ante los relatos llenos de dioses y héroes que su madre sacaba de las páginas de un viejo libro. Un ejemplar de la *Odisea* con las cubiertas medio devoradas por culpa del Gran Incendio y que pronto aprendería a proteger de cualquiera que quisiera destruirlo.

—¡Pero si solo hay letras! —protestó la primera vez que lo tuvo delante.

Clío interrumpió la lectura y se levantó en busca de algo.

—Toma. —Le dijo entregándole unos lápices—. ¿Por qué no haces tú los dibujos que faltan? Yo te leo y tú lo vas pintado.

Ariadna se puso manos a la obra, dispuesta a llenar su cuaderno con escenas inspiradas en aquel libro tan serio y lleno de palabras, donde se contaba el regreso de un héroe hasta Ítaca, la isla en la que había vivido antes de ir a la guerra.

¿Cómo era posible que ese tal Homero no hubiera hecho un solo dibujo? Ella estaba decidida a arreglarlo, así que trazó en un papel la silueta de una sirena, uno de los seres fantásticos que aparecían en el texto y de quienes se decía que hipnotizaban a los marineros con sus cantos.

La dibujó con una larguísima melena pelirroja, igual que la de su madre. El mismo color fuego que había heredado ella. En realidad, el único rasgo que compartían, pues ni los ojos menudos y negros de Ariadna ni sus pómulos marcados y angulosos guardaban recuerdo alguno de las facciones redondeadas ni de los ojos claros y grandes de Clío.

Debajo de su ilustración, escribió con su caligrafía infantil el nombre del personaje que había imaginado: «sirena», y fue en ese momento, justo después de redondear la «a», cuando sucedió el prodigio.

La habitación comenzó a llenarse de voces y de música. Una melodía cantada por mujeres a quienes no podían ver y que, sin embargo, estaban junto a ellas. Después llegó el agua, un torrente imparable que, en tan solo un instante, inundó la habitación con el olor y el sonido del mar.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué está pasando?

Las dos salieron corriendo del cuarto y esperaron casi una hora antes de volver a entrar. Cuando lo hicieron, ya no había rastro alguno del agua, ni de la música, ni de esas extrañas mujeres que habían aparecido cuando ella las había dibujado.

Ariadna no logró conciliar el sueño aquella noche. Era incapaz de entender lo que había sucedido, y la conversación de sus padres tampoco la dejaba dormir. A pesar de que hablaban entre susurros, sabía que estaban discutiendo por su culpa.

Se pellizcó con fuerza la mano derecha, como si quisiera castigarse. Si no hubiera dibujado aquella figura con cola de pez y rostro humano. Si no se le llenara siempre la cabeza cada vez que alguien le contaba algo. Si no fuera tan especial, como decían sus padres, no habría pasado nada. Estuvo a punto de hacerse sangre mientras odiaba todo lo que en ese momento la rodeaba. El libro de las tapas medio quemadas. Las imágenes de seres que ni siquiera existían. Y esa etiqueta, ese *especial*, que le habían dicho demasiadas veces.

—Tenemos que contárselo. —Clío estaba convencida de que no podían seguir manteniendo a Ariadna en la ignorancia—. No solo por los demás, Néstor, también por ella misma. Es importante que aprenda a controlarlo.

—Cuando se lo contemos, ya no habrá vuelta atrás.

—¿Eso es lo que te preocupa? —le preguntó Clío con ternura, tratando de ocultar que sentía el mismo miedo que su pareja.

—Me preocupa obligarla a afrontar demasiado pronto una responsabilidad como esa...

—No quieres que deje de ser tu niña —le sonrió ella con una mueca triste.

—Lo que no quiero es robarle la oportunidad de serlo.

Clío sabía que, en cierto modo, Néstor tenía razón, pero si no hablaban acabarían poniendo en riesgo la vida de su hija. Ariadna necesitaba ser consciente de su don no solo para sumar su fuerza a las de los Rebeldes, sino para mantenerse a salvo en Ypsilon. Némesis, la Presidenta del Senado, no dudaría en ordenar su búsqueda en cuanto tuviera noticia de sus poderes.

—Lo esencial es que nadie más lo descubra —insistió Néstor—. En especial, nadie cercano al Senado ni al Nuevo Orden: cualquier conexión entre Ariadna y los títulos prohibidos podría costarnos la vida a los tres.

—Lo sé.

Todo el país llevaba demasiado tiempo sumido en la obediencia ciega a su Presidenta como para no saberlo.

Desde que se había impuesto el Nuevo Orden, los grupos rebeldes eran cada vez más pequeños y débiles. Siempre nómadas, se comunicaban mediante una precaria red que los vinculaba con el núcleo central, liderado por Dédalo. ¿Cuánto tiempo podrían resistir? ¿Cuánto tiempo serían capaces de evitar la persecución de los Cíclopes? Hasta ahora habían logrado sobrevivir, e incluso proteger muchos de los títulos prohibidos, en los Refugios, pero aquellas guaridas secretas estaban cada vez más amenazadas.

—Dédalo ya nos avisó de que ocurriría —recordó Clío, que intentaba disipar los miedos de Néstor y, de paso, también sus propios fantasmas.

—Pero no imaginaba que sería tan pronto... ¿Crees que está preparada?

—¿Y quién podría estarlo? —Néstor no respondió. La simple idea de cargar con semejante responsabilidad a la niña fantasiosa y alegre que era su hija lo apenaba profundamente—. Se lo contaremos como si fuera un juego.

—Con la diferencia de que no lo es, Clío. Lo que estamos arriesgando aquí es nuestro futuro. Y nuestras vidas.

—Por eso es necesario que aprenda a defenderse cuanto antes.

—¿Y cómo lo haremos?

La respuesta era evidente. No se trataba de decidir el cómo, sino el quién, pues Dédalo ya les había advertido, tan pronto como descubrieron los primeros signos, lo que debían hacer. El don de Ariadna, les explicó, nacía de las mismas páginas que habían sido la inspiración del Nuevo Orden. Debía dominar el contenido de aquel ejemplar de la *Odisea*. Solo así podría elegir las criaturas que la ayudarían a afrontar los retos que encontraría en el futuro.

—¿Y si Dédalo se equivoca? —Néstor respetaba lo que había hecho por los Rebeldes, pero a veces le enfurecía la obediencia ciega que los demás mostraban ante él.

—Estoy convencida de que sabe de lo que habla —lo corrigió Clío.

—¿Y cómo puede saberlo tan bien? ¿Por uno de esos acertijos de Tiresias? ¿Una de esas adivinanzas incomprensibles?

Ambos guardaron silencio.

En más de una ocasión habían intentado que Dédalo les contase qué sabía sobre el don de Ariadna, pero este siempre insistía en que solo podía

ayudarles a desarrollarlo, no explicarles cuál era su raíz. O, al menos, no todavía.

—Yo me encargaré de que conozca bien la historia del libro —propuso Clío—, y tú te ocuparás de que pueda concentrarse y recrearla. Necesitamos saber hasta dónde llega su poder.

—¿Vamos a someter a nuestra hija a un entrenamiento militar?

—No. —Le respondió Clío con rotundidad—. Vamos a asegurarnos de que no se convierta en una víctima.

No tuvo que decir una sola palabra más. Néstor se dio cuenta de que, tratando de proteger a Ariadna, solo estaba poniéndola en peligro. Su mujer tenía razón, no había ni un minuto que perder. Cuanto antes dominase su don, más opciones tendría de defenderse.

—El futuro está en estas páginas, Ari. —Le dijeron a su hija a la mañana siguiente—. No lo olvides.

Ese mismo día comenzaron las sesiones diarias de lectura con Clío, y de concentración y dibujo mental con Néstor. Ariadna se quejaba al principio, pero sentía que el esfuerzo merecía la pena cada vez que era capaz de obrar un nuevo prodigio. La sensación de crear vidas, seres cuyo aliento duraba tanto como ella pudiera mantener su concentración, se convirtió en un placer casi adictivo. Hasta que empezó a tomar conciencia de que aquel poder, como cualquier otro, debía de tener un lado oscuro. ¿Qué precio debería pagar por ser —de nuevo esa palabra que la perseguía— especial?

La noche de su detención, Ariadna recordó el momento en que, al cumplir once años, su madre le había entregado el ejemplar de las cubiertas quemadas pidiéndole que, en adelante, se encargara de custodiarlo. Se había asegurado de esconderlo bajo sus ropas, y ahora solo quedaba saber si su elección acertaría con el hechizo necesario para mantenerlo a salvo. Así que cerró con fuerza los ojos, esperando que sí lo hiciera.

No se sorprendió ante la tormenta que estalló en cuanto acabó de visualizar el nombre de Zeus. Ni la asustó el rayo que atravesó el techo de la celda e incendió el extremo contrario al que ocupaba Ariadna.

Las llamas hicieron saltar la alarma, y ella se apresuró a huir a través del agujero que abrió el siguiente rayo en uno de los muros de su mazmorra. Sabía que no podía volver a casa, pues los Cíclopes no tardarían en buscarla allí, así que corrió por las calles de Geonia, esquivando los drones y las

cámaras de seguridad que vigilaban la mayoría de sus rincones, decidida a encontrar un nuevo lugar en el que refugiarse.

Después de atravesar el enorme cementerio de vehículos que rodeaba el extremo oeste de la capital de Ypsilon, descubrió un cobertizo abandonado. Por su aspecto, debía de haber sido, tiempo atrás, un taller mecánico. Estaba lleno de herramientas medio oxidadas y no resultaba en absoluto acogedor.

«Mejor: así no me buscarán aquí», pensó, y se hizo una cama improvisada con unas cuantas telas y un destartado colchón que encontró entre un sinfín de trastos viejos.

Ahora necesitaba dormir. Tenía que recuperar fuerzas para emprender al día siguiente la misión más importante de su vida: rescatar a sus padres.





## 3

# LAS TRES LEYES

Argos se aseguró de revisar la grabación varias veces antes de informar a Némesis.

Le resultaba difícil de creer lo que veía en ella: el rayo que, surgido de la nada, rompía el cielo en dos; el impacto contra la celda en que se hallaba la prisionera, y el incendio que estallaba a continuación, permitiendo su huida.

Aquella sucesión de eventos le parecía tan improbable que llegó a preguntarse si alguien habría manipulado las cámaras que custodiaban las mazmorras del Tártaro, la prisión donde recluían a los Rebeldes que habían atrapado los Rastreadores. Allí, tras un juicio breve y virtual, se decidía si debían permanecer en sus celdas o si, por el contrario, eran trasladados hasta el Hades, la cárcel de máxima seguridad donde —tal y como aseguraba la propaganda del Senado— se les ofrecían «los medios necesarios para reintegrarse en la sociedad de Ypsilon» si mostraban arrepentimiento. En realidad, a los prisioneros solo les aguardaban dos desenlaces posibles: permanecer allí hasta su muerte o ser ejecutados si la ceremonia del Juicio Ciudadano así lo decidía.

—¿Quién de vosotros estaba al mando? —Argos interrogó a los Cíclopes que custodiaban a Ariadna con la intención de encontrar respuestas lógicas.

Uno de los cíborgs dio un paso al frente.

—¿Observaste algo especial en ella?

—No, señor.

—¿Alguien pudo ayudarla a huir?

—Es imposible acercarse al Tártaro sin que nuestros sensores lo detecten.

Argos lo sabía bien. Tanto como para llegar a preguntarse si alguien habría *hackeado* el sistema operativo de sus cíborgs e infiltrado un burdo videomontaje para convencerlos de un suceso que rozaba lo sobrenatural. No resultaba descabellado pensar que los Rebeldes hubieran recurrido a las técnicas de realidad aumentada que usaban en los bibliohologramas con los que protestaban contra el régimen.

—¿Y entonces? —Ninguno de los androides contestó, así que el General repitió su pregunta—: ¿No sabéis cómo pudo suceder esto?

—No encontramos ninguna explicación, señor —contestó, con su acostumbrada voz mecánica, el Cíclope que había dado el paso al frente—. No se ajusta a nuestra lógica.

La lógica, cómo no.

Argos sonrió para sus adentros ante aquella respuesta. La lógica era una de las claves de la inteligencia artificial que controlaba las instituciones y la seguridad del Nuevo Orden. Un sistema del que Moira era máxima responsable y de cuya ecuación había eliminado conceptos como la imaginación o la fantasía. Así pues, salvo que hubiera un motivo objetivo y evidente, los Cíclopes eran incapaces de elaborar teorías que incluyesen conjeturas o suposiciones ajenas a los propios hechos.

—Queremos que razonen para obedecernos, no que nos contradigan, ¿me equivoco? —Fue como resumió Moira su labor cuando Némesis la puso al frente del equipo que había de perfeccionar el funcionamiento de los Cíclopes, el ejército de cíborgs que, en los tiempos de Orfeo, había creado Pigmalión.

—No necesitamos que opinen, Moira, solo que actúen. —Le dio la razón la Presidenta, que había confiado a Moira el plan científico del Nuevo Orden, y a Argos, el militar.

Por eso, quizá porque ignoraba los fundamentos científicos que explicaban su existencia, a Argos le resultaban casi cómicas las conclusiones a las que llegaban los cíborgs, como esa que le acababan de dar. Una respuesta que confirmó lo que ya intuía: aquella fugitiva a la que, según los escuetos informes, se describía como una niña menuda, con melena rojiza, ojos negros y rostro afilado, no era una prisionera más.

—Necesito todos los registros existentes de esta grabación.

Los Cíclopes se encargaron de entregárselos y Argos no pudo evitar pensar que Moira tenía razón. Era cómodo contar con seres que los obedecían sin cuestionar sus instrucciones. Habría resultado sumamente engorroso tener

que explicarles por qué motivo nadie más debía ver aquellas imágenes. Nadie... excepto Némesis.

Regresó al Senado convencido de que aquel episodio no podía haber tenido lugar en un momento peor, apenas una semana antes de la celebración del Décimo Aniversario, la fiesta de conmemoración del Gran Incendio con el que había nacido el Nuevo Orden.

Todo estaba preparado en Ypsilon para festejar el éxito del régimen que, con Némesis al frente, había puesto fin a más de un siglo de continuas crisis y descontento social. Una situación agravada once años atrás a causa del Triple Atentado. Con la sádica precisión que caracterizaba todas las acciones rebeldes, aquel golpe acabó con la vida de Orfeo, el antiguo gobernador, y de Galatea y Pigmalión, sus dos máximos asesores.

Némesis encontró en la crispación que siguió al atentado el caldo de cultivo perfecto para su particular proyecto: un nuevo Estado donde se fomentaría la productividad y se evitaría cualquier amenaza que pudiera desembocar en la insatisfacción. Su programa electoral, que consiguió un amplio respaldo ciudadano, se basaba en dos grandes principios:

1. El principio de utilidad: todo tiene que ser práctico.
2. El principio de satisfacción: todo tiene que alimentar la felicidad de los ypsilianos.

Gracias a la ayuda del Ministerio de la Información, dirigido por el siempre solícito Hermes, logró que su mensaje se hiciera pronto muy popular en Ypsilon, donde poco a poco se olvidaron las quejas y protestas que habían colapsado el país en el pasado.

El proyecto de felicidad global de Némesis fue bien recibido y, gracias a su gestión, se produjo un desarrollo social y económico aparentemente perfecto. Un Estado donde no existía la frustración, pues se enseñaba a desear solo aquello que se podía conseguir. Y para ello resultó esencial condenar al ostracismo todas las historias que habían arrastrado al país a la locura. Las mismas que, según afirmaba la Presidenta, habían sido el detonante del atentado.

Fue el propio Argos quien le aconsejó que contase con Hermes para difundir aquel mensaje. Era fundamental que todo Ypsilon supiera que aquellos relatos habían envenenado a los Rebeldes, hasta el punto de llevarlos a cometer actos tan atroces como el ataque que había amputado tres vidas

inocentes. —Hermes consideró que ese era el verbo perfecto para causar el impacto emocional adecuado— por voluntad de Dédalo, el Bibliotecario Estatal, en que quien Orfeo había depositado una inmerecida confianza y que se había convertido en el líder de los Rebeldes.

Bastó un diseño eficaz de titulares, noticias y hologramas tridimensionales para que el mensaje calara pronto en toda la población, que asumió aquel alud de información con plena convicción de su veracidad, tal y como Hermes había asegurado que ocurriría.

Así fue como se acordó llevar a cabo dos medidas con efecto inmediato.

La primera, estipular cuáles habían de ser las tres reglas que toda ficción debería cumplir en el futuro.

Para ello, Némesis solicitó la ayuda de Apolo, el miembro más veterano del Senado y a quien la Presidenta había otorgado un lugar de honor en el nuevo Gobierno. Colaborador de Orfeo, Apolo había sido uno de los primeros senadores que se mostraron públicamente a favor de Némesis. Ella, en agradecimiento, le encargó la puesta en marcha de todas las iniciativas culturales.

Poco a poco, el senador se fue convirtiendo en una presencia simbólica de cierta relevancia en Ypsilon, pues su figura encarnaba la paz y la felicidad de las que presumía Némesis. El Nuevo Orden no solo había supuesto un cambio con respecto al pasado, sino que también tendía lazos de fraternidad y respeto con todo lo bueno de esa época.

Y con Apolo fue con quien Némesis había ideado, diez años atrás, las Tres Leyes que regulaban los rasgos que debía poseer cualquier obra de ficción:

1. Retratar fielmente la realidad.
2. Ser útil.
3. Tener final feliz.

Su segunda medida consistió en elaborar un índice Prohibido de todas las historias que no se ajustaban a dichos requisitos. Sin embargo, tampoco aquello le parecía suficiente.

—Necesitamos algo más —insistía Némesis—. Algo que haga que todo Ypsilon se sienta parte de este cambio. Si queremos que respeten el Nuevo Orden, tenemos que conseguir que lo vivan como suyo.

—Démosles protagonismo —propuso Hermes.

—¿Cómo? ¿Les pedimos que sean ellos quienes decidan los títulos de nuestro índice?

—No es necesario —sugirió Apolo—. Bastará con que colaboren en su destrucción.

Némesis lo miró sin acabar de entender a qué se refería.

—Están deseosos de quemar todo aquello que no les gusta. Mirad sus redes. Leed lo que publican. No necesitan que les demos muchos motivos para que aviven nuestra hoguera. Solo debemos recordarles que esos relatos tienen la culpa de que los Rebeldes se transformaran en los sanguinarios terroristas que son, y acudirán felices con las antorchas en alto.

—Apolo tiene razón —lo apoyó Hermes—: los ypsilianos necesitan culpar a alguien por lo sucedido.

—La herida sigue abierta —apostilló Apolo—. Apenas ha transcurrido un año...

—Por eso mismo —insistió Hermes—: necesitan expresar su ira, sacarla.

La Presidenta no se pronunció inmediatamente, pues en su cabeza había demasiados nombres pretéritos y demasiadas ausencias. Si se detenía en ellas, corría el riesgo de ajustar cuentas con un pasado que la obligaba a dudar de cuando estaban construyendo. Y en aquel momento, justo cuando más cerca estaba de consolidar el Nuevo Orden, no podía permitirse ningún signo de debilidad.

—Está bien. —Accedió—. Organizadlo como os parezca. Pero tratad de que todo Ypsilon lo viva como una fiesta. Ese día no quiero lágrimas por quienes ya no están, sino euforia por el futuro que comienza.

Los cuatro. —Argos, Hermes, Moira y Apolo— entendieron bien a qué se refería, y entre todos alumbraron la idea del Gran Incendio.

El fuego se celebraría en el Distrito 1, en la plaza próxima al palacio de Naxos —que, desde ese día, se conocería como la Plaza del Fuego—, donde se invitaría a todos los ciudadanos a quemar cuantos ejemplares quisieran de los títulos incluidos en el índice. Libros, películas, cómics, discos, videojuegos... No importaba el formato ni tampoco el soporte, todo se admitía con tal de que pudiese alimentar las llamas.

Desde ese momento, los poseedores de cualquier título prohibido serían encarcelados en el Tártaro, labor de la que se ocuparía, junto con los Rastreadores, un nuevo equipo de Cíclopes: los Bibliófagos. Estos cíborgs, dotados de un sistema de guillotinado para destruir las obras en el acto, se convirtieron en una de las mayores pesadillas de los Rebeldes, quienes comenzaron a proteger en sus Refugios las obras prohibidas que circulaban, escondidas y dispersas, por todo Ypsilon. Refugios como aquel en el que

habían hallado a esa cría escurridiza para cuya huida los Cíclopes no tenían explicación alguna.

Y Argos tampoco.





## 4

### T.

Sabía que alguien la estaba observando, pero no se movió.

Si aún no la había detenido era porque, fuera quien fuera, no formaba parte de las fuerzas del Senado, así que Ariadna permaneció en silencio, con los ojos cerrados y fingiendo seguir dormida, confiando en ganar tiempo para identificar a quienquiera que estuviese vigilándola.

Durante unos minutos, pudo oír cómo caminaba alrededor de su cuerpo, cercándola y casi olfateándola. Parecía que estuviera valorando si su presencia allí era o no peligrosa y, en ese caso, qué debía hacer al respecto. A ella, el instinto le decía que lo mejor era evitar una reacción brusca, así que esperó antes de entornar levemente los ojos y descubrir quién se hallaba a su lado.

Por suerte, el desconocido se encontraba de espaldas, tecleando algo en su móvil. ¿Estaría ofreciendo su paradero a los Rastreadores? Por un momento se alarmó, a pesar de que aquel individuo no había dado señal alguna de hostilidad. Si quisiera entregarla, podía haberle atado las manos o los tobillos para evitar su fuga. Ariadna decidió que lo más inteligente era no correr riesgos y trató de escabullirse con sigilo, aprovechando que él parecía estar distraído con su pantalla.

—¿Dónde te crees que vas? —La detuvo. Le bastó sujetarla con una de sus grandes manos.

—Suéltame.

—Antes vas a tener que decirme quién eres y cómo has llegado aquí.

—¿Y por qué te iba a decir yo eso?

—Muy valiente para ser solo una mocosa, ¿no?

A Ariadna le molestó la mueca, entre irónica y divertida, de aquel joven alto de ojos grandes y verdosos que, a pesar de su corpulencia, no debía de tener más de quince o dieciséis años. La enojaba sentirse subestimada por su edad: sus palabras no valían menos por culpa de una cifra que solo era un detalle anecdótico.

—Me llamo Ariadna.

—Curioso nombre.

—Es el de una heroína. —Presumió ella, como si ese hecho también le confiriese algún tipo de categoría extraordinaria.

—¿Qué clase de heroína? —El adolescente parecía divertirse con sus respuestas.

—Es una vieja historia. De niña, a mis padres le gustaba contármela...

—Claro, porque ya no eres una niña... —se rio sin maldad, a pesar de que Ariadna no lo percibiera del mismo modo—. ¿Qué tienes? ¿Nueve? ¿Diez años?

—Doce —repuso con orgullo: ¿cómo se atrevía a hablarle con ese tonito de superioridad? ¿Pero qué se había creído ese idiota desgarrado con aquel flequillo que, a pesar de cubrirle media cara, no disimulaba del todo su acné?

—Vaya, qué mayor.

—¿Y tú? —le respondió Ariadna desafiante, harta de aquella conversación—. ¿Tú cuántos años tienes? ¿Catorce?

—Dieciséis.

—Pues parece que tienes diez menos.

—Ah, ¿sí? —volvió a reírse.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—¿Se puede saber que estás haciendo aquí?

—¿Y tú? —responder una pregunta con otra era una forma simple, pero también eficaz, de ganar tiempo.

—¿Yo qué?

—¿Qué haces tú aquí?

El joven se rio una vez más ante el desparpajo de aquella cría que se atrevía a cuestionar su presencia en el lugar donde llevaba meses habitando.

—Vivo aquí.

Ariadna miró a su alrededor.

Aquel cementerio de chatarra era similar a muchos de los Refugios que conocía y en los que, como todos los demás Rebeldes, se había ocultado con sus padres.

La aparición de los Cazadores, hombres y mujeres que se adherían a las tropas de los Bibliófagos a cambio de jugosas cantidades de dinero, los había obligado a convertirse en nómadas, arrastrando consigo las obras que protegían.

De este modo, los Refugios acabaron transformándose, a la vez, en su hogar y en su misión: los Rebeldes habitaban los lugares que debían proteger, de modo que sus vidas estaban ligadas a las de esas historias de las que eran los últimos guardianes. Ellos eran los responsables de que los relatos no cayeran para siempre en el olvido.

Así que, si ese joven que le sacaba dos cabezas decía vivir allí, su presencia solo podía tener una explicación.

—¿Eres de los nuestros? —le preguntó esperanzada.

Él, a pesar de que había entendido a qué se refería, prefirió jugar un poco más con ella.

—Eso depende de quiénes sean los tuyos.

—Sabes quiénes son los míos.

—¿De verdad lo sé?

Lo observó con atención y recordó uno de los primeros consejos de supervivencia que le había ofrecido su madre: «La mirada, Ari, fíjate siempre en la mirada».

Estudió la del joven con quien hablaba: vivaz y nerviosa, sin nada que ver con el gesto opaco y pálido de los cíborgs del Nuevo Orden. Por desgracia, los avances logrados por Moira y su Ministerio de la Tecnociencia hacían que cada día fuera más difícil distinguir a los cíborgs de los humanos, así que los Rebeldes tuvieron que desarrollar nuevas estrategias para identificar a los infiltrados que, a buen seguro, Némesis habría dispersado para detenerlos.

«La mirada, Ari, fíjate siempre en la mirada».

Podía escuchar la voz de Clío y, por un segundo, sintió que la embargaba la tristeza, pero se prohibió dejarse llevar por ella: no podía permitírselo. A cambio, buscó entre sus ropas lo único que podía zanjar de una vez las dudas de aquel chico que la miraba con suspicacia.

—Lo sabes, sí. —Le respondió ella a la vez que le enseñaba las marcas de las esposas en sus muñecas. La misma silueta en forma de llamas que lucían todos los Rebeldes encarcelados en el Tártaro—. Claro que lo sabes.

Él asintió y, por primera vez, le sonrió sin condescendencia.

—Soy T. —se presentó.

—¿T.? —Reaccionó ella sin poder disimular su sorpresa—. ¿Qué clase de nombre es T.?

—No sé —respondió encogiendo sus gigantescos hombros—. El mío.

—Pero tendrás un nombre de verdad, ¿no?

—El mío te aseguro que es de verdad. Además, ¿nunca te han dicho que es de mal gusto preguntarle tanto a un desconocido?

—Nosotros ya no somos desconocidos.

—Claro que no. Diez minutos más y somos íntimos. Venga, acompáñame, que hay alguien más que va a querer conocerte. Además, tendrás hambre, ¿o no?

Ariadna, que llevaba horas sin probar bocado, asintió enseguida.

—Mis padres también lograron huir del Tártaro hace ya muchos años —le dijo T. con la única intención de hacer sentir algo más cómoda a su inesperada huésped.

—¿En serio?

—Les gustará conocerte.

Muy pocos prisioneros habían conseguido salir vivos de aquel lugar, y Ariadna, por un momento, se preguntó si también la familia de T. poseería su mismo don. ¿Y si ella no era la única persona especial? ¿Y si, por primera vez, podía compartir el peso de aquella maldita palabra con más gente? Por un segundo, sintió cierto alivio y, más aún, esperanza.

Sin embargo, tan pronto como T. le presentó a sus padres, intuyó que no estaban dotados de don mágico alguno. Eran amables, cierto, y tan fuertes y corpulentos como su hijo, pero ni Orión ni Layo —rubio y pálido el primero, moreno y de piel negra el segundo— parecían albergar poderes sobrenaturales. O, si lo hacían, habían aprendido a disimularlo muy bien.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites —le ofreció amablemente Layo.

—Los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos, ¿verdad? —le dijo Orión con la misma mueca divertida que tenía su hijo—. Además, esa marca —añadió señalando sus muñecas a la vez que le mostraba las suyas— indica que traes contigo una historia.

—Y en cuanto acabes ese plato, podrás empezar a contárnosla —la invitó Layo.

—Hay mucho que contar —anunció ella.

—No importa, pequeña —le respondió Orión con cariño—, tenemos todo el tiempo del...

—La verdad es que no —lo interrumpió—. No tenemos tanto tiempo.

Los tres la miraron sin acabar de entender a qué se refería, pero Ariadna, ahora que ya sabía que eran de los suyos, se había propuesto un objetivo



mucho más importante que narrarles su historia.

Les pediría que la ayudasen a rescatar a sus padres. Si T. estaba en lo cierto cuando afirmaba que esas marcas eran un signo de valentía, no se negarían.



## 5

### VIVA O MUERTA

Némesis se mostró contrariada, pero no sorprendida. Contempló aquellas imágenes sin alterarse, con la expresión gélida de quien ve confirmarse sus peores temores. Detuvo la grabación y le pidió a Argos que la destruyera de inmediato.

—No debe caer en manos inadecuadas —le advirtió—. Y menos ahora.

—No hay más copias. —La tranquilizó él.

—Lo esencial es dar con ella... y con el libro que lleva en sus manos.

—Todos los Rastreadores están en su busca.

—Debe de andar escondida en alguno de esos malditos Refugios... —Los ojos de Némesis se encendían de ira cada vez que los mencionaba, como si sus pupilas albergaran el mismo fuego que había inaugurado el Nuevo Orden—. Que los Cíclopes no dejen ni uno en pie. No me importa si la fugitiva está en ellos o no: mientras los Refugios continúen activos, los Rebeldes contarán con armas para ponernos en peligro.

En realidad, pensó Argos, no era gran cosa lo que el bando insurgente había logrado hasta ahora, pero sabía que Némesis tenía razón: si los Rebeldes no habían tenido más éxito, era porque habían logrado mantenerlos dispersos, obligando a sus miembros a vivir en una perpetua huida que les dificultaba organizarse de manera más eficaz. Según se decía, solo sus líderes vivían en un espacio estable y secreto, un lugar de existencia dudosa y cuya ubicación seguía siendo un enigma.

—Debemos impedir que la fugitiva entre en contacto con nadie. Cuanto más tiempo pase ahí fuera, mayor es el riesgo de que encuentre posibles

aliados. Y créeme, Argos: no pasará mucho tiempo antes de que tengamos noticias de ella.

—¿Tan hábil la crees?

Némesis torció el gesto con escepticismo.

—No sé si lo que hemos visto es fruto de la casualidad o algo más preocupante... De lo que estoy segura es de que esta niña no va a parar hasta dar con lo que busca.

—Sus padres están a buen recaudo. —Le aseguró Argos mientras le mostraba los documentos que probaban el ingreso de Clío y Néstor en el Hades—. En cuanto intente acercarse a ellos, la estaremos esperando.

—Lo intentaré. —La Presidenta no tenía ninguna duda—. El rencor y la venganza son lo único que mueve a esos animales. ¿Sabemos ya su nombre?

—Ariadna.

Némesis tragó saliva, esforzándose por ocultar los fantasmas que aquel nombre acababa de despertar en ella.

—Podríamos difundir su imagen... —propuso Argos, a la vez que le hacía entrega de toda la documentación.

La Presidenta, aún conmocionada por la confirmación de los presagios que había intentado desmentir durante toda una década, negó con la cabeza.

—¿Convertir a una cría en la fugitiva más buscada de Ypsilon? —Argos tuvo que darle la razón—. La opinión pública se nos echaría encima. Incluso nuestros aliados se volverían contra nosotros. No podemos arriesgar nuestra credibilidad con una operación tan delicada... Nuestra única alternativa es localizarla lo antes posible y solucionar este asunto con la máxima discreción. Y eso, Argos, es tu responsabilidad.

—No tardaré en darte buenas noticias. —Le prometió el General—. Entretanto, concéntrate en que el Décimo Aniversario resulte tan magnífico y fastuoso como nos merecemos.

—Lo será.

Némesis lo despidió con una sonrisa enigmática que su General no supo interpretar. Había resultado tan ambigua que bien podía ser una muestra de confianza en su gestión o un gesto de decepción. Llevaba demasiados años a su lado como para no ser consciente de su incapacidad para asimilar el fracaso: Némesis no toleraba los errores en ningún miembro de su equipo, y Argos sentía que, con la huida de Ariadna, le había fallado por primera vez.

—Me han dicho que has tenido problemas con una niña —lo saludó Moira sin reprimir la satisfacción que aquella noticia le producía.

—Nada que no se pueda resolver —respondió él con aplomo impostado—. Además, no deberías preocuparte de asuntos tan nimios cuando tienes tanto que organizar.

—Apenas quedan un par de retoques. —Presumió ella, orgullosa de su labor—. Todo está planificado al detalle desde hace meses.

—Y estoy seguro de que será un éxito —repuso él, deseando lo contrario.

Habría preferido que Moira no supiera nada, pero hacía tiempo que Némesis compartía con ella cuanto sucedía en Ypsilon. Moira y Argos formaban parte del círculo de máxima confianza de la Presidenta, y eso había avivado una cordial enemistad entre ambos. Por eso mismo, el General estaba convencido de que Moira no dudaría en utilizar aquel pequeño desliz en su favor.

La Arquitecta llevaba tiempo anhelando su puesto y se quejaba de que su Ministerio fuera, según afirmaba, menos influyente que el de Argos. Hasta ahora, ambos habían conseguido convivir de manera más o menos pacífica, pero los dos se hallaban en un equilibrio inestable y, por eso mismo, vivían al acecho, sospechando siempre de las intenciones ocultas de su adversario.

Por un instante, llegó a preguntarse si sería ella quien estaba detrás de lo sucedido. ¿Y si hubiese diseñado un prototipo para poner en jaque los sistemas de seguridad que ella misma había programado? Lo que mostraba aquella grabación —los rayos surgidos de la nada, el fuego, la huida de Ariadna— podía tratarse de un simple montaje. Un espejismo tecnológico que forzase una persecución imposible en busca de una criatura inexistente...

Argos convocó a los Cíclopes que estaban al frente de las diversas células de seguridad desplegadas en Ypsilon, y les dio tres instrucciones claras y precisas.

La primera de ellas, localizar y destruir todos los Refugios que encontraran a su paso.

La segunda, forzar la confesión de todos los Rebeldes que identificaran, empleando los medios que fueran precisos.

Y la tercera y más importante de todas, localizar el paradero de aquella cría y encerrarla en las celdas de máxima seguridad del Hades.

Los Cíclopes recogieron sus peticiones y las transmitieron, a su vez, a los equipos de Rastreadores. No dejarían ni un solo rincón del Estado sin registrar. Si la fugitiva no había logrado salir de sus fronteras —lo que, dado el férreo control que se había instaurado en ellas desde el nacimiento del Nuevo Orden, resultaba más que improbable—, no tardarían en capturarla.

Viva o muerta.





## 6

### MALOS PRESAGIOS

Aquella noche, ninguna de las dos logró conciliar el sueño.

Ni Ariadna, que no podía dejar de pensar en sus padres mientras trataba de adaptarse a sus nuevos compañeros de viaje.

Ni Némesis, incapaz de controlar los temores que, desde que había visto aquellas imágenes, la atenazaban.

Ambas dieron vueltas en sus respectivas camas, presas de la inquietud. Ariadna, devorada por el temor de no recuperar a su familia; Némesis, acorralada por los viejos demonios que habían regresado a su vida.

La generosidad con que T. y sus padres la habían acogido no logró calmar a la fugitiva. Del mismo modo que tampoco las experimentadas palabras de Argos ni su plan de acción consiguieron serenar a la Presidenta.

Las dos buscaban motivos para recuperar la tranquilidad, pero solo encontraban nuevos interrogantes que les hacían dar vueltas entre las sábanas. Ariadna se movía inquieta en el lecho que habían improvisado Orión y Layo en el asiento trasero de uno de los vehículos de aquel cementerio de chatarra. Némesis, en cambio, permanecía insomne en su amplio y luminoso dormitorio de Naxos, el palacio presidencial que había diseñado décadas atrás Pigmalión, el principal Arquitecto y máximo consejero del malogrado Orfeo.

«Mañana empezaré a buscarlos», se repetía Ariadna.

«Mañana sabremos dónde se esconde esa estúpida niña», se intentaba convencer Némesis.

Se repetían una y otra vez aquello que necesitaban escuchar, convencidas de que sus palabras podrían ayudarlas a sortear aquella noche turbulenta, una

madrugada en la que solo tenían cabida los malos presagios. Las leyendas feroces. Los presentimientos oscuros de un presente que, sin previo aviso, se había vuelto espinoso y frágil.

¿Y si no lograba dar con sus padres y Némesis decidía ejecutarlos?

¿Y si no lograba dar con aquella cría y se acababan cumpliendo los augurios que había oído diez años atrás?

Sin conocerse, ambas estaban jugando una misma partida; aunque, dependiendo de quién y de cómo lanzase los dados, en cualquier instante podían cambiar sus roles de perseguida y perseguidora.

Quizá estaban condenadas a encontrarse, temió Ariadna a la vez que ese mismo pensamiento arrancaba una sonrisa de satisfacción a Némesis.

Al fin la tendría frente a sí, tras diez años de persecución secreta e infructuosa, en los que había tratado de dar con el paradero del libro que sabía que la conduciría hasta ella. Pero ahora que la presa había salido de su madriguera, ya no había vuelta atrás: acabaría de una vez con la herencia de aquella niña de la que nadie en el Senado tenía noticia. Solo Némesis conocía su nombre desde hacía mucho más tiempo del que podía confesar. Solo ella era consciente de que Ariadna encarnaba el legado de todos los males que habían convertido a Ypsilon en un Estado preso de continuas crisis y revueltas, a las que su Gobierno puso fin. Con su presidencia habían llegado la paz y la prosperidad, diez años sin más sangre que la que aquellos Rebeldes provocaban cuando insistían en sus conspiraciones ilegales y asesinas. Los mismos métodos que, según se decía, habían acabado con la vida de Orfeo.

Ariadna conocía solo a grandes rasgos la historia del Triple Atentado. Sus padres habían pasado tanto tiempo formándola en el conocimiento de las ficciones que sostenían su don, que apenas habían tenido ocasión de hablarle sobre la realidad que debía proteger con él. Lo único que sabía era que, en aquel ataque, además de Orfeo, habían perdido la vida dos personas más. Un matrimonio que formaba parte del Consejo de Gobierno y de los que no recordaba el nombre.

Némesis, sin embargo, no olvidaría jamás a ninguno de ellos. Ni a Pigmalión, el primero de los Arquitectos, a quien sustituía con notable eficacia Moira. Ni a Galatea, la mujer que, lejos de lo que se contaba, había sido quien acabó construyéndolo a él. Fue ella la que lo eligió como marido, la que lo convenció de poner sus conocimientos científicos al servicio del Gobierno y la que, en última instancia, le presentó a Orfeo, con la intuición de que podría convertirse en uno de sus mejores consejeros.

Que Ariadna no albergara en su memoria los detalles de esa historia era comprensible. Aquello había sucedido cuando ni siquiera había nacido y, para ella, aquella no era más que una pareja de desconocidos.

Que Némesis recordara, sin embargo, a Galatea y a Pigmalión era igualmente lógico. Cómo olvidar, a pesar del tiempo que había transcurrido desde su muerte, a sus propios padres.

Su entereza tras el atentado —«la hija de acero», llegaron a llamarla en los titulares más sensacionalistas— le había granjeado la admiración de todo Ypsilon. Ese respeto era uno de sus caudales más preciados y, en cierto modo, uno de los pilares en los que residía su soberanía. Preservarlo de cualquier injuria fue una de las razones para encargarle a Hermes la gestión del Ministerio de la Información, con el propósito de ofrecer noticias y reportajes que alimentasen un prestigio que, estaba convencida, se había ganado por derecho propio.

Por eso, porque sabía de la importancia de su imagen pública, debía manejar el asunto de aquella fugitiva con la máxima delicadeza. A pesar de que Hermes dirigía con notable eficacia los *bots* que controlaban todo lo que se publicaba en las redes, Némesis conocía los riesgos de una acción impopular y no estaba dispuesta a permitir que nada erosionase la imagen que llevaba años cultivando.

Un retrato que no se parecía en nada al que Ariadna había elaborado a partir de las palabras de sus padres, que acusaban a aquella mujer de haberlos convertido en criminales. Era ella quien, junto con el Senado que presidía, los había condenado a vivir en un exilio permanente para defender los relatos que tanto amaban y que, hasta la noche del Gran Incendio, habían sido su oficio. Así era como se habían conocido, gracias a una colección de libros sobre seres mitológicos que Clío escribía y Néstor ilustraba.

«¿Te has dado cuenta de que estás poniendo en práctica nuestra magia?», bromeaban con ella cuando le hacían notar cómo era capaz de inventar historias con la misma rapidez que su madre y de dibujar con la misma precisión que su padre. En realidad, Ariadna nunca sintió que hiciera demasiado bien ninguna de las dos cosas, pero en medio de una infancia llena de trampas y advertencias —«no cuentes a nadie quién eres», «no dejes que vean lo que sabes hacer», «no te fíes de quien no conozcas»—, era difícil estar segura de casi nada.

Sus padres, al igual que el resto de los Rebeldes, podrían haber aceptado las generosas condiciones de la Reconstrucción, tal y como Némesis decidió llamar al ambicioso programa de subvenciones y ayudas con que se fundaba

el Nuevo Orden. Pero aquello habría supuesto perder su independencia y tener que sumarse a las filas de los Ilustradores, empleados públicos sobre los que recaía la tarea de crear nuevas historias para satisfacer al público de Ypsilon de acuerdo con las Tres Leyes, sin repetir los errores y la toxicidad de toda la ficción anterior.

Así fue como se popularizaron los hologramas. Aquellas imágenes tridimensionales solucionaban los problemas que presentaban los ciudadanos a la hora de acceder a los textos, algo que les resultaba imposible desde que el Ministerio prohibiese la escritura y difusión de relatos contrarios a sus leyes. En apenas un par de años, el papel pasó a convertirse en una reliquia, y sus fábricas, en un cementerio más.

Lo que para Clío y Néstor no era más que basura —¿cómo se atrevían a llamar libros a eso?—, para Némesis era un logro del que sentirse orgullosa, así que no dudaba en presumir de aquel sistema que los Rebeldes, obcecados en defender una visión de la cultura llena de fantasías, tachones y textos execrables, detestaban.

Tras una noche casi interminable, el amanecer sorprendió a Némesis y a Ariadna desveladas, con los ojos abiertos y la piel sudorosa a causa de las pesadillas que habían sufrido durante los escasos intervalos en que habían conseguido dormir.

Las dos se pusieron en pie con decisión, resueltas a tomar las riendas de su destino.

Ambas estaban dispuestas a lanzar con fuerza los dados sobre el tablero del azar.

La partida había comenzado.





## 7

### ¡DESPLEGAD VELAS!

—¿Qué haces con eso?

Ariadna se disgustó al ver a T. ojeando su libro. ¿Cuándo le había dado permiso para que lo cogiera? Es más, ¿cómo demonios lo había descubierto?

—Es un libro prohibido, ¿verdad? —contestó él mientras repasaba con su dedo índice las quemaduras de la cubierta.

—¿Quién te ha dicho que podías tocar mis cosas? —Intentó quitárselo, pero T. la esquivó sin dificultad.

—¿De qué va? —respondió mientras señalaba la ilustración de un pasaje en que un hombre, atado a un mástil, trataba de resistirse al influjo de unas mujeres de aspecto monstruoso que parecían tratar de arrastrarlo hasta el mar con sus cantos.

—De un viaje.

—Vaya, qué oportuno —se rio T.—. Entonces, la vida de este tipo debe de ser como la nuestra, ¿no? Cada día en un lugar distinto.

—Ese tipo —lo corrigió ella, ofendida por su ignorancia— se llama Odiseo y es un héroe que busca su camino a Ítaca.

—¿Dónde? —Aquella enumeración de nombres inventados estaba a punto de sacarlo de quicio: ¿de verdad era necesario arriesgar la vida por defender locuras como esa?

—Ítaca, su isla. —Ariadna aprovechó el desconcierto de T. para, con un movimiento ágil, hacerse de nuevo con su libro—. ¿De verdad nunca has oído hablar de la *Odisea*?

—Estás hecha una pequeña ladrona, ¿eh? —bromeó él.

—La próxima vez que quieras leerlo, me lo pides.

—Tranquila, no tengo tiempo que perder en fantasías para niños.

—No es una... Bah, déjalo. Y, por cierto, T. —pronunció aquella letra con ironía—, ¿de verdad no tienes otro nombre?

T. no pudo evitar reírse una vez más ante la obcecación de aquella cría que apuraba su tazón de leche con voracidad.

—¿Pero por qué te hace todo tanta gracia?

—Porque tomarse la vida demasiado en serio no es sano —repuso él—. La risa es lo único que nos mantiene vivos en medio de toda esta miseria.

Le molestaba admitirlo, pero Ariadna sentía que tenía que darle la razón. Si había algo que echaba de menos de sus padres eran los momentos en que, entre aprendizajes y entrenamientos, bromeaban juntos y compartían historias que hacían sus días mucho más llevaderos.

—¿Tienes otro nombre o no? —insistió, con el único propósito de alejar los recuerdos familiares que la entristecían.

—Ya te he dicho que no.

—Por lo menos tendrás una historia.

—¿Una historia?

—Sí, tu T. tiene que venir de alguna historia.

—¿Por?

—No sé, todos tenemos una.

—Yo no. —Y dio por zanjada aquella conversación en la que no le apetecía lo más mínimo seguir avanzando.

No pensaba compartir con alguien a quien apenas acababa de conocer las preguntas que se había hecho más de una vez sobre su origen. Los interrogantes que ninguno de sus padres era capaz de responder con algo más que continuas vaguedades y un único e impreciso relato en el que siempre se repetían las mismas coordenadas.

La llegada de un hombre que necesita ayuda y lleva a un bebé ajeno en brazos.

La duda de quienes no saben si están preparados para afrontar la responsabilidad de esa posible paternidad.

El «sí» tras los ruegos de aquel individuo, que desaparece sin darles más información sobre el niño que el dato de su inicial: la «T.» que luce en la cadena que descubren entre sus ropas.

Por eso Layo y Orión nunca quisieron ponerle otro nombre, para no traicionar el que ya tenía y que, quizá, alguna vez lograrían descubrir.

Podía contarle todo eso a Ariadna, desde luego, pero entonces cabía la posibilidad de que acabara sincerándose, incluso corría el riesgo de confesarle que había días en que lo devoraba la curiosidad y otros en los que le resultaba una cuestión completamente insignificante. Cómo iba a extrañar a quienquiera que lo hubiera abandonado cuando contaba con los mejores padres del mundo, dos hombres tan generosos como para no haberle ocultado jamás lo que sabían sobre su pasado. La verdad siempre había sido la máxima entre ellos, y T. estaba seguro de que no sabían más de lo que le habían revelado. Solo el tipo que lo había dejado en sus manos poseía la información necesaria para completar los huecos de su historia, pero ninguno de los dos recordaba su nombre, y T. tampoco estaba dispuesto a perder el tiempo buscándolo.

—¿Has descansado? —preguntó Layo a Ariadna.

—Algo —mintió ella.

—Bien, porque creo que tenemos que hablar.

Los cuatro mantuvieron un instante de silencio y Ariadna se temió lo peor. Era consciente de que sus huéspedes podían haber cambiado de idea por la noche. Quizá ahora eran conscientes del riesgo que implicaba socorrerla y estaban decididos a despedirla con unas palabras de ánimo y algunas provisiones.

La mirada de Orión y Layo, que la escudriñaban con gesto severo, no le hacía augurar nada mejor. A plena luz, ambos resultaban tan imponentes como su hijo. Orión, con su cabello rubio, sus iris intensamente verdes y su tez pecosa, parecía algo más joven, mientras que Layo, con sus ojos oscuros y su piel endurecida por el ejercicio físico, debía de ser el mayor de los dos y también, si la intuición de Ariadna estaba en lo cierto, quien solía tomar las decisiones importantes.

—Orión y yo hemos estado pensándolo. —Ni T. ni Ariadna se atrevieron a interrumpirlos. Ambos tenían la esperanza de escuchar exactamente lo que querían oír: que sus padres eran tan valientes como los había imaginado siempre, esperaba él; que aquellos desconocidos estaban dispuestos a ayudarla, deseaba ella—. No es seguro que te quedes aquí. Los Rastreadores no tardarán más que unas horas en dar contigo.

—Si no están a punto de hacerlo ya —añadió Orión mientras trataba de actualizar el detector de cíborgs que, elaborado de forma casi artesanal, había logrado instalar en su portátil—. Si este trasto me obedece de una vez, pronto lo sabremos...

—¿Entonces? —Ariadna temía su respuesta.

—Tranquila. —Layo adivinó su miedo y acarició su cabeza con ternura —. No vamos a dejarte sola.

Ella habría querido decir «gracias», pero no era capaz de hablar. Las emociones pugnaban en su interior como un castillo de fuegos artificiales, controlando su lengua y acelerando el ritmo, para entonces ya casi desbocado, de su corazón.

—Aunque para ayudarte necesitamos salir de aquí cuanto antes y, sobre todo, contar con los aliados necesarios.

—Adentrarse en el Hades es imposible —apostilló Orión, que al fin había conseguido poner en marcha su dispositivo de búsqueda.

—¿El Hades? —Ariadna estaba convencida de que el primer destino de cualquier prisionero, fuera cual fuera su crimen, era el Tártaro.

—Me temo que sí. —Le respondió Layo a la vez que le mostraba uno de los reportes del Nuevo Orden, donde se comunicaba el encarcelamiento de sus padres y se anunciaba que, en breve, se darían más detalles sobre la noticia.

—No puede ser... Ellos no... Mis padres nunca... —Todo le resultaba tan injusto que era incapaz de encontrar las palabras para expresarlo.

—Es urgente que nos dirijamos al Refugio Central. —Layo siguió hablando, tratando de creer lo que decía, a pesar de las sombras que se cernían sobre aquel lugar, del que surgían las instrucciones que obedecían los Rebeldes. Ni siquiera estaban seguros de si se trataba de un Refugio físico o solo de un enclave virtual—. Necesitamos valorar nuestras opciones y trazar un plan sensato.

Era obvio que tenían razón, pero a Ariadna le preocupaba que dar con esos aliados de los que hablaba Layo fuera imposible.

—¿Y por qué iban a querer ayudarnos?

—Por esto. —El padre de T. resolvió su duda señalando el ejemplar de la *Odisea* que Ariadna siempre llevaba consigo.

—¿Por esto? —Ella no lo entendió. ¿Qué sabían aquellos hombres de su libro? Es más, ¿habrían adivinado lo que era capaz de hacer con él?

Layo estaba a punto de explicárselo cuando Orión los interrumpió.

—¡Están aquí! —gritó en cuanto saltó la alarma de su detector—. No podemos perder ni un minuto más.

—Rápido, ¡desplegad velas!

Ariadna lo entendió perfectamente. Aquel había sido, desde que tenía uso de razón, su grito de guerra. Ignoraba su origen, pero con esa fórmula los Rebeldes se alertaban siempre del peligro.



«Desplegar velas» era su voz de alarma, tanto para advertir de la proximidad de los Cíclopes como para indicar que debían proteger las obras que, en soportes propios de siglos anteriores, aún mantenían con vida en los Refugios. Aquellos escondites que se veían obligados a abandonar una y otra vez.

«Somos como Odiseo», le había dicho Clío a su hija en una ocasión, «siempre de viaje en un mar de infortunios». Y ella, que consideraba que su madre ponía una voz muy curiosa cuando decía frases tan extrañas como esa, se rio. Eso, seguramente, era lo que más echaba de menos. Los pequeños momentos a su lado. Todos y cada uno de los días que no pensó que fueran memorables y que, ahora que no tenía a sus padres con ella, sí se lo parecían.

—¡Daos prisa! —Los apremió Orión mientras el pitido aumentaba hasta hacerse insoportable—. ¡Están solo a unos metros de aquí!

—¿Cuántos vienen? —preguntó T.

—Aquí solo veo a dos, pero es probable que los sigan muchos más... Debe de ser una pareja de Exploradores. En cuanto nos descubran, darán el aviso al resto de los Rastreadores. ¡Tenemos que irnos!

Pero ya era muy tarde. Los cíborgs acababan de derribar la puerta de su cobertizo de una patada y los apuntaban con sus armas mientras avisaban al resto de su escuadrón del éxito de la búsqueda.

—¡Fugitiva descubierta! Enviamos coordenadas. Y vosotros, levantad las manos o disparo y os mato aquí mismo.

—Tranquilo —respondió T.—. ¿No veis que estamos de vuestra parte?

Sin que Ariadna pudiera reaccionar, el joven la agarró con fuerza y la apretó contra su cuerpo.

—¡Pero...! —se quejó ella buscando con la mirada la ayuda de Orión y Layo, que, lejos de socorrerla, parecían apoyar la postura de su hijo.

—Entrégnosla.

—Un momento... Antes tendrás que pagarme.

Ariadna no daba crédito: ¿había sido tan ingenua como para dejarse atrapar por una familia de Cazadores?

—¿Pagarte? —El Cíclope parecía tener problemas para identificar aquella réplica en su listado de respuestas posibles.

—He leído que hay una recompensa a cambio de la vida de esta mocosa... No creerás que me he dedicado a buscarla a cambio de nada.

—Dámela y recibirá lo que merezcas. —Le contestó recurriendo a una de sus réplicas tipo, con las que Moira había logrado perfeccionar el nivel de conversación de aquellos seres.

—Mientes muy mal... Van a tener que revisar vuestros archivos de memoria.

—Dámela de una vez o moriréis con ella.

—Tampoco hace falta que nos pongamos tan trágicos, ¿no? Anda, ven. Aquí la tienes.

—¡Eres un traidor! ¡Eres un...!

Ariadna gritaba enfurecida mientras T. la empujaba hacia los cíborgs. Y justo cuando el Cíclope extendió el brazo para hacerse con su presa, el joven lo hizo caer al suelo a la vez que empujaba a Ariadna tras de sí. El otro Explorador se lanzó sobre él, pero T. se movía con tanta rapidez que era imposible derribarlo. Estranguló a uno de los cíborgs y logró desactivar con una brutal patada los circuitos del otro. En cuestión de segundos, había derribado a ambos.

—Se ve que le han cundido tus entrenamientos —felicitó Orión a Layo con orgullo.

—No me habías dicho que supieras luchar. —Ariadna trataba de reponerse del sobresalto que acababa de vivir. ¿Por qué nadie la había avisado de que aquella era una estratagema para despistar a los Cíclopes?

—No recuerdo que me lo hubieras preguntado... De todos modos, tampoco es el mejor momento para presumir de nuestras habilidades. Los Rastreadores deben estar al llegar.

—Cierto. —Lo apoyó Layo—. Tenemos que salir de aquí de una vez.

—Un momento. —Ariadna sacó el libro de la deshilachada mochila que T. le había dejado para que metiera sus escasas pertenencias.

—¿Te vas a poner a leer ahora? —se burló T.

—Algo así —respondió ella mientras abría el libro y buscaba entre sus páginas.

—Ariadna. —Orión no dejaba de escudriñar nervioso la pantalla del ordenador, que empezaba a alertarlo, una vez más, de la llegada de nuevos enemigos—. No tenemos tiempo para...

—Un segundo, por favor, solo un segundo...

Recorría su *Odisea* con toda la rapidez que le era posible mientras el primer refuerzo de Cíclopes rodeaba ya el perímetro del cobertizo. Si no escapaban de allí a tiempo, les esperaba una muerte segura.

—Tenemos que marcharnos —gritó Orión mientras la empujaba en dirección a la puerta trasera—. ¡Ya!

Tras la ventana se adivinaban las siluetas de decenas de Rastreadores con su uniforme blanquinegro. Pero Ariadna estaba extrañamente tranquila: al fin

lo había encontrado. De niña le divertía ese momento en el que una hechicera llamada Circe convertía en cerdos a los compañeros de Odiseo. Esa era la palabra que necesitaba. Confió en que su don no la traicionase, cerró los ojos y dibujó mentalmente, una a una, las letras que formaban el nombre de aquella bruja.

C-I-R-C-E

Apenas pasaron un par de segundos cuando empezaron a escuchar unos extraños sonidos.

—¿Qué es eso? —se sorprendieron los tres hombres que la acompañaban.

Resultaba difícil identificar algo en aquella algarabía de ruidos en que se habían transformado los gritos de los soldados.

—Pero... ¿Qué está pasando?

Desconcertado, T. se asomó con cautela a una de las ventanas y descubrió que no quedaba rastro alguno de los Cíclopes que antes los vigilaban. A cambio, solo vio una gigantesca bandada de cuervos metálicos que graznaban furiosos.

—¿Esto es cosa tuya?

—Me habría gustado más que fuesen cerdos...

—¿Pero cómo has hecho que...?

—Vámonos de aquí. En breve recuperarán su forma original.

Guardó el libro en su mochila y los cuatro salieron corriendo tan deprisa como les fue posible.

Mientras huían antes de que una nueva batida de los Cíclopes diese con ellos, a T. lo obsesionaban dos preguntas.

La primera, cómo era posible que Ariadna hubiera conseguido obrar un prodigio como aquel.

La segunda, por qué sus padres no parecían tan sorprendidos como él de lo que había ocurrido.

Por primera vez en dieciséis años, tuvo la sensación de que le estaban ocultando algo.

Y no le gustó.



## 8

### EL CONJURO

—Hasta ahora hemos tenido suerte, Moira... Demasiada suerte.

La Arquitecta tuvo que morderse la lengua para no avivar aún más el fuego de la inquietud que abrasaba a Némesis.

Moira podía leer en su mirada esa combinación de desazón e ira ante la incompetencia ajena que había sufrido en más de una ocasión, pero también sabía que si tensaba en exceso las cuerdas con las que ella misma los manejaba a todos, corría el riesgo de desvelar su maniobra.

Argos nunca había sido de su agrado, y la Arquitecta disfrutaba viéndolo perseguir a una simple cría que, de repente, se había convertido en una sombra inasible. Peor aún, en una pesadilla para el mismísimo Senado, cuya reputación podía resquebrajarse si las hazañas de aquella fugitiva llegaban a oídos de los ypsilianos.

—En esta última ocasión tampoco hubo testigos y, afortunadamente, los Rebeldes fueron sorprendidos tan de improviso que no tuvieron tiempo de grabar nada. —Se intentaba calmar Némesis mientras Moira calculaba el alcance de su respuesta—. Pero si alguien descubriese que ha sido capaz de convertir a los Cíclopes en cuervos, estaríamos en un grave aprieto.

—Tiene que haber una explicación racional para eso... —La Arquitecta se negaba a creer que aquella transformación mágica fuese posible. Debía existir algún tipo de mecanismo que justificase lo sucedido. Algún dispositivo tecnológico con el que los Rebeldes habían logrado desafiar a los Cíclopes del Nuevo Orden.

—La única explicación, sea racional o no, está en ese libro. Por eso debemos recuperarlo cuanto antes.

—Pero si sus padres están en nuestro poder, ¿cómo es que no hemos conseguido más información sobre su paradero? —preguntó Moira con la única intención de cizañar contra la labor de Argos, máximo responsable de los interrogatorios.

—Están dispuestos a dar su vida a cambio de proteger la de su hija... Por eso, Moira, necesitaba hablar contigo.

—¿Cómo puedo ayudarte? —La Arquitecta odiaba pronunciar ese tipo de ofrecimientos serviles, pero sabía que la Presidenta confiaba en personas que, siendo más inteligentes que ella en cuestiones que no dominaba, se mostraran sumisas a su voz de mando. Si Moira había llegado tan lejos era porque sabía conjugar obediencia y brillantez intelectual de manera ejemplar.

—Quiero que trabajéis juntos.

—¿Juntos?

Némesis desplegó la pantalla de su mesa de conferencias y apareció la imagen tridimensional de Hermes, que se encontraba preparando los fastos del Gran Aniversario en el Distrito 3, uno de los barrios más adinerados de Ypsilon.

—Está todo a punto. —Fue lo primero que dijo el responsable del Ministerio de la Información, sin sospechar el verdadero motivo por el que había sido convocado a aquella reunión.

—Me alegra oír eso —agradeció Némesis—. Necesitaba recibir buenas noticias.

—Si quieres que te muestre algo más de... —Hermes se disponía a ponerle al corriente de los preparativos, pero la Presidenta lo interrumpió.

—No te he llamado por eso. Se trata de otro tema, Hermes... Algo muy delicado.

Moira podía contener a duras penas su impaciencia y su curiosidad: ¿qué tarea iba a encomendarles a ambos? ¿Y cómo es que Argos quedaba fuera de la reunión? Por un instante, se relamió con la posibilidad de que, tras sus últimos fracasos, el General hubiera caído en desgracia.

—Seguimos teniendo problemas con la fugitiva. Una de las Rebeldes.

—Si solo fuera una... —repuso Hermes con sarcasmo—. No hay día que no encontremos alguno de los bibliohologramas de esa gentuza en las calles de la ciudad.

—Creía que habíamos encontrado el modo de acabar con ellos. —Némesis dirigió una mirada inquisitiva a Moira.

—Cambian de logaritmo cada poco, así que resulta imposible predecir cuál será el siguiente. Hemos buscado un patrón en sus ataques, pero de momento no hemos logrado dar con él. Quienes estén al mando de su departamento de programación tienen avanzados conocimientos en la materia.

—¿Departamento de programación? —Némesis repitió aquellas palabras con auténtica incredulidad—. ¿De qué estás hablando, Moira? Son un grupo de salvajes. Una manada de animales violentos e indisciplinados. ¿Qué departamento van a tener?

A lo mejor ese, precisamente, era el problema, pensó Moira: los subestimaban. Llevaban demasiado tiempo considerando a los Rebeldes como un conjunto de individuos desorganizados y rabiosos que atacaban en cuanto tenían oportunidad, pero quizá debían empezar a plantearse que sus acciones respondían a un porqué y, sobre todo, que quienes las dirigían poseían mucha más información y aptitudes de las que el Senado estaba dispuesto a admitir.

Sin embargo, aquel no era el momento de argumentar algo así. Bastante enojada se había mostrado Némesis con respecto a los bibliohogramas callejeros, como si Moira tuviera la culpa de que los Rebeldes fueran capaces de proyectar aquellas imágenes en las que, junto con lemas contrarios al Nuevo Orden, mostraban personajes y escenas extraídos de los títulos del índice Prohibido.

—En cualquier caso —prosiguió Némesis—, esta fugitiva no es una más. Tiene en su poder algo que la hace especialmente valiosa, y es esencial que su existencia no llegue a los oídos de nuestros ciudadanos.

—¿Algo? ¿De qué estamos hablando exactamente?

—De uno de los Dos Ejes.

Así se conocían los dos libros más buscados de todo Ypsilon: la *Odisea*, de Homero, y *Las metamorfosis*, de Ovidio. Compuestos en la Antigüedad, ambos habían sido considerados unánimemente por el Nuevo Orden como las principales raíces de la sinrazón, debido a las múltiples reinterpretaciones que habían inspirado a lo largo del tiempo, fuera y dentro de Ypsilon. Novelas, cuadros, esculturas, películas, obras teatrales, cuentos infantiles, videojuegos... Su influencia era tan evidente como peligrosa, así que Némesis prometió una elevada cantidad de dinero a cambio de cualquier copia que hubiesen podido rescatar las células terroristas de los Rebeldes.

Tanto en el Senado como entre los Cazadores era conocida la obsesión de la Presidenta por exterminar los testimonios relacionados con ambos libros, pero todos ignoraban su causa. Una inquietud que venía de lejos y que, durante diez años, Némesis había conseguido mantener en silencio,



convenciéndose a sí misma de que si los Cazadores no habían encontrado el volumen maldito, el mismo que aparecía en todos los augurios de Tiresias, era porque se había perdido entre las llamas del Gran Incendio.

Diez años queriendo creer que había logrado destruir y anular el poder de ese ejemplar de la *Odisea*. Con esa última intención había usado sus palabras para bautizar a las fuerzas, lugares e instituciones del Nuevo Orden: estaba segura de que si vaciaba de significado aquellos nombres, neutralizaría la magia que irradiaban. Había robado sus palabras al libro más peligroso de Ypsilon para que su repetición provocase un ruido infinito, un eco inhibitor y absurdo, una sucesión de letras sin sentido donde lo imaginado se fundiese con lo real, hasta que nada de cuanto aparecía en aquellas páginas fuera cierto.

Tal vez todas esas precauciones no hubieran sido necesarias si Orfeo, su antecesor, no hubiese creído que inspirarse en el mundo clásico lo ayudaría a apaciguar el descontento social en Ypsilon. La escasez de recursos, agravada por el estallido de la crisis energética, había llenado el país de voces críticas que alentaban una revuelta de consecuencias imprevisibles.

Temiendo que la situación desembocara en una guerra civil, Orfeo buscó respuestas en la grandeza del pasado. Se convenció a sí mismo de que el país necesitaba un nuevo renacimiento, una época de esplendor que contribuyese a que los ypsilianos olvidasen la miseria en la que se hallaban. No era posible negar el desastre ecológico ni las desigualdades sociales, pero sí disimular la miseria con la tecnología y el lenguaje adecuados. Solo tenían que utilizar las redes y los canales a su alcance para que los ciudadanos creyesen que habitaban en la ficción que Orfeo, con la ayuda de sus Arquitectos, se encargaría de inventar y dirigir.

Así fue como el Presidente encargó a Pigmalión la creación de los Cíclopes justo antes de elegir su nuevo nombre. En adelante, no solo se haría llamar Orfeo, sino que decretó que todos los miembros de su Gobierno emplearan un alias que subrayase su poder. El Senado debía encarnar los héroes y dioses que el pueblo reclamaba para convertirse en sus únicos líderes. No contaban, sin embargo, con que los Rebeldes se harían con esos mismos nombres: no iban a permitir que, además de robarles su libertad, los despojasen también de sus mitos.

Durante diez años, Némesis había aplicado esa misma política y, hasta ahora, el conjuro había funcionado. O eso creía. Diez años de paz que se veían en peligro por una niña estúpida, que la obligaba a tomar decisiones tan arriesgadas como la que estaba a punto de comunicar a sus dos consejeros.

—Tenemos que conseguir que la opinión pública se ponga de nuestro lado antes de que sea demasiado tarde. No podemos esperar a que se difunda la identidad de la fugitiva ni, mucho menos, sus actos. Es importante que, cuando eso ocurra, todo Ypsilon se haya posicionado en su contra.

—¿Quieres que convirtamos a una niña en el centro de las iras del Estado?  
—Hermes estaba convencido de que aquella decisión traería graves consecuencias.

—No, sé bien que eso es imposible. La sensiblería siempre acabaría dándole la razón. Pero debemos desacreditarla cuanto antes. Y lo haremos cambiando el ángulo de la noticia.

Ninguno de sus dos subordinados entendió a qué se refería y la Presidenta, por un momento, no pudo reprimir una mueca de satisfacción. Le halagaba seguir yendo un paso por delante de cuantos la rodeaban. Ese, precisamente, era el mayor de sus dones. El talento que nadie, y mucho menos su familia, había sabido ver y que la diferenciaba de todos los demás: su capacidad para proyectarse en el futuro.

—Cuando los Rebeldes traten de viralizar las hazañas de su heroína, todo Ypsilon conocerá ya los crímenes de sus padres.

—¿Nos estás pidiendo que...? —Hermes no tuvo tiempo de terminar la frase.

—Exacto. Y quiero resultados mañana mismo.

—Por supuesto.

Moira y Hermes aplaudieron la decisión de Némesis. Si no se tratase de humillar a los Rebeldes, habrían dudado. Incluso puede que hubieran protestado ante la idea de convertirlos en protagonistas de actos que, en realidad, no habían cometido. Pero diez años de atentados y violencia eran motivo más que suficiente para disponer a los ciudadanos contra aquellos criminales.

Moira se encargaría de diseñar los Efímeros necesarios para sustituir a Clío y a Néstor. Aquellos clones habían sido uno de los proyectos desechados por el equipo de Orfeo, ya que tanto Pigmalión como Galatea consideraban que entrañaban más riesgos que ventajas. Sin embargo, Moira había convertido a los Efímeros en uno de los hitos más recientes y secretos de su plan de Inteligencia X.

Aquellas criaturas se mantenían con vida durante un máximo de veinticuatro horas y eran una copia idéntica de las personas que suplantaban. Hasta su aparición, el Senado había recurrido a videomontajes que, pese a su buen acabado técnico, podían ser desacreditados mediante un análisis

riguroso. Los Efímeros, sin embargo, resultaban imposibles de distinguir de sus modelos originales, de modo que nadie pondría en duda que sus delitos, que viralizaría Hermes, habían sido cometidos por los padres de Ariadna. Entre él y Moira convertirían a Clío y a Néstor en dos despiadados enemigos del orden público.

La Presidenta, entretanto, intentó recuperar la calma que los últimos eventos parecían haberle robado. Había estado a punto de olvidar el peligro que suponían la vida de Ariadna y la existencia del libro de Homero. Un ejemplar que no solo arrojaba sombras con respecto al futuro, sino que además abría espejos de su pasado en los que prefería no mirarse.

Quizá era cierto que las palabras encerraban siempre un sortilegio capaz de transformar la realidad en magia.

Lo malo era que ese hechizo, en manos inadecuadas, podría destruirlo todo.



## 9

# TÁNTALO

Llevaban de camino muchas más horas de las que Ariadna podía contar. Agarrada a T., intentaba reconocer los distritos que atravesaban los cuatro montados en sus motos, siguiendo la ruta irregular que les imponía Orión.

—No podemos arriesgarnos a que nos sigan —se justificó cuando T. se quejó de los continuos rodeos que estaban dando—. Es necesario que seamos muy precavidos.

No volvieron a protestar durante el resto de la travesía. Todos eran conscientes de cuánto se estaban jugando al exponerse públicamente, así que parecía lógico tomar las rutas menos frecuentadas y, debido a su estado, también más peligrosas.

Cualquier cosa con tal de encontrar el Refugio Central, ese lugar que ninguno de ellos había visto y que, por lo que sabían, bien podría tratarse de un mito. En este último caso, todos sus esfuerzos habrían sido en vano; pero algo les decía que su existencia, una de las creencias que alentaban a los Rebeldes cuando sus fuerzas flaqueaban, no podía ser una quimera, sino una realidad.

—Es inútil pensar que podamos llegar hasta el Hades y hacer frente a las tropas del Nuevo Orden nosotros solos —afirmó Layo después de que hubieran dejado atrás a los Rastreadores que habían intentado capturarlos—. Necesitamos refuerzos.

—¿Y eso cómo vamos a hacerlo? —A T., tras la pelea con aquellos androides, se le había despertado la sed de acción.

—Tendremos que dar con el Refugio Central.

—Pero nadie sabe exactamente dónde está —replicó Ariadna—. Ni siquiera hay pruebas de que exista. Al menos, eso es lo que me explicaron mis padres...

—No hay pruebas —le dio la razón Layo— porque, si las hubiera, su seguridad se vería comprometida y, de momento, es el único Refugio que no podemos mover. Necesitamos un espacio que custodie los títulos que vamos rescatando. Pero hemos tenido que convertirlo en ficción y rodearlo de leyendas, al menos a los ojos de Ypsilon, para que nadie sea capaz de dar con él. Si queremos sobrevivir, nos conviene que el Senado siga creyendo que es solo un invento para disimular que no somos más que un puñado de nómadas sin un verdadero liderazgo. ¿Lo entendéis ahora?

Ariadna y T. se miraron entre sí antes de mover afirmativamente la cabeza. A ambos les molestó que sus familias les hubieran ocultado una información como esa durante tanto tiempo.

—Entonces —insistió ella—, sí que existe.

—Y allí, precisamente, es adonde nos dirigimos. —Fue todo lo que respondió Layo antes de hacerle una señal a Orión para que subieran a sus motos y reanudaran la marcha.

Mientras conducían rumbo al Este —casi en círculos, a través de giros a veces tortuosos y otras, sencillamente, incomprensibles—, T. no podía dejar de pensar en todas las preguntas que, de alguna manera, sentía que se habían abierto desde la llegada a su vida de la cría que ahora se agarraba con fuerza a su espalda, sosteniéndose con firmeza en ese viaje con un destino tan incierto como el de todos ellos.

De repente, lo obsesionaba su nombre sin historia, tal y como le había dicho Ariadna nada más conocerlo. Una «T» que quizá quisiera decir algo más. Y tampoco entendía cómo era posible que sus padres jamás le hubieran mencionado la existencia de ese Refugio Central. No solo le inquietaba la identidad de los líderes rebeldes que allí se encontraban sino, más aún, cómo era posible que sus padres los conocieran o supieran de su paradero. ¿Se trataba de un dato accesible para cualquier Rebelde, o sólo estaba al alcance de unos pocos?

Lo más probable era lo segundo: que se tratase de una información reservada tan solo a una minoría, lo que hacía pensar en una estructura jerárquica de la que T. no tenía noticia. Estaba seguro de que, si preguntaba por ello a sus padres, le dirían que con su silencio solo intentaban protegerlo; pero, aunque lo entendiera, lo enfurecía que pensasen que era incapaz de

asumir nuevas responsabilidades. Como si tuviera que seguir dando pruebas de que ya era un adulto.

Condujeron durante todo el día, siempre en dirección al Este, donde Layo les había prometido que darían con lo que estaban buscando. Al caer la tarde, por fin habían dejado atrás los Distritos 2, 4 y 6, que se correspondían, respectivamente, con el Parque Tecnológico, el Barrio Financiero y el Sector Comercial, tres de las áreas más extensas y destacadas de la capital. En ellas, junto con Naxos y el Distrito 3, se hallaba el verdadero corazón de Ypsilon. Por suerte, tanto Layo como Orión tenían experiencia huyendo y sabían dónde se hallaban los principales controles ciclópeos en cada uno de aquellos barrios. Además, a esas horas, las calles de la ciudad estaban atestadas de gente que iba o venía de sus obligaciones. Todos caminaban con la misma expresión ausente, como si fueran la fotocopia de una sola vida.

Ariadna se dio cuenta, mientras atravesaban las calles de Geonia, de que apenas había colores en la capital de Ypsilon. La mayoría de los edificios, con sus perfectos acabados metálicos, sus grandes ventanales y sus diseños planos y simétricos, formaban un paisaje armónico, pero también profundamente impersonal. Solo los grandes carteles luminosos llenos de anuncios y las pantallas tridimensionales, donde el Gobierno de Némesis proyectaba sus mensajes oficiales, rompían aquella monótona sucesión de grises.

No fue sencillo, pero por fin consiguieron llegar a las afueras de la zona Este, más allá de los límites de la capital. Aparcaron en un abandonado polígono industrial, donde Orión propuso descansar y montar un cuartel improvisado desde el que planear sus siguientes movimientos.

—Tienen que estar muy cerca de aquí —insistía Orión, rastreando cualquier señal posible con el buscador que él mismo había fabricado.

—¿De verdad crees que vas a encontrar al mando rebelde con eso? —se rio Layo, que, por mucho que admiraba los artilugios y las habilidades tecnológicas de su pareja, era también consciente de las limitaciones de sus recursos—. Si el Senado no los ha encontrado con medios mucho más sofisticados, dudo que logres hacerlo tú con ese cacharro.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—De momento, dormir. Necesitamos descansar unas horas. Ahora mismo no creo que ninguno de nosotros sea capaz de pensar en nada mínimamente sensato.

Tenía razón, aunque a Ariadna le resultaba difícil no sentir cierto desánimo. Después de tantas horas de viaje, de repente le parecía poco probable que, en aquel paraje semiderruido y polvoriento, como todo cuanto



rodeaba la perfecta y depurada Geonia, pudiese surgir un ejército de bibliotecarios y libreros rebeldes dispuestos a ayudarlos.

—Ha sido un día muy largo —sentenció Orión antes de ofrecerse para el primer turno de vigilancia del que, en dos horas, lo relevaría Layo. Por muy seguros que estuviesen de que nadie los había seguido, no podían correr el riesgo de que los Cíclopes los cogieran desprevenidos.

Ariadna no opuso resistencia. Ella también estaba muy cansada. No habían pasado más que un par de días desde su huida y, desde entonces, no había tenido ni un momento de paz. Se durmió pronto, aunque su sueño se llenó de pesadillas en las que se veía a sí misma corriendo hacia sus padres. Las imágenes se parecían a la de aquella historia que Clío le había contado alguna vez, la de un hombre llamado Tántalo que trataba de coger unas manzanas de un árbol que había a su lado. Y justo cuando estiraba la mano y se encontraba a punto de lograrlo, las ramas se alejaban haciendo imposible que alcanzara su fruto. Con la misma crueldad se deshacían los cuerpos de sus padres cuando ella intentaba abrazarlos, desvaneciéndose como sombras que subrayaban la lejanía que ahora los separaba.

Agotada de perseguir fantasmas, casi agradeció que unos gritos la sobresaltaran en mitad de la noche. Desvelada, miró a su alrededor y descubrió a Layo y a Orión junto a la cama improvisada en la que dormía su hijo. Era T. quien, en sueños, se agitaba en el suelo mientras sus padres lo observaban sin atreverse a despertarlo.

Ariadna sintió la tentación de ponerse en pie y acercarse, pero pensó que era más inteligente fingirse dormida y contemplar, desde la distancia, aquella escena hasta el final. Hasta donde podía verlo, T. parecía seguir dormido, aunque se movía furioso contra un enemigo invisible.

—Apartad —gritaba moviendo mucho sus brazos—, apartaos de aquí...

Sus padres no parecían sorprendidos ante la intensidad de su pesadilla, como si hubieran sido testigos en más de una ocasión de otros episodios similares.

—¡Lejos, sirenas! ¡Alejaos de una vez!

A Ariadna le sorprendió que los personajes de su libro se hubiesen infiltrado, de algún modo, en la mente de su compañero de viaje. Y enseguida recordó que, cuando lo sorprendió hojeándolo, él se hallaba precisamente ante el pasaje en el que se hablaba de las sirenas. El mismo fragmento con el que ella, ocho años atrás, había descubierto su don. Intentó dormirse de nuevo, tras convencerse de que aquello era una simple casualidad, cuando sucedió algo mucho más extraño.

Comenzó siendo un ruido.

Un golpe.

Algo parecía haberse caído en el viejo almacén donde se habían refugiado.

Ariadna, asegurándose de que no la veían, caminó a tientas hasta que llegó al lugar del que venía el ruido.

Cuando se acercó, descubrió en el suelo una estatua de barro rota en pedazos: una sirena idéntica a las que se describían en la *Odisea*.

Por primera vez, Ariadna se dio cuenta de dos hechos fundamentales.

Su don no era único.

Y no estaba sola.



## 10

### HUELLAS

Los Cíclopes registraron sus móviles. Sus agendas. Sus cuentas de correo. Cualquier posible rastró en redes sociales.

Revisaron palmo a palmo la vida virtual de Clío y Néstor sin hallar una sola pista que revelara el paradero de su hija.

—¿No habéis encontrado nada? —Argos empezaba a desesperarse.

—Han sido muy cuidadosos, señor. Se han ocupado de borrar todos los mensajes que han enviado y recibido en estos años.

—Pero tienen que haber dejado huellas... La memoria digital no desaparece sin más.

—Revisaremos las cámaras de seguridad de nuevo —repuso el Cíclope, ofreciendo la única respuesta válida que encontró en todo el repertorio con el que había sido diseñado.

—Las han esquivado todas. —El General ladeó la cabeza: no estaba dispuesto a perder más el tiempo—. No sé cómo, pero está claro que tanto esa cría como quienes la están ayudando saben dónde se encuentran y cómo evitarlas. ¿Hemos averiguado algo, al menos, de sus acompañantes?

—No teníamos constancia de la existencia del Refugio del que huyeron hasta que los localizamos en él —repuso uno de los Rastreadores—. Y las imágenes obtenidas tampoco permiten identificarlos en el sistema.

«O puede que ni siquiera estén registrados en él», pensó Argos. La mayoría de los Rebeldes habían conseguido esquivar las medidas de control y detección que, sin embargo, sí habían implantado en la población general de Ypsilon. Bastaba con acceder a cualquiera de sus dispositivos móviles para

ubicar e identificar a la mayoría de sus habitantes, salvo a aquella turba de delincuentes que habitaban en los márgenes del Estado con la única intención de desestabilizarlo.

—Tiene que haber algo... Una huella que hayan dejado a través de sus comunicaciones y que nos permita geolocalizarlos. Si no, ¿cómo se coordinan con los demás Rebeldes? ¿Me lo queréis explicar?

Si hubieran sido capaces de experimentar emociones, los Rastreadores se habrían sentido abochornados. Pero la inteligencia artificial no había alcanzado aún lo que Moira había llamado su nueva fase, la Inteligencia Y, en la que aseguraba que las máquinas adquirirían, además de la ya demostrada capacidad de razonar, también la de sentir.

Argos tenía tantas dudas de que aquello fuera a ocurrir como de que fuera deseable: ¿cómo podía beneficiarles que los Cíclopes desarrollaran algún tipo de experiencia emocional? Ni ellos, ni los Carontes, ni los Pegasus, ni ninguna de las criaturas que formaban parte de los cuerpos de seguridad precisaban sentimientos que pudieran complicar sus tareas. Pero sabía que los planes de Moira gozaban del beneplácito de Némesis, así que prefería no contradecirla. Ya pondría en duda sus prototipos cuando, tras las primeras pruebas, aparecieran también los primeros problemas.

—¿Qué necesita que hagamos, señor? —Fue la única respuesta que le ofrecieron los Rastreadores mientras exhibían, una y otra vez, los mismos resultados. Seis pantallas en las que solo se leían, dispersas, un sinfín de palabras extraídas de los mensajes que habían logrado rescatar y reconstruir a partir de la investigación de las vidas de Clío y Néstor.

—Deben de comunicarse de otra manera... —dijo Argos para sí mientras miraba, como hipnotizado, aquel listado carente de orden y sentido—. Sabían que investigaríamos su rastro digital, así que no han dejado ninguno.

De repente, algo llamó su atención en medio de las diferentes pantallas que lo rodeaban y se giró de una a otra, señalando con su índice lo que, si su intuición no le engañaba, acababa de descubrir.

—A no ser que...

Marcó su hallazgo en cada una de las pantallas y se dio cuenta de que en tres de ellas se repetía, en medio de una hilera de palabras, el mismo nombre. Un término que, hasta la fecha, no habían encontrado en ninguna de las comunicaciones interceptadas a los Rebeldes.

Ítaca.

Cómo no se había dado cuenta antes...

Por un momento, tuvo la tentación de recriminarse su torpeza, pero enseguida rechazó esa opción. No tenía sentido flagelarse por no haberse dado cuenta antes de lo que ahora le resultaba tan obvio, ni tampoco era lo más práctico justo cuando el reloj jugaba en su contra.

Ítaca.

Cómo no iban a haber elegido una palabra tomada del Primer Eje y que representaba justo lo que, según sus quejas y protestas, habían perdido. Ese hogar del que, en sus bibliohogramas callejeros, los Rebeldes denunciaban haber sido expulsados, cuando la verdad era que habían tenido que abandonar sus casas por no acatar las leyes que sí respetaban escrupulosamente el resto de los ciudadanos. Se habían convertido en seres errantes por voluntad propia, apátridas que culpaban a los demás de su violencia, cuando ellos eran los únicos responsables de sus actos.

—Tenemos que triangular las llamadas que se hicieron justo después de cada uno de estos mensajes. Los correos electrónicos. Cualquier cosa. Está claro que cuando usaban ese código se estaban comunicando con alguien. Tal vez con el mando rebelde... Ahora solo necesitamos averiguar dónde se encuentra ese mando.

—No será fácil. —El Rastreador se había limitado a hacer un simple cálculo de probabilidades, pero aquello fue suficiente para desbordar la paciencia de Argos.

—No os estoy preguntado si será fácil o difícil. ¡Os estoy ordenando que lo hagáis!

Los Cíclopes salieron de allí sin añadir una sola palabra. Por suerte, su incapacidad emocional les impidió mostrar ira ante el tono de su máximo responsable. Aquello podía considerarse como otra prueba, pensó Argos, de que cualquier implante de sentimientos en aquellas criaturas constituía un error monumental.

No necesitaba subordinados que cuestionasen sus decisiones, sino sirvientes leales que siguiesen sus instrucciones con la misma celeridad con la que ahora estarían buscando la ubicación de esa Ítaca que, estaba seguro, debía de aludir a la sede central de los Rebeldes. Durante mucho tiempo habían sospechado de su existencia, pero hasta ahora no habían encontrado nada que pudiera llevarlos allí. Y ese era un buen motivo para sospechar que aquella niña era especial. Si los Rebeldes se habían atrevido a poner en riesgo su ubicación al usar la palabra clave, era porque debían de tener un especial interés en proteger a Ariadna.

Convencido de que era necesario anticiparse a sus próximas acciones, Argos había decidido prepararles otra sorpresa. Perseguir una sombra era tan ridículo como innecesario, así que el General por fin había tomado conciencia de que su papel no podía consistir en arrastrarse tras una simple fugitiva, sino en disponer astutamente los cebos para que, cuando llegase el momento, cayese sin remedio dentro de alguno de ellos. Y eso, precisamente, es lo que había hecho durante todo aquel día: disponer los mecanismos necesarios para cazar a su presa.

La búsqueda de Ítaca era prioritaria, pero sospechaba que una tarea tan compleja como esa no se podría completar antes del Aniversario. Necesitaban tomar medidas mucho más inmediatas, y la captura de Ariadna constituiría una victoria que marcaría el principio del fin de los Rebeldes. Dar con Ítaca sería, de este modo, su golpe de gracia.

Deseoso de comprobar el éxito de su plan, Argos se dirigió en uno de los Pegasos al lugar donde se estaban ultimando los detalles del que iba a ser el acto final en aquella comedia. Porque tal vez esa estúpida niña creyese estar riéndose del Nuevo Orden, pero lo que no sabía era que su burla estaba a punto de convertirse en una pesadilla.





## 11

### UNA ESPÍA EN SU PROPIA VIDA

—¿Desde cuándo te pasa?

Layo y Orión estaban ocupados analizando el terreno en busca del Refugio Central, así que Ariadna decidió aprovechar su distracción para interrogar a T. sobre lo que había presenciado aquella noche.

—¿El qué? —respondió él sin dejar de ejercitarse en sus flexiones matinales.

—No te hagas el tonto, T.

—¿Que no me haga el qué? —Su voz parecía sincera y, sin darle mayor importancia a sus preguntas, improvisó un saco y comenzó a golpearlo con furia, descargando sobre él una ira que, por un instante, hizo que Ariadna se preguntara qué escondía aquel joven. Parecía que al trabajar su cuerpo, en el que llamaban la atención el tamaño y la simetría de su musculatura, estuviese tratando de acallar otros demonios. Resultaba difícil saber si aquella pasión por el ejercicio físico nacía de un espíritu narcisista, de su voluntad de supervivencia en un entorno hostil, o si no era más que su modo de descargar toda la energía y la rabia que, a ratos, parecían desbordarlo.

—¿De verdad no me lo vas a decir? —insistió.

—Es que no sé qué quieres que te diga —sentenció él sin dejar de moverse ni un solo segundo—. No tengo ni idea de a qué te refieres, en serio.

—A esto.

Ariadna le señaló los restos de la sirena que había caído al suelo la noche anterior y que permanecían arrinconados en uno de los laterales del destartelado hangar en que se habían refugiado.

T. se mostró sorprendido al descubrir lo que parecían ser los trozos de una antigua escultura y, sin entender en qué le afectaban, no supo qué decir. Ni siquiera sabía qué era aquella figura que, descompuesta en decenas de pedazos, formaba un extraño rompecabezas. Convencido de que no había nada más que explicar, buscó una toalla para secarse después de su intensa sesión de ejercicio físico.

—Apareció esta noche —insistió Ariadna: si su ignorancia de los hechos era cierta, urgía que alguien lo pusiera al corriente de sus capacidades.

—¿Y...? —Él seguía sin entender qué papel jugaba en todo aquello.

—Estabas soñando con ellas.

—¿Con quiénes?

—Con las sirenas. —Ariadna abrió su ejemplar de la *Odisea* y buscó la página en la que se describía a aquellos seres—. Lee.

—Nunca recuerdo mis sueños... —contestó T. mientras revisaba las líneas que le señalaba Ariadna.

—Pero esta página sí la recuerdas, ¿verdad? Te vi leyéndola cuando cogiste mi libro.

—¿Todavía estás molesta por eso? Ya te pedí perdón... Al final va a resultar que eres un poquito rencorosa.

—Que no, T., solo te pregunto si recuerdas haber visto esta imagen.

—Claro.

—¿Y tu sueño?

T. se encogió de hombros.

—¿No lo recuerdas?

—Nunca me acuerdo de nada cuando me despierto... —confesó él—. Y eso que mis sueños son intensos, porque siempre que sucede, me levanto agotado. Como si hubiera estado entrenando toda la noche, ¿me sigues?

Si sus sueños provocaban situaciones como la que ella había presenciado, era lógico que T. amaneciese exhausto al día siguiente. Estaba a punto de explicárselo, pero las voces de Layo y Orión los interrumpieron.

—¡A cubierto! —les gritaron mientras, alertados por el inequívoco ruido de la alarma, ambos buscaban sus armas para defenderse del inminente ataque—. ¡Todos a cubierto!

Sin embargo, su capacidad de reacción fue mucho menos eficaz que la velocidad de los asaltantes. Pronto se vieron rodeados de un grupo de desconocidos que ocultaban su identidad bajo máscaras violetas. Uno de ellos, con voz pausada y solemne, daba las órdenes y el resto, sin dudar un segundo, las ejecutaba.

—¡Detenedlos!

Gracias a sus rápidos reflejos, Ariadna logró acercarse hasta la mochila donde guardaba su libro, pero una de aquellas siluetas enmascaradas se la arrebató de un manotazo.

—¡Devuélvemela! —gritó furiosa, aunque solo consiguió que aquella sombra la agarrase con más fuerza. Tuvo miedo por primera vez en mucho tiempo: sin su libro se sentía indefensa.

T. y sus padres, por su parte, también intentaron zafarse de sus atacantes. Pero ni las armas de Orión y Layo, que fueron requisadas por los enmascarados, ni la habilidad de su hijo en el combate resultaron suficientes. T. pudo derribar sin gran dificultad a dos, hasta que el tercero, consciente de la sorprendente fuerza del muchacho, se sirvió de una pistola de descargas para inmovilizarlo.

—¡Atadlos!

Las órdenes del líder eran directas y breves. Ni una palabra de más. Ni una explicación. Sus secuaces las ejecutaban con rapidez y limpieza, como si hubieran sido entrenados durante mucho tiempo para ello. Sin embargo, a Ariadna le llamó poderosamente la atención que no llevaran los uniformes blanquinegros de los Cíclopes, ni tampoco adivinó en ellos distintivo alguno del Senado.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —los interrogó la sombra que sujetaba a Ariadna—. ¿Quiénes sois?

Ninguno de los cuatro se atrevía a responder. ¿Qué ocurriría si decían la verdad? Ignoraban con quiénes estaban hablando. ¿Serían aliados o enemigos de Némesis? Es más, ¿y si fueran parte de su ejército de Cazadores?

Ariadna sabía, porque así se lo habían explicado sus padres, que entre ese grupo de cazarrecompensas había quienes trabajaban por libre, quienes se hallaban al servicio del Senado, y hasta quienes contaban con Cíclopes expresamente diseñados y entrenados para ello. La sola idea de que bajo aquellas máscaras pudiese esconderse alguno de esos Cazadores la hizo temer por la integridad de su libro. No podía defraudar a sus padres ni traicionar, con un fracaso tan estrepitoso como aquel, la única petición que le habían hecho: «Es uno de los Dos Ejes, Ari, y tienes que defenderlo con tu vida». Eso le había pedido su padre cuando volvían de uno de sus entrenamientos mentales. «Con tu vida».

—¡Hablad! —ordenó el líder.

—No hacíamos nada ilegal. —Fue la única respuesta que les ofreció Layo.

—Eso lo tendremos que decidir nosotros.

Y entonces Ariadna cayó en la cuenta de que había escuchado aquella voz antes.

Hacía apenas unos meses, sus padres habían recibido una visita extraña, pero que Ariadna sospechó que tenía que ver con ella, con su libro y con el esperado Aniversario.

—Explicadnos quiénes sois y qué demonios estáis haciendo aquí.

Era él.

Era la misma voz.

No había duda.

Y arriesgándolo todo, decidió dar un paso al frente: revelar su identidad para que aquel individuo enmascarado confesara la suya.

—¡Soy yo! —gritó tratando de desviar su atención, hasta entonces concentrada, cómo no, en los adultos.

El líder volvió la cabeza sin reconocerla.

—¿Quién?

Ariadna no se sorprendió de que no la identificara de inmediato.

Según lo poco que le habían explicado sus padres, la única vez que aquel hombre la había visto, ella no debía de tener más de dos años. Y en la segunda ocasión, sus padres le impidieron estar presente, de modo que ella había observado el encuentro escondida, al igual que tantos otros momentos, con esa extraña sensación de ser una espía en su propia vida, como si no tuviese derecho a conocer todas las reglas que explicaban el juego y tuviese que conformarse con ir adivinándolas poco a poco.

Convencida de que hacía lo correcto, ignoró las miradas de sus tres compañeros de viaje, quienes —aun sin hablar— le aconsejaban que guardase silencio.

Pero ella, lejos de esconderse, lanzó los dados.

—Soy yo... Ariadna.



## 12

### LA CAJA DE PANDORA

Némesis intentaba concentrarse, pero le resultaba difícil seguir el vivaz discurso de sus Consejeros y Delegados.

Aquella mañana, a solo tres días del Aniversario, la reunión semanal del Senado debía abordar tres puntos esenciales —los avances en el proyecto Inteligencia Y, los eventos de la celebración y la sentencia contra Clío y Néstor—, pero a ella, en realidad, solo le preocupaba el último punto.

—... y este es el plan de comunicación —prosiguió Hermes ante la mirada satisfecha del resto de Delegados— que hemos trazado para conciliar la alegría del festejo con el luto por el Triple Atentado. No debemos olvidar que, en la memoria de Ypsilon, aún pervive el recuerdo de Orfeo y sus dos asesores. Es necesario que evitemos cualquier muestra de júbilo que pueda tacharse de frívola o desproporcionada. El pueblo siente mucho cariño por su memoria.

A pesar de estar de acuerdo con lo que exponía el Ministro de la Información, Némesis sintió una punzada de ira al darse cuenta de que ni siquiera una década había sido suficiente para borrar a su predecesor del corazón de los ypsilianos.

Era obvio que las encuestas le seguían resultando favorables y que Némesis contaba con el apoyo de una amplia mayoría de la opinión pública. Sin embargo, para asegurarse ese respaldo social, había tenido que cultivar una imagen de firme admiración hacia el Triunvirato, como se conocía a Orfeo, Galatea y Pigmalión antes de que perdieran la vida en el atentado.

Esos tres nombres se repetían en todos los actos oficiales, e incluso habían bautizado con ellos más de un edificio institucional. Bandas, honores, orquestas y otros horrores del pasado —Némesis consideraba que aquellos signos resultaban absurdamente anacrónicos— servían para rendirles homenaje y alimentar la leyenda del gran, del magnánimo, del benevolente y justo Triunvirato. Como si su Gobierno no hubiera estado lleno de errores a los que su mano firme como Presidenta había logrado poner remedio. Es más: si Orfeo no se hubiera empeñado en desempolvar el contenido de los Dos Ejes, ahora ella no tendría que esforzarse tanto en enterrarlos.

—Por esto hemos creído conveniente —continuó Hermes— asegurarnos de que el Incendio Virtual se convierte en el centro de la celebración y, a la vez, aprovechar el Aniversario para inaugurar un memorial en honor del Triunvirato.

El Ministro activó el holograma que permitía contemplar el monumento que Moira había diseñado con su equipo: una arquitectura nómada con la forma de un Ave Fénix en la que se leían sus tres iniciales —O, P, G— y que ocuparía diferentes lugares del Estado de Ypsilon a lo largo del año.

—Incluso cabe la opción de ser reproducida en más de un sitio a la vez —explicó.

Némesis tuvo que esforzarse para contener la mueca de repugnancia que esa simultaneidad le provocaba. ¿Qué sentido tenía mirar siempre al pasado? ¿Por qué ni siquiera el fuego con el que habían consumido los recuerdos de entonces evitaba que continuasen persiguiéndola?

—¿Un Ave Fénix? —preguntó Argos, que nunca perdía ocasión de cuestionar el trabajo de Moira.

—¿Y qué otro símbolo podría ser mejor que ese? —explicó la Arquitecta, acostumbrada a las innecesarias apostillas del General—. Su memoria se eleva más allá de las cenizas, igual que el legado del Triunvirato nos acompaña en el Nuevo Orden más allá del fuego.

—¿Y las medidas de seguridad para el Aniversario? —Némesis necesitaba dar por concluido el tema del memorial antes de que la invadieran las náuseas que le provocaba tanta nostalgia innecesaria. Eran sus padres, sí, pero por eso mismo la enfurecía que todo Ypsilon manoseara su recuerdo: ni Pigmalión y Galatea pertenecían a quienes fingían lamentar su muerte ni los conocían tan bien como ella. A veces tenía que morderse la lengua para no decir lo que de verdad pensaba, pero sabía que lo más inteligente que podía hacer era proteger sus secretos y dejar los recuerdos justo donde debían estar. En el pasado.



—Redoblabremos efectivos en los puntos más vulnerables —informó Argos, tomando el relevo de Hermes en el Consejo—. Nos aseguraremos de que los Rebeldes no puedan sabotear la celebración.

«Ojalá», masculló Némesis para sí, pero evitó decir nada que pudiera traslucir la más mínima duda ni sobre el éxito de aquellas iniciativas ni sobre los cuerpos de seguridad del Estado.

—Entonces ya solo nos queda proceder a la votación sobre el destino de los dos prisioneros. —La Presidenta estaba deseando zanjar aquella cuestión—. Ahora que hemos ampliado su historial delictivo, nos corresponde decidir si los sometemos ya a un Juicio Ciudadano o si nos arriesgamos a esperar a que haya finalizado el Aniversario.

El Juicio Ciudadano había sido una de las medidas más controvertidas —en un principio— y aplaudidas —poco después— del Nuevo Orden. Gracias a un sistema de votación electrónico y secreto, se ofrecía a los habitantes de Ypsilon la posibilidad de otorgar un veredicto de inocencia o culpabilidad a criminales cuyos delitos resultasen especialmente graves y, según disponía la ley, «de evidente alcance social». Debido a la trascendencia de estos crímenes, la sentencia del Juicio Ciudadano rara vez se apartaba de la pena de muerte, que, gracias a la furia popular desatada tras la muerte del Triunvirato, había sido restituida en Ypsilon.

Si bien era Némesis quien solía decidir qué prisioneros debían someterse al sistema del Juicio Ciudadano, la responsabilidad de demostrar el «evidente alcance social» de sus acciones recaía directamente en Hermes. Ambos eran conscientes de que la difusión de un bulo era mucho más rápida que el tiempo que requería su desmentido, así que bastaba con diseñar una buena estrategia de comunicación para debilitar la dignidad de aquellos a quienes se quisiera desacreditar. Y si había un factor que jugaba en contra de Clío y Néstor, este era el tiempo: apenas faltaban tres días para el Aniversario y aún no tenían una pista definitiva sobre el paradero de su hija Ariadna. Ni de su libro.

—Creo que podemos confiar en que pronto habrá resultados. —Se opuso Argos. ¿Por qué recurrir a una ejecución pública cuando estaba tan cerca de darles una muerte mucho más privada?—. Hemos puesto en marcha un operativo secreto del que espero grandes noticias en breve.

—¿No puedes ofrecernos más detalles? —se interesó Moira, que sabía perfectamente que aquella era información confidencial.

—Me temo que no. —El General la fulminó con la mirada—. Pero no deberíamos arriesgarnos con acciones que puedan poner en tela de juicio nuestra imparcialidad.

—Nadie duda de ella. —Se defendió Hermes, ofendido por el comentario de Argos. Moira no disimuló su satisfacción al ver cómo, con su inocente pregunta, había ayudado a crear una evidente desavenencia entre ambos.

—Están claras las posiciones y también la importancia de este caso —los interrumpió Némesis—. Procedamos a abrir la Caja de Pandora.

Moira activó el dispositivo que permitía depositar el voto en una memoria virtual, sin necesidad de usar mecanismo físico alguno. Bastaba con elegir telepáticamente una opción y, en ese mismo momento, la alternativa escogida pasaba a ser contabilizada por Pandora. Todas las votaciones acababan despertando polémicas y recelos entre los miembros del Senado.

Pese a la Caja, la mayoría opinaban que la única voz que decidía el futuro de Ypsilon era la de Némesis. Esto había provocado que todos los Delegados y Ministros se esforzaran al máximo por coincidir con ella. Equivocarse en el voto y elegir la postura contraria era el modo más inmediato de provocar lo que Moira llamaba «el efecto Pandora» o, lo que era lo mismo, la ira de la Presidenta.

Argos era consciente del riesgo que corría, pero contaba con un as en la manga que lo animó a saltarse la habitual sumisión para votar un rotundo «no» a la propuesta de Hermes. No creía que alimentar el odio contra Clío y Néstor, añadiendo a su historial acciones apócrifas y de dudosa veracidad, fuera a ayudarlo a encontrar a Ariadna. Si los ciudadanos de Ypsilon no habían ofrecido pistas de su paradero, era porque lo ignoraban, no porque estuvieran protegiéndola.

Sin embargo, si alguien descubría que el Senado había separado a una niña de sus padres, los Rebeldes contarían con un inesperado aliado en la voluntad popular, y el Nuevo Orden podría verse en peligro. Lamentablemente, ninguno de los presentes pensaba como él, así que el suyo fue el único voto negativo depositado en la Caja. Y Némesis, por supuesto, lo sabía.

—Hermes, todo tuyo. Utiliza los reportes que necesites —le ordenó Némesis, aludiendo a los videomontajes que se creaban en el Ministerio de la Información para desacreditar a sus enemigos—. Lo esencial es que se difundan los delitos de los acusados y que se insista en la importancia de que cada ciudadano emita su voto. Si el veredicto determina su culpabilidad, serán ejecutados. Quizá ese escarmiento público sirva de advertencia a los Rebeldes.

El Ministro asintió y lanzó una mirada llena de soberbia al rival al que acababa de derrotar. Argos respondió inclinando su cabeza, en señal de

respeto, mientras se prometía que haría morder el polvo a Hermes en la revancha. Moira se limitó a disfrutar el momento: nada la divertía más que imaginarse a aquellos dos machos alfa devorándose entre sí y dejando, por fin, espacio libre a su alrededor. Un espacio que algún día sería solo suyo.

Tan pronto como terminó la votación, Némesis consiguió deshacerse de los Delegados que la perseguían con requerimientos y propuestas. Una vez que logró quedarse a solas, encerrada en su despacho presidencial, sintió cómo todos los recuerdos de una década atrás volvían a ella con fuerza. Estaba preparada para que algo así ocurriera desde el momento en que accedió a la propuesta del Senado de celebrar el Décimo Aniversario, pero no contaba con que a esa fiesta acudirían también los fantasmas de un pasado que creía haber dejado atrás.

Monstruos tan peligrosos como los que habitaban las páginas del Primer Eje. Ese libro prohibido que estaba deseando arrojar por fin a las llamas que deberían haberlo devorado diez años antes y que ahora, en las manos equivocadas, podía convertirse en el comienzo de otro incendio.

Un fuego que, lejos de consolidar su soberanía, la derribase.

Y eso, se dijo mientras revisaba los nuevos prototipos de la Inteligencia Y de Moira, era algo que no estaba dispuesta a permitir.



## 13

### DEMUESTRA QUIÉN ERES

Confesar su identidad era, sin duda, lo más arriesgado, pero Ariadna estaba tan segura de que era lo correcto que ni siquiera le tembló la voz.

T. y sus padres permanecieron expectantes, convencidos de que los cuatro pagarían cara la temeridad de Ariadna, y no disimularon su sorpresa cuando el líder de los enmascarados se acercó a ella dispuesto a interrogarla.

—¿Qué Ariadna?

Ella tragó saliva antes de responder. Contestar suponía descubrir todas sus cartas y, pese a su intuición y al recuerdo de aquella voz —era él, sí, tenía que ser él—, no podía saber con certeza si estaba hablando con un posible aliado o con un enemigo.

—Ariadna —repitió en un pueril intento por ganar algo de tiempo. Tras buscar el apoyo de T., que pareció decirle «adelante» con la mirada, continuó hablando—: La hija de Clío y Néstor.

La silueta que hasta ahora la sujetaba se dirigió al líder sin apartar ni un segundo el arma de la prisionera.

—¿Es posible que sea ella?

El hombre asintió.

—Aunque será preciso cerciorarnos de que no miente...

—Pregúntame lo que quieras —propuso Ariadna a la vez que les enseñaba la marca en forma de llama que, tras su paso por el Tártaro, aún podía verse en sus muñecas—. Cualquier cosa que quieras saber sobre mis padres.

—¿Crees que somos tan simples? —respondió airada la que, según sus cálculos, debía de ser la segunda voz de mando de aquel grupo de

desconocidos—. Cualquier clon elaborado por Moira y sus Arquitectos podría responder esas preguntas. Les habría bastado con programar la información adecuada. Además, no es un secreto que en su registro oficial constan muchos más datos sobre los ciudadanos de Ypsilon de los que debería poseer un Gobierno realmente democrático. Y en cuanto a esas marcas, ¿quién nos asegura que no te las hayas tatuado tú misma?

«No están bajo las órdenes de Némesis», dedujo Layo, y dedicó una mirada tranquilizadora a su pareja y a su hijo: si no cometían ninguna locura, era probable que salieran indemnes de aquel encuentro.

—¿Entonces? —preguntó Ariadna. Si no querían que les hablase de su familia, ¿cómo demostrarles que era quien decía ser?

Ariadna no los culpaba por sus sospechas, pues era cierto que la técnica de la Mimesis, el mayor avance de la Inteligencia X, había dado lugar a criaturas tan asombrosamente humanas como los Efímeros, muy superiores a los primitivos *animatronics* de Pigmalión y capaces de suplantar la identidad de cualquiera. Había límites legales, por supuesto, pero resultaba fácil traspasarlos si se contaba con las excusas adecuadas, y el Senado siempre sabía encontrarlas. Los Estados colindantes miraban con recelo aquellas prácticas, pero mientras quedasen circunscritas a Ypsilon, ningún país extranjero estaba dispuesto a intervenir.

—Tendrás que confirmarlo de otro modo: demuestra quién eres. —Fue todo lo que le dijo el líder de los enmascarados.

—¿De qué modo? —preguntó ella.

—Tú sabes a qué me refiero —replicó, y pidió a su compañera que la soltara para que pudiese moverse en libertad—. Apártate, Leda.

«Corre, Ariadna, corre».

Por un segundo, escuchó de nuevo a sus padres gritándole que aprovechara ese descuido de sus guardianes para huir. Y seguramente, si hubiera prestado atención a T., habría sido capaz de leer ese mismo mensaje en sus labios.

«Corre, Ariadna, corre».

Pero ella, lejos de huir, se quedó allí quieta. Con los pies fijos en ese suelo que, de repente, parecía abrirse bajo sus pies y donde temía caer sin remedio si no lograba demostrar su identidad.

Convencida de que solo había un modo de probarla, sacó su libro.

Leda miró al líder con inquietud. O bien porque sabía de lo que era capaz aquel objeto, o bien porque temía que Ariadna estuviera tratando de distraerlos con lo que parecía el mal truco de un mago.

Pasó de prisa las páginas. Si aquel hombre era quien ella pensaba, seguro que sus padres le habían contado lo que podía hacer con la ayuda de aquel viejo ejemplar. Es más, ¿no los habría visitado por eso mismo? ¿Llegaría a conocer el motivo real de aquel encuentro?

Escogió una página, cerró el libro y, tan concentrada como le había enseñado su padre, escribió mentalmente cada una de las letras que componían el nombre del personaje que había escogido.

C-Í-C-L-O-P-E

El gigante deforme de un solo ojo que había sido la inspiración de los cibernéticos diseñados por Moira.

Súbitamente, se abrió una grieta en la techumbre del hangar y la cubierta comenzó a desgajarse hasta alcanzar la forma de un ojo. A través del orificio de metal cayeron, inertes, los cuerpos de varios de los Rastreadores que habían estado persiguiéndolos hasta hacía muy poco. Sus cuerpos, convertidos en chatarra, se deslizaron hasta formar una montaña que parecía una grotesca imitación del mismísimo monte Olimpo.

Todos, incluidos Layo, Orión y T., permanecieron en silencio, perplejos por lo que acababa de suceder y preguntándose cómo era posible que una simple niña, con la ayuda de un viejo libro, hubiese obrado aquel prodigio.

—Ahora sí —la saludó el líder de los enmascarados a la vez que se quitaba, por fin, la capucha violeta con que cubría su rostro—. Ahora no tengo dudas de que eres quien dices ser.

—¿Y tú? —preguntó T. sin poder controlar su impaciencia, ansioso porque aquellos individuos dejaran de apuntarles de una vez.

—Bajad las armas —les ordenó Leda a la vez que descubría su rostro.

A Ariadna le fascinó la penetrante mirada de aquella mujer negra de ojos grandes y cabello azulado, cuya capacidad de liderazgo resultaba tan evidente como la fortaleza de sus músculos. No recordaba haberla visto antes, pero sí identificó al hombre que la acompañaba.

Su intuición estaba en lo cierto: se trataba del mismo anciano que se había reunido con sus padres unos meses atrás. La misma mirada color miel. Los mismos labios finos cubiertos por una barba canosa y espesa. Y las mismas orejas puntiagudas que hacían inevitable pensar que aquel hombre, de espaldas estrechas, piernas interminables y manos huesudas, hubiera sido un duende en el pasado.

—Mi nombre —se presentó por fin mientras los demás enmascarados bajaban las armas y mostraban sus rostros— es Dédalo.

—Perdonadnos —se disculpó Leda—. Tenemos que estar preparados para cualquier cosa.

—¿Pero qué es este sitio? —preguntó desconcertado T.—. ¿Y quiénes sois vosotros?

Ella sonrió ante la ignorancia de aquel adolescente que no era consciente de la grandeza de Dédalo ni del papel que estaba llamado a jugar en la historia de Ypsilon.

—Pronto tendréis respuesta a todo. —Fue cuanto le dijo—. De momento, será mejor que nos acompañéis. Imagino que estaréis exhaustos tras tanto sobresalto. Necesitaréis reponer fuerzas.

—Sin duda. —Le dio la razón Orión, quien, mucho más consciente que su hijo de la importancia de Dédalo entre los Rebeldes, sí sabía adónde se dirigían—. Entonces, este lugar es parte de...

Dédalo movió afirmativamente la cabeza.

—¿Alguien puede explicarnos qué está pasando, por favor? —se quejó T., cansado de verdades a medias y secretos que cada vez le pesaban más.

—Estamos en el Refugio Central, hijo. —Le respondió su padre, al que le costaba contener la emoción que le provocaba comprobar la existencia de aquel lugar, un sitio en el que habitaban los títulos prohibidos y que, durante toda una década, había estado a salvo de la violencia y la crueldad del Nuevo Orden.

—Así es —le dio la razón Dédalo—: habéis llegado a Ítaca, el Refugio de libros más grande de Ypsilon. Y nosotros somos quienes, con vuestra ayuda, vamos a recuperar todas las libertades que nos han robado.





## 14

### ÍTACA

Aquel lugar no era, en absoluto, como Ariadna lo había imaginado.

Cuando sus padres lo mencionaban, siempre imaginaba que, si existía, sería una especie de almacén rústico camuflado entre riscos, un espacio casi inaccesible en medio de un paisaje tan desértico como la mayoría de los que componían la geografía de Geonia. Sin embargo, la verdadera Ítaca no estaba en la superficie, sino que era un reino de pasadizos subterráneos conectados entre sí. En aquellas galerías, enterradas cerca de la frontera más oriental de Ypsilon, se almacenaban los títulos prohibidos en un orden que, de primeras, podría parecer aleatorio, pero que, según les explicó Dédalo, no lo era.

—Quien mejor podría hablaros de la clasificación es Calipso. —Y señaló a una joven de rasgos asiáticos, ojos grises y tan liviana que parecía que, en vez de caminar, flotase—. Ella, junto con Leda y Aracne, ha convertido este lugar en la fortaleza que hoy es.

Las tres mujeres sonrieron ante las palabras del anciano, que las presentó como el cerebro, los músculos y el corazón de Ítaca.

El cerebro: Calipso.

Ella era quien había diseñado aquella arquitectura secreta de túneles y pasadizos en los que cualquiera que no contase con una guía experta podría acabar perdido o, al menos, ser rápidamente capturado.

Los músculos: Leda.

Responsable de la seguridad del Refugio, se había ocupado de elaborar la estrategia defensiva para evitar posibles ataques, al igual que había entrenado

al resto de los Rebeldes para que fuesen capaces de protegerse de cualquier amenaza.

Y el corazón: Aracne.

Pese a su juventud, tenía el pelo canoso y una mirada afable y serena, como de alguien que hubiera vivido muchos más años de los que decía su edad. Más bien voluminosa y con amplias caderas, sus gráciles movimientos parecían desmentir su tamaño. Y su sonrisa, tan cautivadora como su mirada, conseguía granjearse sin dificultad la simpatía de cuantos llegaban a conocerla. Ella era quien, gracias a su experiencia como *hacker*, se había ocupado de diseñar la red de comunicaciones que permitía que los Rebeldes de todo Ypsilon pudieran mantenerse en contacto. La misma red a través de la cual se había concertado aquella entrevista, cuya finalidad aún nadie le había explicado a Ariadna, entre sus padres y Dédalo.

—Ahora, más que tejer, destejo —les explicó Aracne mientras visitaban, sin dar crédito, cada una de las galerías que componían el Refugio, mucho más amplio y sofisticado de lo que habían podido imaginar—. Me ocupo de neutralizar sus redes de propaganda y... —se interrumpió, al darse cuenta de que quizá estaba a punto de ofrecer una información confidencial—, bueno, de otros asuntos.

—¿Neutralizar sus redes de propaganda? —A T. le producía curiosidad lo que quisiera que significara aquello—. ¿En qué consiste eso exactamente?

—En buscar modos de impedir que sus discursos se viralicen.

—Entonces, ¿los bibliohologramas que aparecen en la capital son cosa tuya? —dedujo T.

—La mayoría. Si queremos que Ypsilon vuelva a ser libre, no basta con que peleemos contra su ejército de Cíclopes. También necesitamos combatir sus mentiras.

Dédalo sabía que era urgente hablarle a Ariadna de ese asunto, pero temía su reacción. No conocía aún a aquella cría y no estaba seguro de que estuviera preparada para asumir lo que estaban haciendo con sus padres.

—¿Y los demás Refugios de libros? —preguntó Orión.

—Este es el único estable que queda activo —respondió Dédalo con tristeza—. Los otros, por desgracia, hemos tenido que ir abandonándolos poco a poco. Su infraestructura era mucho menos segura. Ahora son solo lugares de paso, refugios provisionales para quienes necesiten hacer un alto en el camino. Ítaca es la única reserva que existe de títulos como el tuyo, obras incluidas en el índice Prohibido que hemos logrado salvar de la quema y persecución durante estos diez años.

—¿Y creéis que aún quedan muchos de esos títulos por descubrir? —se interesó Ariadna.

—Más de los que podáis imaginar... —Aseguró Helena, la responsable oficial del Archivo—. Aunque no todos son tan valiosos como tu Eje.

—¿Mi qué? —Era la primera vez que Ariadna oía que lo llamaban así.

—Tu libro es el primero de los Dos Ejes que podrían acabar con la tiranía en Ypsilon.

—¿Y el otro? ¿Lo tenéis aquí?

Helena negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabemos si quedará alguna copia de él en todo Ypsilon... —Sus ojos, tan claros como su larguísima melena, brillaban de rabia contenida.

—Como ya sabéis —les explicó Dédalo—, el Nuevo Orden encarceló, torturó y hasta ejecutó a quienes se atrevieron a defender los títulos prohibidos. Los que hemos conservado fue gracias a los valientes que no se resignaron y ocultaron todos los ejemplares que pudieron.

—Dar la vida por un puñado de hojas... —resopló T.

—Si permitimos que esos «puñados de hojas» se vuelvan ceniza, nuestra independencia y nuestro futuro también arderán con ellos.

A T. le pareció que aquel viejo exageraba, pero captó enseguida la reprobación en la mirada de sus padres y decidió callarse. Entendía lo que Dédalo había querido decirles, pero no estaba seguro de que mereciera la pena renunciar a tanto por aquellos libros.

—Por eso necesitamos seguir luchando —sentenció Leda—, para que tanto ellos como nosotras podamos salir a la superficie de una maldita vez.

Se distribuyeron en cuatro de las cápsulas que usaban para desplazarse entre las distintas galerías y condujeron hasta una sala donde, rodeados de los demás Rebeldes que custodiaban el Refugio, les ofrecieron unas provisiones para reponer fuerzas. Entre todos, apenas sumaban un grupo de unas treinta personas de muy diversa edad y condición. Mujeres y hombres unidos por un único afán: devolver la libertad al Estado de Ypsilon.

—Hay algo que deberías ver. —Un tipo de mediana edad con unas enormes gafas azuladas, a juego con el color de su cabello largo y ensortijado, se acercó a Ariadna—. Por cierto, mi nombre es Céfiro. Y soy el encargado de la vigilancia.

—Mis ojos. —Lo definió Dédalo.

—¿Hay alguna parte de tu cuerpo que sea solo tuya? —bromeó T. sin darse cuenta de que, con su intervención, estaba poniendo a prueba la paciencia de sus padres.

—T., por favor...

—Vuestro hijo tiene toda la razón —intervino el anciano—. Nada de cuanto hemos logrado aquí ha sido cosa mía, así que cada miembro de mi equipo es parte de mí mismo. Y cada uno, a su manera, forma parte de los otros.

—Lo siento. —T. se sentía algo abochornado, no pretendía ofender a nadie con su comentario. Solo trataba de restar algo de trascendencia y, sobre todo, de alejar de sí algunos pensamientos incontrolables y amenazantes que lo perseguían desde el dichoso sueño de las sirenas. Necesitaba acallar las voces que sonaban en su cabeza y le hacían temer que un episodio como aquel pudiera repetirse.

—No tienes nada de lo que disculparte. —Lo tranquilizó Dédalo.

—Sabemos que no va a ser fácil, Ariadna —se excusó Céfiro antes de activar la pantalla tridimensional en la sala—, pero es importante que lo veas.

Nada más comenzar la grabación, ella contuvo un grito. Eran ellos. ¡Eran sus padres!

En aquel vídeo bastaban sesenta segundos para presentarlos como dos terroristas, culpables de haber puesto en peligro las vidas de decenas de personas. Las palabras de la voz en *off* sonaban sobre una sucesión de imágenes que Ariadna estaba convencida de que eran falsas y donde, sin embargo, tanto Clío como Néstor se hallaban presentes.

—¡Es mentira! —gritó indignada—. ¡Es todo mentira!

—Lo sabemos. —Céfiro intentó serenarla—. Estamos seguros de que se trata de un montaje más del Ministerio de la Información.

—Seguro que la huella digital lo confirma —aventuró Leda.

—Por desgracia, no. —Se lamentó Aracne—. No se trata de simples imágenes superpuestas, sino de un procedimiento más sofisticado.

—Efímeros... —Dédalo recordaba haber oído mencionar aquel proyecto en los tiempos de Orfeo. Si su intuición no lo engañaba, ese vídeo era la prueba de que Némesis los había convertido en realidad. Estaba claro que la Presidenta no se había dejado intimidar por el dilema ético que esos clones sí le habían planteado a su predecesor.

—¿Y qué más da cómo lo hayan hecho? —Ariadna estaba furiosa—. Todo el mundo creerá que esa basura es cierta.

—Por eso es importante que no perdamos los nervios. —Medió Dédalo—. Debemos mantener la sangre y la cabeza frías.

—Son mis padres. No puedo mantener la cabeza fría cuando sé que se están jugando la vida.

—No te estoy diciendo que sea sencillo, solo que es necesario si quieres que los salvemos antes de que sea demasiado tarde.

—Todas hemos aparecido en alguno de sus reportes —afirmó Leda—, pero eso no ha logrado detenernos. Al revés: nos ha dado aún más fuerzas para pelear hasta que lo sepa todo Ypsilon.

—Me temo que aún hay más —añadió Céfiro.

—¿Más? —T. estaba preocupado por el daño que el siguiente reporte pudiera ocasionar en Ariadna—. ¿De verdad es necesario continuar con esta tortura?

—Lo que decidimos ignorar puede ser lo que acabe derrotándonos —sentenció Dédalo mientras deslizaba su mano sobre el hombro de Ariadna—. Tienes que saber a qué nos enfrentamos para valorar los riesgos que vamos a correr.

—¿Vamos? —Layo, que se había sentido aliviado al escuchar aquel plural, formuló su pregunta para confirmar que contarían con la ayuda de la cúpula de los Rebeldes.

—Por supuesto —respondió Dédalo antes de que Céfiro pusiera en marcha el segundo y último de los reportes del Ministerio.

En este nuevo vídeo se informaba de que, debido al alcance público de sus acciones, Clío y Néstor habían sido trasladados desde el Tártaro al Hades, donde recibirían el veredicto del Juicio Ciudadano, que tendría lugar en las siguientes horas.

—No es más que teatro —protestó Orión—. Su Juicio Ciudadano es una trampa. ¿Quién va a apoyar su inocencia tras haber sido intoxicado por montajes como este?

Ariadna no podía ni hablar. En su cabeza resonaban las palabras «criminales», «veredicto», «ejecución», y no conseguía alejar de sí el temor a que sus padres pudieran perder la vida, tal y como anunciaba aquel estúpido vídeo.

—Por desgracia —continuó Céfiro—, las votaciones no van muy bien...

Aracne desplegó ante ellos las cifras que había obtenido tras *hackear* la base de datos del Senado, y todos miraron aquellas estadísticas sin dar crédito. Céfiro estaba en lo cierto: casi el setenta por ciento de los ciudadanos de Ypsilon había enviado ya su veredicto de culpabilidad.

—¿Y no podrías...? —le preguntó T. a Aracne, creyendo que sus habilidades informáticas podrían otorgarles algo más de tiempo.

—Es un sistema infranqueable... —se lamentó ella—. Hemos conseguido replicarlo, pero es imposible alterar su contenido o manipular sus resultados. El diseño de Moira apenas tiene puntos débiles. Como Arquitecta es asquerosamente hábil.

—No quieren dejar nada al azar —apostilló Leda—. Por eso han apresurado su reacción. Para que nada ponga en peligro su Aniversario.

—Entonces, solo tenemos cuarenta y ocho horas.

—Eso me temo, Layo. —Le respondió Calipso.

Ariadna permanecía en silencio, intentando asimilar lo que acababa de ver.

Las imágenes de sus padres, encerrados.

Calumniados.

Sentenciados a muerte.

Y a solo dos días de ser ejecutados.

No podía ser cierto.

Tenía que ser una pesadilla.

Una maldita pesadilla de la que no había manera de despertar.

—Tenemos que hacer algo. —Fue todo lo que dijo después de asumir la gravedad y el auténtico alcance de lo que acababa de ver.

—Tranquila. —T. cogió su mano con firmeza—. Lo haremos.

Ariadna no quería ser pesimista, pero se preguntaba cómo. El arsenal de armas con que contaban resultaba insuficiente y, por lo que les habían dicho, salvo Leda y su pequeño grupo de escogidos, el resto de los Rebeldes que se ocultaban a lo largo y ancho de Ypsilon carecían de formación militar. ¿Cómo iban a conseguir burlar la seguridad del Hades y esquivar a los Cíclopes que los buscaban?

Dédalo tampoco quiso expresar sus dudas, pero en el fondo temía que aquel fuera el final. La última batalla... A pesar de ello, no iba a rendirse. Confiaba en encontrar un plan que hiciese posibles los augurios de Tiresias, aun sabiendo que apenas contaban con el tiempo preciso para diseñarlo. Las horas jugaban en su contra.

—Llegaremos hasta tus padres. —Le aseguró a Ariadna, haciendo una promesa que quizá no podría cumplir.

—¿Entrar en el Hades? —Orión no fue capaz de contener su incredulidad—. Nadie ha salido jamás de esa cárcel.

—Y quienes han intentado escapar alguna vez —añadió Céfiro— perdieron la vida en el camino.

Todos guardaron silencio y volvieron la mirada hacia Dédalo, aguardando su decisión. Si habían conseguido mantener Ítaca a salvo era gracias a sus estrategias y a su talento para sacar lo mejor de cada una de las personas que formaban parte de su equipo.

—Nadie lo ha logrado. —Fue lo único que dijo Leda, aunque con ello no pretendía disuadirlo, sino arañar su orgullo para provocar la reacción que deseaba escuchar.

—¿Nadie?

Leda negó enérgicamente con la cabeza.

—Está bien —concluyó Dédalo—. Pues tendremos que ser nosotros los primeros en conseguirlo, ¿no os parece?





## 15

### EL DIOS DE LOS MARES

—En adelante, estaremos desprotegidos en cada paso que demos —les advirtió Leda antes de organizados en la flota de vehículos eléctricos que, durante los últimos diez años, habían logrado reciclar y actualizar gracias a los diseños de Calipso—. Es preciso que ños mantengamos alerta.

Formó tres unidades con cinco miembros cada una. Debían dispersarse para evitar que, si alguien caía en el camino, el resto sufriera la misma suerte. Aracne se ocuparía de liderar la primera de ellas; Orión, la segunda, y ella misma, la tercera.

—Veo que tu idea es dejarme atrás —bromeó Dédalo.

—No estás para carreras como esta —le sonrió ella, convencida de que era esencial que el líder natural del grupo permaneciese en Ítaca: ni debían arriesgar lo que allí habían conseguido proteger ni, mucho menos, poner en peligro la vida de su máximo responsable.

Una vez decidido quiénes se dirigirían al Hades y quiénes, por el contrario, permanecerían en Ítaca a la espera de nuevas instrucciones, Leda repartió las rutas de acceso, diseñadas de modo que ninguno de los tres grupos siguiera un mismo camino.

—Cuantas más señales reciban de nuestros itinerarios, más difícil les resultará darnos caza.

Y, tal y como ella había previsto, apenas encontraron obstáculos en ninguna de las carreteras semidesiertas que siguieron. Incluso les pareció fácil sortear los escasos controles que los Cíclopes habían establecido en algunos puntos. Una circunstancia que, lejos de tranquilizarlos, los inquietó.

—Preparan algo. —Aracne estaba segura de que si no habían tratado de alcanzarlos aún, era porque contaban con que se presentarían allí.

Por si acaso, se habían detenido a suficientes kilómetros de distancia del Hades como para no ser descubiertos. Su improvisado campamento les permitía mantenerse ocultos, pero también alcanzar los umbrales de la prisión en menos de una hora.

—Puede que el Aniversario les haya obligado a reducir los efectivos —sugirió Layo—. Quizá garantizar la seguridad en Geonia les preocupe más que detenernos.

Aracne, Leda y Calipso, sin embargo, no parecían demasiado convencidas de aquella teoría.

—Sea lo que sea, tenemos que actuar con cautela.

Era imposible adivinar qué encontrarían si lograban franquear las murallas del Hades. Y, por eso mismo, Aracne propuso que se dividieran, de modo que unos se ocuparan de rescatar a Clío y a Néstor, y otros ejecutasen el plan con que pretendían arruinar la celebración del Aniversario.

—Llevamos demasiado tiempo trabajando en ello como para permitirnos un fracaso —la secundó Calipso, y el resto tuvo que darle la razón—. Necesitamos que nuestro objetivo sea un éxito. No podemos arriesgar todo lo que hemos logrado hasta ahora en esta misión.

Una misión que, analizada con objetividad, casi podría calificarse de suicida, pensó, pero se mordió la lengua antes de pronunciar una opinión con la que corría el riesgo de desalentar a sus compañeros.

Dédalo también conocía los riesgos del contraataque. Por eso, antes de despedirse de sus tres lugartenientes, le había pedido a Calipso que eligiera un grupo para dirigirse hasta la capital de Ypsilon, donde se reunirían con los Rebeldes convocados en la Plaza del Fuego para sabotear la celebración del Aniversario. Si el poder de Némesis se había asentado gracias a la propaganda, Dédalo y su equipo emplearían esa misma herramienta contra ella.

—Ante todo —le había rogado a Calipso antes de que emprendiera su marcha—, evitad la sangre en Geonia. Cualquier derramamiento, además de ser inútil, dañará aún más nuestra imagen pública. Lo único que puede salvarnos es que los ypsilianos lleguen a conocer la verdad. Que abran los ojos.

Mientras Calipso decidía cuál de las tres unidades la acompañaría, Ariadna se propuso sonsacar a T. Necesitaba saber más acerca del don que aquel joven le había ocultado y que, en este momento crucial, podía resultarles muy valioso.

¿Y si eso era justo lo que necesitaban para triunfar en su ataque a la prisión?

No se trataba de curiosidad, ni siquiera necesitaba una explicación sobre su origen. Solo quería que reconociera que era capaz de hacer cosas como la de la noche en que provocó que llovieran sirenas de mármol sobre el suelo del cobertizo.

—Vamos a necesitar tu don. —Le dijo.

—¡Yo no tengo un don! —protestó T., a quien empezaba a cansar la insistencia de Ariadna—. Lo único que nos hace falta son armas y un buen plan. —Y señaló a sus padres, que se estaban encargando de prepararlo junto a Leda.

—Claro que necesitamos armas. —Le dio la razón Ariadna—. Como tu don.

—Ya estás otra vez... ¿Pero de qué hablas?

—Yo misma lo vi.

—Lo de esa noche, si pasó, porque ya te he dicho que ni siquiera lo recuerdo, no fue más que una casualidad.

A T. le enfadaba admitir su ignorancia sobre algo que sus padres tampoco le habían conseguido explicar. Les había hablado tanto de la intensidad de sus sueños como de lo que Ariadna había creído ver, pero ellos le habían pedido que no se obsesionara con lo que no eran más que coincidencias. O bien porque no podían ofrecerle una justificación válida o bien porque le ocultaban algo. Cuanto más lo pensaba, más lo torturaban las dudas. ¿Cuál era la verdadera razón de su silencio? ¿Callaban porque no sabían lo que le estaba pasando, o porque llevaban toda su vida mintiéndole?

—Míralo una vez más, por favor. —Ariadna abrió su libro ante él—. Solo una vez.

T. lo ojeó con desgana.

Le llamó la atención que sus páginas estuvieran llenas de criaturas mágicas que, hasta donde podía ver, parecían el modelo primitivo en que se inspiraba Ypsilon. Aquellas páginas se revelaban ante sus ojos como un inesperado repertorio de lugares y personajes que T. desconocía y, a la vez, podía jugar a reconocer. Un gigante de un solo ojo llamado Polifemo, una tal Circe que convertía a los hombres en cerdos, monstruos marinos que devoraban cualquier barco que se acercara a ellos... Y entre todos aquellos

seres, un héroe llamado Odiseo que buscaba el modo de volver con su mujer y su hijo a una isla llamada Ítaca. ¿Qué demonios tenía que ver todo aquello con él? ¿Qué relación podía haber entre aquellos disparates escritos por un griego hacía siglos y su supuesto don?

—¿Y de qué va a servirnos esto? —protestó T. mientras seguía mirando aquella colección de sinsentidos.

—No lo sé —admitió ella—, pero esta batalla va a ser dura y vamos a necesitar tu don.

—Otra vez... —Harto de sentirse acorralado, apartó el ejemplar y, sin pretenderlo, acabó tirándolo al suelo. Estaba cansado. Agotado de razonar con una niña que no formaba parte de su mundo hasta hacía apenas un par de días y que, de repente, se creía con derecho a juzgarlo. O, peor aún, a conocerlo.

Un estruendoso ruido procedente del exterior los interrumpió. Leda hizo sonar la alarma para poner en guardia a los Rebeldes mientras apremiaba a Calipso para que se pusiera en marcha.

—No pierdas ni un segundo —le ordenó a la vez que se preparaban para defenderse de los Cíclopes.

Tal y como sospechaba Leda, los Rastreadores habían averiguado su paradero y, camuflados entre las sombras, los apuntaban con sus armas. En ese mismo instante, lanzó el grito de alarma de los Rebeldes:

—¡Desplegad velas!

Todos se pusieron a cubierto tratando de esquivar la munición enemiga. Las armas de los Cíclopes eran muy superiores, y resultaba evidente que también los superaban en número.

—Ariadna, ¿no hay nada que puedas hacer? —le preguntó T.

—Pues... —En su cabeza, buscaba sin éxito alguna palabra que pudiera dibujar para salvarlos de aquel ataque.

—Solo podremos contenerlos unos minutos... —les advirtió Aracne mientras trataba de *hackear* el sistema operativo de los cíborgs.

—Confío en ti. —Fue todo lo que T. le dijo y, con un silbido, consiguió que Céfiro lo siguiera para distraer a los Rastreadores hasta que Ariadna lograra intervenir.

Velas. Olas. Sirenas. Barcos...

Todo en su mente, por culpa del grito de guerra rebelde, la llevaba hasta el mar.

Pero ¿por qué el mar?

Allí, en las cercanías de la prisión más temible e infranqueable, en aquella frontera con ningún lugar, en medio de la nada y rodeados de la tierra que

había cubierto el asfalto con el paso del tiempo, pensar en el mar casi resultaba ridículo... Pero, de repente, Ariadna lo tuvo claro.

El mar iba a salvarlos.

Los Cíclopes habían abandonado sus posiciones defensivas y avanzaban raudos contra ellos. Leda y los suyos los contenían con dificultad, tratando de equilibrar la inferioridad numérica con su implacable puntería. Ariadna cerró los ojos y trató de olvidarse del estrépito de los disparos y del árido ruido que el miedo dejaba a su paso. Solo entonces pudo dibujar en su mente las letras que había elegido.

P-O-S-E-I-D-Ó-N

Recurrir al dios de los mares en medio de aquel desierto resultaba ilógico. Por eso lo eligió: porque, entre las enseñanzas de sus padres, recordaba que el efecto sorpresa era una de las que más veces le habían repetido. Ahora solo quedaba abrir los ojos y confiar en que su libro, de nuevo, obrara su magia.

No había transcurrido un segundo cuando la tierra formó un denso mar de arena que comenzó a girar rápidamente sobre sí mismo. El remolino de aquel insólito océano despedía con fuerza a los Cíclopes, que se veían incapaces de atravesarlo a pesar de sus esfuerzos.

La arena se infiltraba sin piedad en los circuitos de los Rastreadores, originándoles graves problemas de funcionamiento. Los Cíclopes fracasaban en su intento por alcanzarlos y, cuanto más se empeñaban, más agresivo y encrepado era el oleaje de arena. En apenas unos minutos, no quedó en pie ni uno.

—Ahora —gritó Leda—. ¡Seguidme!

Corrieron tras ella y se adueñaron de los Pegasos de los Cíclopes.

—Esperad. —Los detuvo Aracne antes de que emprendieran el vuelo—. Hay algo que debemos hacer antes.

Sacó su portátil y tecleó deprisa, ante la mirada curiosa de los demás.

—Listo.

—¿El qué?

—Los Pegasos están conectados vía satélite con el Senado. Es posible rastrear todos sus movimientos e incluso manipularlos. Si descubren que están en nuestras manos, podrían modificar las indicaciones de su navegador... Mejor dicho —sonrió Aracne—, podían.

Ahora ya sí podían acercarse hasta las mismas puertas de su destino.

La prisión de máxima seguridad: el Hades.



## 16

### HADES

Aterrizaron a escasos metros de la prisión, en un vertedero de residuos tecnológicos. En aquella zona árida y despoblada, solo aquel basurero les ofrecía ciertas posibilidades para cobijarse durante las horas que necesitaran para preparar su ataque. Hasta el momento, habían estado tan preocupados por llegar que habían descuidado la necesidad de elaborar una estrategia para rescatar a Clío y Néstor.

El Hades estaba formado por un gigantesco complejo de edificios, construido en forma de islotes y atravesado por un río de aguas rojizas. Rodeado de una inmensa valla de protección, los Rebeldes habían divisado desde sus Pegasos cómo aquel río era vigilado por cientos de barcas con cíborgs guardianes.

—Son los Carontes —les explicó Aracne—. Se trata de cíborgs de diseño muy similar al de los Cíclopes, pero con una inteligencia menos desarrollada que la de los Rastreadores.

—¿Menos aún? —se burló T.

—No necesitan más. —Leda tuvo que contenerse para no darle una respuesta aún más severa: no había nada tan peligroso como subestimar a los enemigos—. Su única misión es trasladar a los presos en los barcos que recorren las galerías y garantizar la seguridad de la cárcel.

—Pero el mayor obstáculo para internarse en el Hades es su sistema informático. No hay modo de descifrarlo ni de acceder a él —les explicó Aracne, que había intentado sin éxito burlar las barreras y cortafuegos que lo protegían en más de una ocasión.

—Qué bien, ¿no? —resopló T—. Lo tenemos todo a favor...

Contaban, por supuesto, con Ariadna y su libro, pero ni siquiera sus prodigios prometían ser suficientes. Ni tampoco resultaba sensato poner sobre los hombros de aquella cría toda la responsabilidad de la misión.

—Soy más que eso —protestó cuándo escuchó cómo Leda y Aracne discutían sobre su papel en el plan—. A estas alturas ya deberíais haberos dado cuenta.

—Por eso mismo —se disculpó Aracne— no podemos permitir que te pase algo, ¿lo entiendes? Tus padres nunca nos lo perdonarían. Y a ti tampoco.

Leda le dio la razón a su compañera y Ariadna no protestó. Si había algo que le había inculcado su familia era la necesidad de proteger aquel libro. Así que, por muchas ganas que tuviera de lanzar todos sus hechizos contra aquella ciudadela de mazmorras en las que había perdido la vida tanta gente inocente, debía domar su impaciencia y aceptar las instrucciones de las lugartenientes que diseñaban el plan de rescate.

—Aracne —insistió Orión—, ¿estás segura de que no puedes colarte en su sistema informático?

—Segurísima.

—¿Y entonces? Cualquier fallo acabará con las pocas opciones que tengamos de sacar a sus padres con vida.

—Necesitamos mantener a los Carontes ocupados —propuso Céfiro—. Si logramos alterar su sistema de vigilancia y hacernos, al menos, con una de sus barcas, estaremos dentro.

—Es ridículo —se quejó T—. Nos superan en número. ¡Hay decenas de ellos!

—Pero los Carontes solo responden a estímulos sensibles. No olvides que son incapaces de razonar más allá de sus programas y circuitos —insistió Aracne—. Eso nos da cierta ventaja: ellos no pueden predecir nuestros movimientos, mientras que nosotros sí que podemos anticipar los suyos.

Les explicó, aplicando sus conocimientos informáticos, cómo se comportarían cuando los Rebeldes intentaran asaltar las puertas de entrada al Hades. Si eran capaces de ejecutar sin un solo error la coreografía que ella había diseñado, conseguirían entrar y tendrían, al menos, una oportunidad. Una vez estuvieran dentro de la fortaleza, sin embargo, todo lo que pudiera ocurrir resultaba imprevisible.

Ocuparon sus posiciones y, distribuidos en parejas, rodearon los muros de la prisión. Derribaron con explosivos las puertas de entrada a la fortaleza y,



conscientes de que el estallido desataría la señal de alarma, se distribuyeron a la espera de los cíborgs. Sin embargo, sucedió algo inaudito: los ríos y canales que rodeaban la ciudadela se evaporaron ante sus ojos. Tampoco había rastro alguno de los Carontes ni de sus barcas. No quedaba ni una gota de agua rojiza en aquellos túneles, que se acababan de convertir en un oscuro laberinto.

—¿Qué está pasando? —Aracne no daba crédito.

En ese mismo instante, la tierra comenzó a moverse bajo sus pies. El pavimento se transformó en una hilera de plataformas mecánicas que se deslizaban a gran velocidad y, antes de que pudieran evitarlo, cada uno de ellos fue conducido a un extremo del laberinto.

—¡No bajéis la guardia! —Leda se esforzaba inútilmente por no perder de vista a sus compañeros, dispersos en el interior de aquellos pasadizos que habían cobrado vida propia.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Orión, pero las puertas que antes habían conseguido hacer estallar con tanta facilidad se habían reconstruido en décimas de segundo.

—¿Qué demonios...? —T. señaló boquiabierto una gigantesca jaula que surgía de la nada—. ¿¿¿Qué demonios es eso???

Todos contuvieron la respiración al descubrir a la criatura, mitad cíborg y mitad toro, de más de diez metros de altura que se hallaba en su interior.

—¡Poneos a cubierto! —Céfiro gritó con todas sus fuerzas, intentando que sus compañeros lo escucharan. Por un segundo, pensó que aquello podía ser el fin: estaban encerrados y, peor aún, dispersos en diferentes puntos del laberinto. Sin posibilidad de escapar e indefensos ante un gigantesco cíborg con cuerpo de toro. Si querían sobrevivir, era necesario que se reorganizasen y luchasen juntos. ¿Pero cómo?

Ariadna fue la primera en darse cuenta: habían caído en una perversa trampa. Por eso no los habían atacado durante su travesía. No solo porque hubieran escogido los caminos adecuados, sino porque el Senado quería asegurarse de que llegaban hasta allí. Sabían cuál era su objetivo y les habían dado todas las facilidades para llegar a él.

—Entregaos.

Reconocieron enseguida aquella voz. Acostumbrados a los fastidiosos hologramas y reportes del Nuevo Orden, resultaba fácil adivinar que era Argos, el mismísimo General, quien les hablaba. Su voz sonaba llena de orgullo porque su estrategia hubiese triunfado: solo había tenido que invertir el curso de los hechos. Dejar el papel del perseguidor y adelantarse a su presa.

Ahora era él quien imponía las reglas.

—Si os rendís —les propuso—, tendréis un juicio justo.

—¿Esperas que creamos que alguien en el Senado sabe lo que es eso? —se burló Layo con el mismo tono sarcástico que a menudo empleaba su hijo.

—Espero que seáis lo bastante inteligentes como para preferir entregaros antes que perder la vida. En el Nuevo Orden no creemos en el derramamiento de sangre.

—No —repuso Leda con furia—, solo en mutilar vidas y libertades.

—Paz y felicidad. —Argos no dudó en repetir el lema oficial—. Eso es lo único que buscamos. Y por eso os estoy dando una última oportunidad, a pesar de la gravedad de vuestras acciones.

—¿Nuestras acciones? —T. no daba crédito: ¿de qué hablaba ese pedante?

—¿También vais a negar esto?

Los hologramas con sus rostros llenaron cada uno de los rincones de aquel laberinto: vídeos en los que sus clones cometían todo tipo de crímenes en lugares que ellos ni siquiera habían pisado.

—Nadie en su sano juicio creería algo así —protestó Layo.

Aracne observaba las imágenes con una mezcla de inquietud y envidia.

Preocupada, pues sabía que ese mensaje podía calar en los espectadores: desde el momento en que el Senado viralizaba sus reportes, resultaba prácticamente imposible detener su difusión. Y, a la vez, celosa de la sofisticación que había conseguido Moira: ¿cómo podía culpar a la gente de Ypsilon de creer lo que ella misma empezaba a dudar? El desarrollo tecnológico del Nuevo Orden había logrado tal nivel de perfección que resultaba cada vez más difícil distinguir lo verdadero de lo falso.

—Ha llegado la hora de que rindáis las armas. —Fue lo último que dijo Argos, aun sabiendo que la única respuesta de los Rebeldes sería negativa.

¿Entregarse? Jamás.

No habían llegado hasta allí para arrodillarse ante un tirano.

Argos inició la cuenta atrás. Diez segundos simbólicos que, en realidad, no pretendían ser más que un gesto de cortesía antes de soltar a la bestia, esa aterradora criatura de cuernos metálicos y aliento de fuego que aguardaba en uno de los extremos del laberinto.

«Diez. Nueve...».

El Minotauro se encargaría de machacar a aquellos testarudos Rebeldes que tantos problemas le habían ocasionado. Por suerte, su plan había resultado.

«Ocho. Siete...».

El General, que imaginaba que intentarían asaltar el Hades, había buscado la ayuda de algunos de los Arquitectos para crear una realidad alternativa que confundiese a los fugitivos.

«Seis, cinco...».

Por suerte, él no era el único contrario a los métodos y maneras de Moira, cuyo plan de Inteligencia Y había desatado dudas y suspicacias en algunos de los miembros de su equipo. Así que no le costó convencer a Gea, la más veterana de las Arquitectas, para que lo ayudase en secreto.

«Cuatro...».

Estaba convencido de que los Rebeldes se esforzarían por burlar las medidas de seguridad de la prisión sin saber que se trataba de un holograma, ignorando que la ciudadela real había sido trasladada al subsuelo.

«Tres».

Así pues, todo cuanto habían visto —ríos, barcas, Carontes...— no era más que el producto de aquella construcción holográfica. Un espejismo tecnológico con el que Gea había disfrazado su obra más famosa: el Laberinto. El lugar en el que los condenados recibían la oportunidad de defenderse del monstruo que habría de devorarlos.

«Dos».

Nadie hasta la fecha había conseguido vencer al Minotauro. No había surgido ningún Teseo, el héroe que, según el Segundo Eje, había logrado derrotarlo con la ayuda de una joven llamada Ariadna.

«Uno».

Y Argos estaba convencido de que la Ariadna que ahora se hallaba ante él era mucho más joven y torpe que aquella heroína mitológica de la que había heredado el nombre, pero no la suerte.

«¡Cero!».

Sonó un enorme estruendo cuando se abrió el portón: la bestia acababa de salir de su celda.



## 17

### EL MINOTAURO

—¡Corred!

A la voz de Leda, todos se dispersaron tan deprisa como pudieron a través del laberinto, buscando refugio en alguno de sus intrincados recovecos. Si cada uno de ellos tomaba un pasillo diferente, al Minotauro le resultaría mucho más difícil atraparlos.

Era evidente que el cíborg podía destrozarlos de un solo golpe. Algunos de los muros cercanos, abrasados por el fuego que despedían los cuernos de la bestia, se derrumbaron a su paso.

Poco parecía separarlos ya de una muerte segura.

—¿No puedes hacer nada? —Céfiro confiaba en que Aracne, con la ayuda del portátil que siempre llevaba en su mochila, fuera capaz de *hackear* el sistema operativo de aquella bestia.

—Nunca había visto algo parecido. —Se lamentó ella mientras, refugiada en uno de los extremos del laberinto, buscaba a la desesperada un código que le permitiese detener a la bestia—. Necesitaría mucho más tiempo.

—Podemos intentar ofrecértelo —propuso Céfiro, que, a falta de otras habilidades, siempre había sido el más rápido de todos los Rebeldes. Con la ayuda de Layo y Orión, se dispusieron a distraer al Minotauro tanto como fuera necesario. O, al menos, como pudieran resistir.

El cíborg, sin embargo, no reaccionaba como habían previsto. Ni se mostraba confuso ante la diáspora de sus posibles víctimas ni tampoco corría tras ellos. Al contrario, avanzaba con paso firme y decidido, como si tuviera una única meta y la hubiese identificado con antelación.

—¡Sabe lo que busca! —les gritó Aracne para que abandonaran sus inútiles técnicas disuasorias y corrieran a proteger a quien, en realidad, era su auténtico objetivo—. ¡Solo la quiere a ella!

Ariadna se esforzó por no perder la calma.

El miedo era poderoso, pero también la rabia contra quienes le habían arrebatado a sus padres. El odio contra quienes los acusaban de crímenes que no habían cometido. Y la furia que la llevaba a hacer lo que fuera necesario con tal de recuperarlos. Acurrucada junto a T. en un extremo del laberinto, apretaba con fuerza el libro contra su pecho, intentando dar con una palabra que los salvara en aquella ocasión.

—¿Puedes hacer algo? —le preguntó T., mientras vigilaba para asegurarse de que la bestia no los descubría.

—Con este ruido, no...

Ariadna extendió sus brazos, como si quisiera detener con ellos el insoportable zumbido eléctrico que se había despertado desde que habían entrado allí. No podía asegurarlo, pero juraría que quien lo hubiera preparado intuía que aquel estruendo sería un modo eficaz de impedirle la concentración que necesitaba.

—Debes aprender a no distraerte con los estímulos externos. —Le había dicho su padre en uno de los últimos entrenamientos.

—Si estuviera sola, sería más fácil —se quejó ella, cansada de aquellas sesiones que le robaban tanto el sueño como las energías.

—Pero no vas a estarlo nunca. —Le respondió Néstor y, convencido de que era necesario trabajar ese punto débil, se prometió que en las siguientes sesiones entrenarían con todo tipo de obstáculos exteriores. Pero los Cíclopes se encargarían de capturarlos justo antes.

El gigantesco Minotauro avanzaba sin desviarse un solo milímetro de su objetivo. T. pudo divisar su presencia, a través de los pasadizos que el Minotauro ni siquiera se molestaba en esquivar. Recorría el laberinto derrumbando los muros que le estorbaban: todo con tal de acelerar su búsqueda.

Leda trató de organizar un contraataque, pero aquel ruido, cada vez más ensordecedor, les impedía comunicarse, así que tuvo que contar con los escasos Rebeldes que se dieron cuenta de su intento y, siguiéndola, decidieron perseguir al cibernético para sorprenderlo por la espalda.

—No puedo. —Ariadna, que se tapaba con fuerza los oídos, rozaba la desesperación: ¿cómo era posible que no pudiese dibujar ni una sola palabra

de aquel libro en su cabeza? ¿Dónde estaban ahora todos los seres y criaturas mágicas que lo poblaban?—. No puedo imaginar nada, T.

Y entonces, en el mismo momento en que ella cerraba sus ojos con la intención de olvidarse de lo que los rodeaba, una sombra de origen incierto la envolvió.

Leda fue la primera en darse cuenta de cómo, de repente, todo se oscurecía: una espesa niebla cubrió el laberinto justo antes de transformarse en una silueta con formas humanas y dimensiones de gigante.

Tan corpulenta como el mismísimo Minotauro, aquella sombra que Ariadna estaba segura de no haber invocado se lanzó sobre el cíborg, enzarzándose con él en un violento combate.

Todos los Rebeldes se mantuvieron inmóviles. Escuchaban los golpes que ambas criaturas se propinaban y se preguntaban quién se hallaría detrás de aquel ser que, con su inesperada irrupción, les hacía albergar nuevas esperanzas.

La misteriosa sombra se movía con agilidad y rapidez alrededor de la bestia. Sus miembros se enlazaban con los del Minotauro, esquivando sus cuernos de fuego, mientras el cíborg trataba de responder con golpes que, frente a otro adversario menos preparado, habrían resultado letales. Sin embargo, su rival peleaba con una destreza y una velocidad que a Ariadna le resultaban familiares.

Antes de que el Minotauro pudiera reaccionar, la sombra logró por fin hacerlo caer tras lanzarlo contra uno de los muros. Una vez en el suelo, tensando las piernas alrededor de su cuello, fue capaz de atarlo e inmovilizarlo, a pesar de la fiereza de la bestia.

—¡Ahora! —gritó Leda, que se acercaba a ellos corriendo. Sin siquiera pensárselo, se abalanzó sobre el cíborg y, mientras Layo y Orión reforzaban las ataduras de su misterioso aliado, ella destrozó sin piedad sus circuitos.

Al fin.

Ante el asombro de todos, la bestia acababa de ser desactivada.

—¡Al Este! —les gritó Aracne, que había logrado desbloquear la clave de acceso de uno de los muros que cercaban el laberinto.

Todos la obedecieron y corrieron en esa dirección hasta alcanzar el lugar en que habían escondido los Pegasos. Quisieron agradecer su ayuda al héroe desconocido, pero cuando lo intentaron, aquella niebla —fuese cual fuese su misterioso origen— se había desvanecido.

—¿Estamos todos? —Se preocupó Aracne.

Se reagruparon y, en efecto, comprobaron que no faltaba nadie entre ellos.

—¡Menos mal! —Ariadna se abrazó a T.—. ¡Estamos vivos!

—Cambio de planes. —Los reunió Leda—. Argos nos la ha jugado: tus padres ni siquiera están aquí.

Ariadna sentía ganas de gritar.

Era injusto que, después de todo lo que habían pasado, su enemigo ni siquiera hubiese dado la cara. Sus rivales habían resultado ser tan cobardes como todo lo que tenía que ver con el Nuevo Orden. Tan miserables como quienes se habían llevado a su familia a un lugar que, de repente, ni siquiera existía. Lo que no podía imaginar era que sus padres se hallaban mucho más cerca de lo que pensaba: el Hades real seguía a sus pies, bajo el mismo suelo que ahora pisaban, impenetrable y mudo. Pero solo habían visto un simple reflejo, un juego virtual donde habían estado a punto de perder la vida para, al final, no conseguir nada.

—Solo tenemos una opción... —dejarlo todo en manos de la intuición no era el mejor de los planes, pero Leda sabía que no podían perder más tiempo —: regresar a Geonia.

—¿Estás segura? —repuso Céfiro mientras Ariadna los miraba sin acabar de comprender a qué se referían.

—Deberíamos consultarlo con Dédalo... —sugirió Aracne.

—Demasiado arriesgado —negó con la cabeza Leda—. Este lugar está lleno de todo tipo de sistemas de vigilancia, y no tardarán en rastrear nuestras comunicaciones. Si nos ponemos en contacto con Ítaca, no les costaría prácticamente nada dar con ella.

—¿Entonces? —Orión se negaba a permanecer allí un solo segundo más de los estrictamente necesarios—. Cuanto más tiempo sigamos aquí, más peligro corremos.

—Nuestra única opción es presentarnos en el Aniversario. —Leda no albergaba la mínima duda.

—¿Y mis padres? —Ariadna temió que estuvieran pensando en abandonarlos a su suerte.

—Del Aniversario ya se ocupan Calipso y los suyos. —Le dio la razón Layo.

—¿No lo entendéis? —Orión, que sí sabía de qué estaba hablando Leda, se ofreció a explicárselo—. Clío y Néstor tienen que estar allí.

—¿En el Incendio?

—Me temo que sí... —continuó Orión—. Está claro que quieren que su ejecución sea uno de los platos fuertes de la fiesta.

—¿Y cómo es que no lo han anunciado aún? —preguntó T.



—Para esto. —Orión abrió sus brazos—: para que viniésemos hasta el lugar equivocado.

A Ariadna no le sorprendían las conclusiones a las que había llegado Orión. Solo se negaba a creerlas, pues eso suponía que tenía muchas opciones de no volver a verlos con vida nunca más.

Juzgados. Condenados. Secuestrados en secreto del mismísimo Hades para ser arrastrados al lugar donde serían ejecutados en público. Utilizados para dar un escarmiento a los partidarios de los Rebeldes. Rara eso habían lanzado tantos reportes. Para eso los malditos hologramas. Para eso la votación que arrojaba un abrumador porcentaje, casi del cien por cien, apoyando la culpabilidad de Clío y Néstor en los crímenes que se les imputaban.

La noticia de su encarcelamiento solo era un modo de distraerlos. Una forma de debilitarlos. Una sucia estrategia de quien estaba moviendo los hilos de su fortuna, como si fuera uno de los dioses de ese libro que, de repente, Ariadna sentía como una maldición. Si ese ejemplar no existiese, todo habría sido diferente. Si ella no pudiese hacer lo que, por culpa de esas páginas, era capaz de hacer, también. De algún modo, aquel libro tenía la culpa de su don. Y su don, la culpa de que sus padres corriesen peligro. Y eso, aunque intentara alejar de sí dudas y demonios, la atormentaba. ¿Qué pasaría si los ejecutaban? Además de la soledad y la tristeza infinita por perderlos, ¿también debería sentirse culpable por sus muertes?

—Debemos adentrarnos en Geonia, llegar hasta la Plaza del Fuego y presentarnos en el Aniversario —sentenció Leda—. Dejemos que Calipso se encargue del Incendio: nosotras nos ocuparemos de tus padres.

T., consciente de la gravedad de la situación, trató de infundirle ánimos:

—Tranquila, Ari —ella, a pesar de la tristeza, le sonrió: T. nunca la había llamado así—, no permitiremos que les pase nada. Te lo prometo.

Mientras subían en los Pegasos, echó un último vistazo al Laberinto.

Desde el Pegaso que compartía con T. se veía cada vez más diminuto, casi insignificante; una mancha sombría que, como una llama, incendiaba el árido paisaje que la rodeaba. Allí arriba, en ese cielo que cruzaban rumbo al que podía ser el último combate, se sentía a salvo, a pesar de que sospechaba que todo podía cambiar en cuestión de segundos. Y que bastaba con que Aracne hubiese equivocado un solo código para que descubriesen su posición y los derribasen sin dificultad. Por suerte, aquella mujer se había asegurado de que sus caballos alados no dejaran rastro, anulando sus sensores de movimiento y permitiéndoles cruzar todo Ypsilon sin que nadie sospechara de su presencia.

Ojalá pudieran surcar aquel cielo, que a Ariadna le parecía más azul de lo que lo había sido nunca, con tan buena fortuna como Odiseo, el héroe de su libro, navegó por el mar. Y, alentada por esa idea, se permitió sentir esperanza por primera vez en muchos días.

Porque, a pesar de todo, acababan de ganar una batalla.

Porque contaba con el apoyo de la familia que sentía que eran ya los Rebeldes.

Porque T. acababa de llamarla Ari, que era el nombre con que habría querido que se refiriese a ella el hermano que nunca tuvo.

Pero, sobre todo, porque la sombra del laberinto le había demostrado que no se equivocaba: ella no era la única capaz de causar prodigios. Había alguien más capaz de obrar proezas como la que acababan de presenciar...

Y ese alguien estaba de su lado.



18

## LAS NÁYADES

Por fin se acercaba el gran día.

En apenas veinticuatro horas, las miradas de todo Ypsilon estarían pendientes de su capital, que ya lucía lista para la celebración del Décimo Aniversario.

Némesis, acompañada de Moira y su habitual escolta de Cíclopes, había decidido recorrer algunas de las calles más importantes de Geonia, convenientemente engalanadas con imágenes y hologramas donde se recordaban algunos de los logros conseguidos por el Nuevo Orden.

Los distritos céntricos de la capital comenzaban a llenarse de curiosos que habían acudido desde todos los rincones del Estado para ser parte de los festejos. Los Rastreadores, apoyados por los Bibliófagos, se ocuparían de velar por el orden, en una jornada que se preveía muy agitada y cuyo acto más destacado consistía en una representación virtual del Gran Incendio.

Se trataba de un espectáculo de arquitectura efímera elaborado por el equipo de Moira y que se celebraría por la noche en la Plaza del Fuego, el verdadero corazón del Distrito 1, con el que se pretendía recordar a los ciudadanos las bases sobre las que se asentaba el Estado de Ypsilon.

Aquel incendio sería, además, la presentación oficial de las nuevas criaturas de la Arquitecta, que había conseguido por fin dar con la primera pieza de su ambicioso programa de Inteligencia Y.

No eran aún tan perfectas como las que esperaba construir en un futuro próximo, pero sí poseían cierta inteligencia emocional que, aunque primitiva,

las convertía en un enemigo más difícil de vencer y, sobre todo, de *hackear* que los cíborgs que había creado hasta entonces.

—¿Estás segura de que no habrá sorpresas? —A Némesis le preocupaba que pudiera surgir algún inconveniente: le complacía la idea de deslumbrar a sus ciudadanos con un nuevo hallazgo tecnológico, pero se preguntaba si aquel era el momento más adecuado, sobre todo cuando su prioridad era la doble ejecución—. ¿Habéis hecho los ensayos suficientes?

—Por supuesto, las hemos testado a conciencia. —Le aseguró Moira, que no estaba dispuesta a ocupar un lugar secundario en la efeméride—. Si quieres, puedes comprobarlo por ti misma.

—Me encantaría —la retó Némesis, que encontró en la propuesta un buen motivo para abandonar, durante unas horas, las dependencias del Palacio de Naxos, en las que a veces sentía que la presión casi llegaba a asfixiarla.

Por desgracia, no eran muchas sus salidas más allá del Distrito 1, ya que los ataques indiscriminados e imprevisibles de los Rebeldes hacían que cada una de esas excursiones supusiera un riesgo para su seguridad. Un peligro que ahora, mientras Ariadna siguiera en libertad, se había agravado y la hacía sentirse aún más aislada.

El desequilibrio de fuerzas debía de resultar evidente. Eso era, al menos, lo que la Presidenta se repetía una y otra vez.

Némesis contaba con el Senado, con un ejército de Cíclopes, con el poder militar y político, con las hordas crecientes de Cazadores y, en suma, con la voluntad de todo un pueblo que estaba deseando celebrar los primeros diez años del Nuevo Orden.

Los Rebeldes, en cambio, solo disponían de una cría, las profecías de un viejo loco y un libro.

Sin embargo, bastaba con la mención de ese ejemplar para que la balanza se nivelase mucho más de lo que la Presidenta habría querido. Por eso, por si la amenaza que suponía Ariadna llegaba a cumplirse, Némesis le pidió a Moira que le enseñara sus nuevas creaciones antes de aprobar su utilización durante el Aniversario.

—Aquí las tienes.

—¿Dónde?

Miró a su alrededor, pero, tras escudriñar cada uno de los rincones de la Plaza del Fuego, no vio nada diferente.

—Aquí. —Moira hizo un suave movimiento de mano y, a su llamada, se elevaron de las fuentes de la Plaza una decena de siluetas femeninas con

cuerpos de agua, que se deslizaban por el espacio como el cauce desbordado de un río—. Te presento a mis Náyades.

La Presidenta se dio cuenta de que ninguna de aquellas criaturas translúcidas, fueran lo que fueran, poseía rostro.

—En cuanto alguien las mira —le explicó la Arquitecta—, adquieren la forma de la persona que se halle en la mente o el corazón de quien las contempla.

—¿Y son capaces de convertirse en cualquiera? —preguntó Némesis a la vez que se sorprendía al reconocer entre las Náyades una imagen que no esperaba volver a ver nunca más.

—Así es.

—Suficiente. —La Presidenta no se molestó en disimular su desagrado—. Ahora apártalas de mí.

—Pero si aún no has podido comprobar cómo...

—No necesito hacerlo. —Némesis dio la espalda a aquella mujer de agua que la miraba fijamente, reabriendo en ella las heridas de un pasado que se había esforzado en abandonar.

Moira, decepcionada ante la reacción de la Presidenta, movió de nuevo su mano y, sumisas, las Náyades se retiraron hasta confundirse con el agua de las fuentes de las que habían emergido hacía solo unos segundos.

—Pueden ayudarnos en los interrogatorios. No son capaces de manipular los sentimientos, pero basta con que alguien las mire para que saquen a la luz parte de sus secretos.

—¿Y eso no les confiere demasiado poder? ¿No es peligroso que una máquina pueda leer en nuestro interior?

—Solo si tenemos algo que esconder.

—Todos tenemos algo que esconder, Moira. ¿O eres tan ingenua como para no haberte dado cuenta? Si no quieres que ese invento tuyo esté condenado al fracaso, tendrás que cerciorarte antes de que nadie pueda usarlo en nuestra contra.

—¿Entonces?

—Entonces, mañana no sé si estaremos listas para...

—Por favor. —Moira estaba dispuesta a suplicar cuanto fuera preciso: no había pasado tantas noches sin dormir para renunciar a exhibir el que era su mayor logro hasta la fecha—. Me ocuparé de que no den problemas. Solo contaremos con las Náyades para ayudar a presentar los títulos del índice Prohibido. Pueden poner imágenes a cada una de esas historias mientras las

devora el fuego. Y no dejaremos que hagan peligrar la intimidad de ningún miembro del Senado.

Némesis habría preferido negarse, pero hacerlo avivaría las sospechas de Moira. Había conseguido disimular su turbación aludiendo a los secretos como una realidad universal, cuando, en el fondo, lo que aquellas Náyades habían despertado en ella era un recuerdo tan oscuro como privado, una memoria que no estaba dispuesta a revelar a nadie. Ahora temía que la Arquitecta se diese cuenta de que le estaba ocultando algo.

—Está bien, Moira. Pero verifica que no den problemas. No quiero que encarnen más fantasmas de los necesarios. De lo contrario, los demás miembros del Senado podrían querer someter de nuevo a votación los recursos para tu Inteligencia Y.

—Si desconfían es por envidia... Les da miedo que alguien pueda suplir su incompetencia con progresos científicos.

—Sabes que no puedo ni quiero involucrarme en vuestras disputas. Solo espero que dediquéis más tiempo a acabar con esos salvajes que a seguir tirándoos piedras entre vosotros como niños malcriados.

Ese «vosotros», pensó Moira, eran Argos y ella.

El bando de los científicos, liderado por la Arquitecta.

El bando de los soldados, liderado por el General.

Y Némesis, consciente de que no podía prescindir de ninguno de ellos, siempre equidistante, utilizando los éxitos de unos para azuzar a los otros. Manipuladora e incluso sádica, como si disfrutara con aquella competición entre quienes unas veces trataban de satisfacerla y otras, sencillamente, de adularla.

—Mañana no habrá fallos —le aseguró la Arquitecta—: mis Náyades harán solo lo que se les pida.

—Asegúrate de que no se me acerquen. —Fue todo lo que respondió Némesis—. Quien esté o deje de estar en mis recuerdos es solo cosa mía, no un asunto de Estado. Y si hubiera cualquier filtración, me vería obligada a responsabilizarte de ello.

Convencida de que su amenaza bastaría para que controlase a aquellas extrañas criaturas de agua, Némesis se despidió de Moira y decidió caminar, escoltada por sus Cíclopes, por la ciudad que ella misma había derruido diez años atrás para reconstruirla por completo después.

A veces, cuando la miraba con atención, le costaba recordar cómo había sido la Geonia de Orfeo. La ciudad de edificios irregulares de entonces, en la que se amontonaban estilos y técnicas de períodos contradictorios e incluso

antitéticos, apenas guardaba semejanza con la capital de arquitectura simétrica y perfectamente alineada de ahora. Los barrios desiguales y convulsos de aquellos años diferían de los vecindarios apacibles y pacíficos de la actualidad.

En su opinión, el contraste era evidente y el presente salía victorioso de la comparación con el pasado. Eso, precisamente, era lo que iban a celebrar al día siguiente. Una fiesta con un doble broche final: la ejecución de dos criminales y la conmemoración del fuego que había transformado el pasado en cenizas.

Y nadie, ni siquiera esa niña cuyo secreto habían estado a punto de revelar las Náyades, iba a impedirlo.



## 19

### TESEO

Escondarse en los alrededores del mismísimo Distrito Central no era tarea fácil. Sin embargo, necesitaban situarse cerca de la Plaza del Fuego para intervenir cuando llegase el momento.

Apenas unas horas los separaban ya de los festejos, y todos sabían que solo en el corazón de la capital de Ypsilon podrían salvar las vidas de Clío y Néstor.

Por suerte, Aracne y Leda contaban con las coordenadas que les había enviado Calipso. Siguiendo las instrucciones de Dédalo, se había internado en Geonia junto con su grupo de disidentes, en busca de un lugar donde esperar al resto de sus compañeros. Así fue como Calipso dio con el único Refugio que seguía activo en aquel Distrito: una antigua fábrica de papel, un destartalado edificio que, gracias al éxito de los hologramas, se había acabado convirtiendo en el museo de una vida anterior, un tiempo que solo los Rebeldes parecían recordar.

—Sabía que volvería a veros muy pronto —los saludó, tratando de contener su alegría por el reencuentro.

Era vital no llamar la atención, pues cualquier movimiento o ruido sospechoso podía ponerlos en peligro y alertar a quienes se hallaban en los alrededores. Esa noche, la víspera del gran evento, se habían intensificado las medidas de seguridad, así que tenían que pasar tan desapercibidos como fuera posible.

—Nos equivocábamos —se lamentó Leda, que habría querido recibirlos con mejores noticias—: nuestros objetivos no estaban en el Hades.



—Argos se nos adelantó —añadió Layo, a quien aún le costaba creer que hubiesen caído en aquella trampa—. No hemos podido salvarlos...

—Lo sé... Ya han hecho público el recuento de votos. —Calipso giró hacia ellos la pantalla de su móvil y les mostró el reporte del Senado que anunciaba el resultado del Juicio Ciudadano contra Clío y Néstor: los dos habían sido condenados a muerte—. Por eso mismo me alegro de que estéis aquí. Para evitarlo.

Ariadna se alejó discretamente del grupo. Necesitaba un momento a solas. Aunque la noticia de la sentencia no la había sorprendido, sí confirmaba sus peores temores y la situaba en una situación desesperada. No podía permitirse ni un error, y eso le exigía asumir aún más responsabilidad de la habitual.

Abrumada por los acontecimientos, intentó respirar hondo y recuperar la calma. No debía perder el control justo ahora, a pesar de que sus emociones la desbordaban.

Estaba furiosa.

Llena de rabia contra esos enemigos que ni siquiera se habían atrevido a dar la cara en el Hades.

Contra esa sentencia que culpaba a sus padres de crímenes que jamás habían cometido.

Contra todo lo que significaba el Nuevo Orden y las atrocidades que se ejecutaban en su nombre.

Pero también, y eso era lo peor, estaba enfadada consigo misma.

Porque se preguntaba si podría haber hecho algo más para salvarlos. Si de verdad había estado a la altura de lo que su familia esperaba de ella. O si su don no estaría mejor en otras manos más expertas que las suyas.

—¿Te encuentras bien, Ari? —Era obvio que no, así que T. se acercó a ella con la única intención de hacerle compañía.

—¿A ti qué te parece?

—A mí me parece que todo esto es un asco, pero que vamos a darles a esos Cíclopes justo lo que se merecen.

Ariadna guardó silencio. Sabía que T. odiaba que mencionase ese don que había creído ver en él, pero debía arriesgarse. Enfrentarse al Senado requería usar todos sus recursos y, con tal de salvar a sus padres, no estaba dispuesta a renunciar a ninguna opción.

—¿Alguna vez me vas a contar cómo lo hiciste?

—¿Cómo hice el qué?

—No te hagas el tonto.

T., sin embargo, parecía sinceramente sorprendido.

—¿Te quieres explicar de una vez, Ari?

—Quiero saber qué pasó en el Laberinto.

Él no respondió.

No porque no quisiera hacerlo, sino porque ignoraba qué había ocurrido. Intuía que había participado en aquellos hechos, pues le dolían los brazos y notaba su cuerpo tan cansado como si hubiera participado en una pelea titánica, pero le resultaba imposible recordar dónde se hallaba cuando apareció esa sombra de la que todos hablaban y a la que él, sin embargo, no había visto. Era como si hubiera unos minutos borrados en su memoria, una grieta por la que se perdían recuerdos que los demás sí tenían.

—Se supone que estabas allí. Conmigo.

—¿Y no lo estaba, Ari?

—Entonces, tú también tuviste que ver lo que ocurrió.

—Pues claro.

—Cuéntamelo.

—No tenemos tiempo para juegos.

—Venga, T., cuéntamelo...

—Vi una sombra —mintió él, tratando de ajustarse al relato de los demás.

—¿Una niebla que salió de dónde? —Ariadna estaba empeñada en que fuera el propio T. quien descubriese su verdad, la misma que ella ya había intuido.

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa?

—Lo sabes, T. Igual que sabes que aquella otra noche...

—Otra vez no, Ari. Por favor... —¿Cuántas veces más iba a recordarle el episodio de las sirenas? ¿Por qué una simple pesadilla la obsesionaba tanto?

—Es importante.

—¿El qué es importante? ¿Que hayas perdido la cabeza y creas que compartimos un supuesto don mágico? ¿Te refieres a eso? Porque si te refieres a eso, lo mejor es que dejemos aquí mismo esta conversación. Hay cosas mucho más urgentes de las que preocuparnos, Ari. Como salvar a tus padres sin que nos maten, por ejemplo.

Ella cogió con fuerza su brazo derecho.

—¡Eh! —Se molestó T.—. ¿Pero qué haces?

Ariadna, que lo había estado observando mientras él se desahogaba, señaló un corte profundo en su antebrazo.

—¿Cómo explicas esto? Porque parece bastante reciente...

T., furioso por no poder ofrecer una respuesta válida, o quizá porque esa herida era un argumento más a favor de la estrambótica teoría de Ariadna,

reaccionó con rabia.

—¡Y yo qué sé!

—Compartimos el don, ¿no te das cuenta? La diferencia es que conmigo funciona de manera consciente y contigo es justo al revés. Como si yo necesitara concentrarme mucho y tú, simplemente, tuvieras que dejarte llevar.

—¿Quieres parar? —No estaba dispuesto a que nadie jugase con sus emociones. Ni, mucho menos, a que le hicieran creer que había en él una facultad que estaba seguro de no poseer.

Ariadna sacó su ejemplar de la *Odisea* y se lo acercó a T. mientras señalaba una página.

—Te guste o no, los dos podemos revivir los personajes que aparecen aquí.

—¿Teseo? —T. leyó el nombre que le mostraba Ariadna.

—Es el héroe que venció al Minotauro. Igual que hiciste tú el otro día. A lo mejor tu T. es la inicial de...

—Mi T. es mi nombre. Punto. No necesito otro.

—Nos parecemos más de lo que creíamos. —Ariadna estaba convencida de que tenía razón: no sabía por qué sus padres nunca le habían dicho que había más gente como ella, pero T. sí lo era—. A mí me sucedió lo mismo. Fueron también ellas las que tuvieron la culpa de que lo descubriera. Las sirenas... ¿De verdad no lo ves?

—Lo único que veo es que estamos agotados, Ari. Y que nos empeñamos en buscar soluciones mágicas para convencernos de que vamos a triunfar mañana...

—No es solo eso. Y no te creas que vas a conseguir que me calle hablándome de lo que está pasando ahí fuera. Porque puede que tenga miedo, ¿sabes? Y sí, claro que lo tengo... Muchísimo miedo. Pero por eso mismo, porque mis padres me necesitan más que nunca, no voy a dejar de usar hasta la última de las armas que encuentre. Y tu don, como el mío, es una de ellas. No sé por qué no te lo han contado antes ni por qué no lo recuerdas, ni siquiera entiendo por qué se ha desatado ahora, pero te aseguro que existe, T. Y que mañana lo uses puede ser la diferencia entre que vencamos o que nos derroten. ¿No te das cuenta?

T. se encogió de hombros. No recordaba haber hecho nada de lo que Ariadna le había contado. ¿Atacar al cíborg gigante? ¿Inmovilizarlo y hacerlo caer al suelo? ¿Sacar a los Rebeldes del Laberinto? Solo sabía que había estado encerrado allí con ellos y que, unas horas después, se hallaba lejos y a salvo.

—Te ocurre cuando sueñas... O cuando imaginas... Sucede cuando no tienes el control.

Esa era la teoría de Ariadna, que insistía en relacionar el episodio del Laberinto con la estatua de la sirena decapitada. Pero T. no acababa de creerla: ¿y si no eran más qué dos coincidencias? Estaba presente en ambos lugares y en ambos momentos, sí, pero no recordaba haber hecho nada en ningún caso.

—Tómalo. —Ariadna puso una vez más su libro ante él—. Tómalo, por favor.

—Necesitamos dormir. —T. estaba convencido de que era mucho más práctico conciliar el sueño y descansar antes que sumergirse en la lectura de una historia que no le interesaba lo más mínimo.

—Solo te pido que lo abras. Nada más. Luego, haz lo que quieras. Pero si mi don nace de estas páginas, quizá también el tuyo se haga más fuerte con ellas.

—¿Y si ese don del que hablas no entra en acción mañana? Si realmente existe, cosa que dudo, y es una especie de superpoder que ni siquiera controlo, lo que dudo más todavía, ¿cómo podemos estar seguros de que nos será útil?

—No podemos.

—Genial.

—Pero sí podemos pensar en lo que nos gustaría que ocurriese.

—¿Y eso para qué va a servirnos, Ari? ¿Para darnos falsas esperanzas?

—No —repuso ella muy seria—. Para no rendirnos.

Ariadna permaneció con su brazo extendido, esperando a que T. cogiera el libro de una vez. Él resopló mientras la miraba con una mezcla de hartazgo y ternura. Le irritaba la obstinación de aquella cría y, a la vez, le emocionaba el empeño que ponía en defender lo que creía justo.

—Por favor...

—Caras de pena no, Ari. Que eso es jugar sucio.

T. se alegró de arrancarle una tímida sonrisa y, tomando el libro, cedió a su petición. «No va a servir de nada», se dijo mientras lo abría para complacerla, pero admiraba tanto la convicción con la que ella miraba al futuro que no se sentía con fuerzas para contradecirla.

Si Ariadna tenía razón, el libro le ayudaría a conocer algo más de ese supuesto don y, quizá también, de su propio pasado. De lo contrario, solo estaría robándose a sí mismo unas necesarias horas de sueño.

En cuanto amaneciese lo averiguarían.



## 20

### ODISEO

Ariadna pasó toda la noche muy inquieta. No podía dejar de pensar en sus padres y en cuál sería su destino si ellos fracasaban. La ejecución, según se había anunciado, estaba prevista a las 20:00, dos horas antes de que comenzara el Incendio Virtual.

A lo largo del día, los partidarios del Nuevo Orden habían preparado todo tipo de eventos multitudinarios —conferencias, conciertos, representaciones, competiciones deportivas...—, que tendrían lugar tanto *online* como de forma presencial, de modo que ninguno de los ciudadanos de Ypsilon se quedara al margen de tan magno acontecimiento. Que el asesinato de su familia fuera parte de esa celebración, pensaba Ariadna, era repugnante, y confiaba en que su rabia fuera un arma poderosa para devolverles el golpe.

No quería olvidar el dolor que había sentido cuando apartaron a sus padres de su lado. Ni el miedo cuando se vio sola y acorralada entre los Cíclopes que la perseguían. Ni el pánico ante el Minotauro. Ni todos y cada uno de los pasos que la habían llevado hasta ese Refugio que ahora compartía con quienes, como ella, tampoco habían logrado conciliar el sueño.

Nada más ponerse en pie, T. le devolvió su libro:

—¿Lo has leído?

—¿Entero? —No podía creer que Ariadna le estuviera preguntando eso en serio: demasiadas páginas para una sola noche.

—Una parte, al menos...

—Algo, sí —asintió—. Pero no sé si la historia de ese tipo que tarda diez años en volver a su casa tiene mucho que ver conmigo. Un poco lento para ser

un héroe, ¿no?

—¿Todavía no me crees?

Y por una vez, T. cambió su sarcasmo habitual por un tono insólito en él.

—Es difícil creer en la magia cuando toda tu vida ha estado llena de realidad. ¿No lo entiendes, Ari?

Podía entenderlo. Claro que podía entender a qué se refería T., pero no le parecía que renunciar fuera la solución. ¿Por qué la única verdad posible era la que ya conocían? ¿No tenían derecho a esperar que la vida fuera algo más que lo que a ambos les habían enseñado?

—Por cierto, hay algo que no me cuadra. —Quizá fuera una pregunta estúpida, pero le rondaba desde que ella le había enseñado ese ejemplar—. Si este libro es tan importante, ¿por qué tus padres nunca hicieron una copia?

—Lo intentaron...

—¿Pero?

—No sirve. —Ariadna se encogió de hombros, dejando claro que no tenía una explicación para lo que estaba a punto de decir—. Con las otras copias no sucedía nada. Solo con esta.

—Tiene que haber una razón...

—Ya, pero no he sido capaz de encontrarla. Lo único que sé es que los prodigios solo suceden cuando tengo este libro.

—Como si fuera la varita de un mago —sugirió T., a quien intrigaba el origen de ese objeto casi tanto como lo que podía lograrse con él.

—De una maga —le corrigió ella.

—Bueno, sí —le sonrió—, de una maga.

—Algo así... Es como si el libro eligiera quién puede y quién no puede usarlo. —Ariadna observó divertida la expresión de curiosidad en T.—. Entonces, ¿ya me crees?

—Solo creo lo que he visto —respondió él, obstinado—. Y lo que he visto es que, con él en tus manos, eres capaz de cosas que no puedo explicar. Pero eso no quiere decir que yo también las provoque.

—Qué cabezota eres...

—Soy realista.

—No se puede cambiar nada siendo realista.

—Y se puede perder todo por no aprender a serlo.

A su modo, los dos creían que el otro tenía parte de razón. Ni Ariadna estaba tan segura de que fuera una buena idea confiar a ciegas en el poder de la magia, ni T. rechazaba por completo el idealismo.

—Solo te pido que no te cierres, T.

—¿A qué?

Ariadna guardó el ejemplar, segura de que ese día les resultaría de gran ayuda.

—A lo que pueda suceder hoy...

A T. le hizo gracia el enigmático tono de su compañera. Se dio cuenta de que le había bastado con una semana para empezar a sentir afecto por aquella cría, que no dejaba de sorprenderlo con su inconformismo y su deseo sincero de transformar la realidad.

Nunca le había resultado fácil trabar nuevas amistades, quizá debido al nomadismo de la vida con sus padres, o quizá a su carácter más bien solitario; pero siete días habían sido suficientes para acercarse a esa chica, en la que no atisbaba la hipocresía que sí encontraba en gran parte de los adultos.

Por eso, T. había accedido a la petición de Ariadna, y pasó gran parte de la noche hojeando, aunque a regañadientes, aquellas páginas.

El héroe, ese tal Odiseo, le había caído simpático, e incluso le hicieron gracia las mentiras y trampas con las que conseguía vencer a sus enemigos. No era, ni mucho menos, el más fuerte de los hombres, ni tampoco el más valiente de los héroes, pero sí uno de los más ingeniosos, y eso fue lo que más le sorprendió de su carácter. T. siempre se había preocupado de su fuerza y estaba especialmente orgulloso de su agilidad, de su destreza en la lucha y de sus cualidades físicas, más que notorias en su pasión por el *kickboxing* y el *jiu-jitsu*, pero había empezado a darse cuenta de que, para ser un héroe, hacía falta algo más.

De las aventuras que se contaban en aquellas páginas, la que más llamó su atención fue la de un ser monstruoso y gigantesco llamado Polifemo. Perteneciente a la raza de los Cíclopes y dotado de un solo ojo, era el obvio antecesor de los cíborgs que ahora mantenían el orden en Ypsilon. ¿De qué estrategia se habría servido Odiseo para vencer a Rastreadores y Bibliófagos si hubiera vivido en un tiempo y un lugar tan diferentes de los que se describían en su libro?

—Hora de ponerse en marcha —ordenó Leda—. Cada cual sabe lo que debe hacer, ¿verdad?

Todos asintieron y, provistos de las armas que habrían de usar según el plan diseñado la noche anterior, se dispusieron a seguirla.

—Ante todo, ajustaos a lo previsto y no corráis riesgos innecesarios —les pidió Calipso, mientras pasaba revista a los disfraces y maquillajes con que todos habían ocultado su aspecto habitual—. Recordad el operativo de auxilio que os explicó Céfiro.

Un sistema sencillo que, a partir de su habitual palabra clave —Ítaca—, les permitía establecer una cadena de apoyo con la que, en cuestión de segundos, socorrer a cualquiera que se hallase en peligro.

—A estas horas ya deben de estar en las calles los Rebeldes que ha convocado Dédalo —intervino Céfiro—. Debemos camuflarnos entre la multitud para pasar desapercibidos hasta que llegue el momento.

—Cuanto menos esperen nuestra acción, mayores serán nuestras posibilidades de éxito. —Le dio la razón Layo.

—Y que nadie improvise. —T. se preguntó por qué tenían que mirarlo precisamente a él: ¿era su edad la que lo convertía en blanco de comentarios como el de Leda?—. La disciplina y el rigor son primordiales si queremos salir con vida.

—¿Solo eso? —Molesto por la alusión anterior, T. escondió la decepción ante tan escaso horizonte de expectativas—. ¿Salir con vida?

—Las batallas —lo corrigió Leda sin inmutarse— se libran y se ganan de una en una. Y la de hoy tiene un fin muy concreto: evitar la muerte de dos compañeros y arruinar la gran fiesta de Aniversario.

—Y te aseguro —se sumó Calipso— que, si conseguimos esos dos objetivos, no solo salvaremos a la familia de Ariadna, sino que también pondremos en jaque al Senado y a la mismísima Némesis. La base del Nuevo Orden es su imagen y eso, precisamente, es lo que vamos a destruir hoy.

—O a intentarlo —apostilló Céfiro, al que le costaba compartir el triunfalismo de sus compañeras.

—Si todo está claro —concluyó Aracne—, ya solo queda un pequeño detalle.

Desplegó la pantalla en la que se podía contemplar el plano de la capital y, tras introducir una secuencia de comandos ininteligibles, aparecieron en el mapa un grupo de luces rojas entre las que destacaban cinco luces verdes.

—Nosotros —dijo mientras señalaba las primeras— y nuestra sorpresa —afirmó señalando las segundas, que permanecían inmóviles en el sector del plano que se correspondía con el Distrito Central.

—Pues que empiece la fiesta. —Fue todo lo que respondió Leda—. ¡Desplegad velas!

A su señal, Aracne hizo que esas misteriosas luces verdes cobraran vida en la pantalla.

La primera parte del plan acababa de comenzar.





## 21

### EL ANIVERSARIO

El Aniversario transcurría según lo esperado.

Los eventos se sucedían sin incidentes, pero Némesis, cuya agenda oficial incluía la asistencia a la mayoría de ellos, no compartía la sensación de victoria de sus asesores. El hecho de que Argos no hubiese podido dar aún con la dueña del Primer Eje no contribuía a serenar sus ánimos, pues temía que aquella calma no fuera más que el espejismo de una tormenta que estaba a punto de estallar.

—Todo controlado. —Le insistió el General antes de que comenzaran los actos oficiales.

—Con esa estúpida cría en la calle no puede estarlo —respondió airada la Presidenta: ¿cómo era posible que en su equipo hubiese tanta incompetencia?

—Que aún no hayamos tenido tiempo de capturarla no significa que ni ella ni quienes la protegen puedan acercarse a un solo milímetro de la ciudad.

—¿Tiempo? —Némesis estaba a punto de estallar—. ¿Todos estos días te han parecido poco tiempo, Argos?

El General no se atrevió a responder. Para qué empezar una discusión que sabía perdida de antemano.

Era mucho tiempo, sí.

Tanto que habría bastado para dar con cualquier otro fugitivo y, sin embargo, no había resultado suficiente para apresar a Ariadna y despojarla, de una vez, de ese libro que obsesionaba a Némesis y de cuyos prodigios él mismo había sido testigo. ¿Cómo, si no, podía explicarse lo sucedido en el Laberinto? ¿Qué otra razón justificaba que su trampa hubiese fracasado?

Se había esforzado por achacar la derrota a una serie de defectos técnicos, poniendo en duda la eficacia de los clones de Moira, pero era consciente de que la victoria sobre el Minotauro no tenía una explicación científica, sino mágica. Y esa sensación de impotencia, esa conciencia de que existía algo que nadie. —Ni siquiera la propia Némesis— podía controlar, lo intranquilizaba tanto como a ella.

—La doble ejecución y el Incendio Virtual deben ser nuestro broche de oro. Espero que no surjan más imprevistos.

—No podría haberlos —mintió el General, exagerando la confianza en sus Cíclopes—. Y si los hubiera, los detendremos antes de que se conviertan en un problema.

—No me decepciones, Argos.

—Hoy va a ser un gran día. —Fue lo primero que Apolo le dijo a la Presidenta cuando se incorporó a su comitiva.

—Estoy segura de ello. —Le dio la razón Némesis, que sabía que tenía en el Senador a uno de sus más fieles y longevos aliados.

La celebración, tan fastuosa como todos la habían imaginado, estaba siendo registrada en grabaciones tridimensionales que alimentarían la memoria colectiva durante los próximos años.

Frente a la amenaza rebelde, Argos se había encargado de endurecer las medidas de seguridad, y sus Cíclopes controlaban todos y cada uno de los distritos de Geonia. Lo esencial era contener la violencia: la propaganda del Nuevo Orden se basaba en la paz y en la felicidad, de modo que responder con una masacre en plena celebración resultaría un despropósito. El único derramamiento de sangre debía ser el de Clío y Néstor.

La consigna era atravesar aquel día con la máxima normalidad posible: nada debía empañar una jornada en que se celebraban los éxitos del Senado y la consolidación del Nuevo Orden. Una tranquilidad que, sin embargo, comenzó a romperse justo en el momento más crítico: la ejecución.

A la caída de la tarde, todo el mundo había ocupado ya sus lugares en la Plaza del Fuego. Némesis presidía el acto desde las gradas de honor, rodeada de sus fieles. Moira, Hermes, Argos y Apolo, junto con otros miembros destacados del Senado, se hallaban de pie junto a ella.

En el centro de la Plaza, decorada con las franjas blanquinegras de la bandera de Ypsilon y abarrotada de miles de personas, algunas físicamente y otras a través de las pantallas dispuestas para la ocasión, un juego de

hologramas recordaba los crímenes de la pareja que iba a ser ajusticiada públicamente, de acuerdo con el veredicto del Juicio Ciudadano.

—... porque no podemos olvidar que nuestro legado se vio interrumpido por un triple crimen una década atrás. —El discurso de la Presidenta, obra de Hermes, insistía en los argumentos habituales del Nuevo Orden—. Aquel Triple Atentando que nos obligó a actuar antes de que Ypsilon se convirtiese en una pesadilla como las de las historias que envenenaron los ánimos de los terroristas.

Apolo recordaba perfectamente aquellos días cuando, convencido de la culpabilidad de la ficción, había elaborado con Némesis el Índice Prohibido. Y hasta el momento en que, para evitar la tentación de conservar títulos tan perniciosos, ambos tuvieron la idea de encargar a Moira el diseño de una tropa de androides Bibliófagos, a la que pronto se sumaron los Cazadores, ypsilianos sin escrúpulos que solo buscaban unas monedas con que llenar su bolsillo. Ahora, diez años después, todo aquello resultaba lejano, como si hubiera sucedido mucho tiempo atrás.

—... como el Nuevo Orden encarna, entre otros muchos valores, transparencia —la voz de la Presidenta sonaba más fuerte y vibrante que nunca—, hoy procederemos a impartir la justicia que ha determinado la ciudadanía de Ypsilon. Es vuestro parecer, no el de quienes os servimos, el que se ejecutará esta noche. Tal y como ha sido cada uno de los días que hemos estado al frente del Gobierno. Tal y como será mientras sigáis depositando vuestra confianza en nosotros.

Sus palabras, a las que siguió una ovación unánime, dieron paso al himno del Nuevo Orden, una composición musical creada también de forma colectiva, gracias a una iniciativa de Hermes, que consideraba necesario dotar a Ypsilon de una simbología reconocible para que todo el Estado se sintiera parte de ella. Tanto la bandera —compuesta por cuatro franjas, dos negras y dos blancas, divididas por el ojo de un cíclope— como el himno y el resto de los emblemas oficiales habían surgido de propuestas populares que, en última instancia, siempre pasaban por el filtro del Senado y, muy especialmente, por la mirada de Apolo, que tenía la última palabra en todo lo relacionado con la estética del régimen.

Al son de la música, los Cíclopes entraron en la Plaza con los dos prisioneros. Clío y Néstor caminaban esposados entre los Rastreadores, que los empujaban hacia la plataforma donde serían ajusticiados.

Cuando Némesis los vio subir al cadalso, respiró aliviada. Sus temores habían sido en vano. Todas y cada una de las pesadillas que durante diez años

habían robado sus madrugadas por culpa de las palabras de Tiresias desaparecían ahora. Y nadie, ni siquiera la niña y su maldito libro, iba a ser capaz de evitarlo. Tan pronto como sonara la última nota de aquel himno, tendría lugar el ajusticiamiento.

Argos tenía razón: nada iba a salir mal.



## 22

### LA EJECUCIÓN

—Cuando veas a tus padres, finge que no los reconoces —le advirtió Leda mientras se dirigían, camufladas entre la multitud de curiosos, a la Plaza del Fuego—. De lo contrario, nos pondrías a todos en peligro.

—Lo sé —respondió Ariadna mientras trataba de adaptarse al vestuario con el que Calipso había transformado sus doce años en veintitantos. Entre las lentillas azules, la peluca negra y rizada, el denso maquillaje y la ropa escogida, de tonos y formas que no tenían nada que ver con las prendas deportivas que le gustaba llevar, aquella joven a la que representaba no se parecía en absoluto a ella.

—No te olvides de controlar tus emociones —insistió Céfiro.

—¿Y cómo sabré cuándo debo intervenir? —Entendía que no desvelasen cada detalle del plan; sin embargo, las lagunas de las explicaciones que habían recibido la hacían sentir insegura.

—Tranquila —la animó Aracne—, te prometo que lo sabrás.

Nada más llegar a los alrededores de la Plaza, Leda les informó de cuáles serían sus posiciones.

—Buscad este símbolo —tras asegurarse de que nadie estaba mirándola, les dejó ver el diminuto tatuaje que llevaba en uno de sus antebrazos y que dibujaba la silueta de un caballo—. Allí donde encontréis nuestro Equus es donde tenéis que situaros.

Con aquella señal —un guiño al Caballo de Troya, el truco más celebrado de Odiseo—, los Rebeldes habían marcado los puntos estratégicos desde donde sabotearían el acto. Nadie debía descubrirlos antes de su intervención,

así que fingirían el mismo entusiasmo que quienes los rodeaban cuando comenzara el discurso de Némesis.

—Un asesinato y un incendio. —Ariadna no podía creer que todo el mundo permaneciera impasible ante dos actos tan oscuros—. ¿En serio?

—Por lo visto —le susurró Orión mientras le pedía que bajara la voz y midiera sus palabras—, en Ypsilon todos tenemos alma de inquisidor.

Confundidos entre la multitud que llenaba la Plaza, Aracne aprovechó el tiempo del discurso inaugural de Némesis para activar el sistema que había diseñado durante las últimas semanas. Su objetivo, cuando comenzó a programarlo en Ítaca, consistía en impedir el éxito del Incendio Virtual. Ahora, sin embargo, su finalidad era mucho más trascendente: de su funcionamiento dependía la vida de dos de los suyos.

Aracne aprovechó las últimas palabras de Némesis para sacar con disimulo su móvil y activar el operativo de rescate. Estaba hecho: ya no había vuelta atrás.

—... tal y como será mientras sigáis depositando vuestra confianza en nosotros.

Al son del himno de Ypsilon, una horrible fanfarria que, según los Rebeldes, solo servía para dejar constancia del pésimo gusto estético del Nuevo Orden, los Cíclopes entraron en la Plaza escoltando a Clío y a Néstor. Ariadna se reprimió para no gritar cuando vio llegar a sus padres, y T., consciente de su angustia, posó con ternura su brazo derecho sobre sus hombros. «Respira», le dijo al oído. «Respira, porque pronto esto habrá terminado y volverás a estar con ellos». Y ella, que en ese momento necesitaba un final feliz, lo creyó.

Un final feliz que empezó a parecer cada vez más improbable cuando sus padres, mientras la música seguía sonando, subieron al estrado, donde les esperaban los Cíclopes encargados de suministrarles la inyección letal.

Fue con esa misma música con la que, sin que nadie pudiera explicar cómo, comenzó todo. Solo Aracne sabía cuál era el origen de aquel estruendo en que, de repente, se había transformado la melodía. Los asistentes corrieron a taparse los oídos. Intentaban protegerse inútilmente de aquel estrépito, tan insoportable y penetrante que parecía que fuera a hacerlos enloquecer.

Némesis ordenó que alguien pusiera fin a aquella tortura y Moira trató de desactivar a sus Músicos, cibernéticos que compartían con los Cíclopes gran parte de sus características.

Era imposible: sus códigos habían sido alterados.

—Alguien está saboteándonos —informó a la Presidenta.

—Pasad directamente a la ejecución —fue su única orden.

El Rastreador que llevaba la inyección letal se aproximó a la pareja de Rebeldes, y Ariadna tuvo la tentación de invocar alguno de los prodigios de su libro.

—Aún no —la detuvo T.—. Recuerda el plan.

Y justo cuando estaba a punto de desobedecerlos a todos, cuatro de los Cíclopes que se hallaban en el estrado se lanzaron sobre el Rastreador que iba a ejecutar la sentencia. Gracias al trabajo conjunto de Aracne y Calipso, que habían diseñado durante meses cíborgs idénticos a los del Senado, habían conseguido infiltrar cinco soldados que podían manejar a su antojo y que, a su vez, eran capaces de *hackear* el funcionamiento de sus compañeros.

—¡Está funcionando! —T. quería abrazar a Ariadna, pero sabía que no debía hacerlo. Tenían que fingir la misma perplejidad que el resto del público —. Está funcionando, Ari.

Los sistemas de los Cíclopes se llenaron de órdenes contradictorias y, tras abandonar el estrado, comenzaron a moverse caóticamente entre los asistentes. Al principio daba la sensación de que buscaban a alguien, pero la violencia con la que apartaban a la gente provocó la histeria del público y el murmullo de desaprobación y perplejidad de quienes seguían el evento desde sus hogares.

—¡Solucionadlo! —Némesis no sabía a quién culpar de aquel desastre, pero antes de ajustar cuentas, esperaba que sus responsables fueran capaces de detenerlo.

El caos inicial desembocó pronto en un estado de pánico colectivo, que aumentó cuando los cíborgs infiltrados, las luces verdes en la pantalla de Aracne, comenzaron a disparar a su alrededor. Tanto ella como Calipso habían ensayado mil veces ese momento, para asegurarse de que los proyectiles no causaban víctimas civiles: cualquier error podría acabar con su misión y, más aún, con el sentido de su lucha.

Así pues, mientras Leda aprovechaba el tumulto para sacar a Clío y a Néstor del estrado, empezó a formarse una peligrosa marea humana. Un río de hombres y mujeres que corrían en todas direcciones, atemorizados por los disparos de los cíborgs. Solo los lugares marcados por la silueta del caballo parecían seguros frente a aquella vorágine de cuerpos que trataban de huir. La Plaza se había transformado en una gigantesca ratonera.

Los Rebeldes se disponían a cantar victoria. Solo necesitaban esperar a que pasara el tumulto para reunirse y regresar a Ítaca, donde Dédalo y los

demás estarían esperándolos. Eso era lo que, según sus cálculos, debía suceder...

No lo que sucedió.

Una nueva amenaza irrumpió en la Plaza. Se trataba de un ejército de Cíclopes de última generación, cuyo ojo, pensó Ariadna, parecía más despierto y voraz que el de los modelos anteriores.

Uniformados de negro y rojo, se encargaron de anular a los Rastreadores que habían provocado el incidente. Aracne no tardó en darse cuenta de que aquellos prototipos usaban códigos que desconocía. Debían de formar parte de una nueva fase en el programa de inteligencia artificial diseñado por Moira. ¿Serían un ejemplo de lo que la Arquitecta había bautizado «Inteligencia Y»? Desde luego, parecían criaturas aún más implacables que sus predecesores, y daba la sensación de que disfrutaban con la violencia, como si sus ojos sonrieran satisfechos ante cada enemigo caído.

—¡Desplegad velas! —gritó Leda, a riesgo de ser descubierta: el nuevo adversario era demasiado poderoso—. ¡Ya!

Y lo habrían hecho si, en ese mismo momento, Moira no les hubiera asestado su último golpe.

Porque puede que Argos hubiese subestimado a los Rebeldes.

E incluso que Némesis hubiese puesto en duda su pericia.

Pero la Arquitecta sabía bien lo que se jugaba y, por eso mismo, no estaba dispuesta a dejar pasar el Aniversario sin demostrar su talento. Especialmente si con él podía pisotear a sus rivales.

Tanto a los internos, que en adelante quedarían desacreditados ante el Senado.

Como a los externos, de los que habría muchos menos en el futuro gracias a su nueva arma.

Por eso, lejos de seguir las instrucciones de Némesis, mantuvo a sus Náyades preparadas. Convencida de que, si algo fallaba, serían de utilidad.

Y en ese momento lo eran.

Al menos, eso pensó cuando vio cómo su ejército de ninfas de agua encontraba e identificaba, gracias a sus poderes para leer la mente, a todos y cada uno de los Rebeldes infiltrados en la Plaza.

Ahora solo quedaba esperar a que, una vez descubiertos, los Ejecutores —la nueva estirpe de Cíclopes que había conseguido desarrollar y a los que había caracterizado con el rojo de la sangre y el negro de la muerte— hiciesen su trabajo.



Y eso, comprobó Moira con orgullo, era exactamente lo que estaba a punto de suceder.



## 23

### POLIFEMO

¿De dónde había salido aquel ejército de Cíclopes rojinegros y seres de agua?

¿Cómo era posible que las fuerzas del Nuevo Orden hubieran sido capaces de adelantarse a sus movimientos?

Leda estaba furiosa consigo misma. No dejaba de culparse por haber subestimado al Senado. Tal vez deberían haber asumido la ejecución de Clío y Néstor como algo inevitable, pues ahora que los habían rescatado, era posible que todos acabaran prisioneros. O, peor aún, muertos.

Se culpó por albergar pensamientos tan fúnebres, pero asediada por los Ejecutores y las Náyades, le resultaba imposible no lamentarse de las decisiones que los habían llevado hasta allí. Sus armas solo servían para contener el ataque, aunque, como la experta capitana y estratega que era, sabía que apenas contaban con los proyectiles suficientes para resistir unos minutos más.

A pesar de su dispersión, todos los Rebeldes se alinearon en un círculo defensivo. A su alrededor, las Náyades cobraban la forma de personajes del pasado que solo T. y Ariadna fueron incapaces de reconocer: ninguno de los dos sabía quién era aquella mujer de ojos grandes y almendrados que los miraba con expresión ausente.

—Necesitamos refuerzos. —Céfiro estaba dispuesto a jugarse la vida buscándolos.

—No llegarán a tiempo —respondió Orión.

—¿Y cuánto podremos aguantar? —Calipso quería creer que aún podían vencer.

—No mucho... —A Aracne le hubiese gustado responder lo contrario, pero estaba demasiado ocupada manteniendo el escudo de protección que habían improvisado juntas y que, al menos, les serviría como trinchera durante unos minutos más.

Ariadna, consciente de que no había más que una salida, miró muy seria a T.:

—Tiene que ser ahora.

—¿Y si no soy yo?

—Eres tú.

Aunque temía fracasar, decidió convertir en seguridad toda la confianza que Ariadna le estaba demostrando. No deseaba fallarle, pero, al igual que no dudaba de ella, sí lo hacía de sus habilidades.

Ariadna sacó su libro mientras T. cerraba los ojos y trataba de imaginar alguno de los pasajes que había leído la noche anterior. No sabía cómo había sucedido lo del Laberinto, pero ahora no tenía tiempo de esperar a que se produjese otra casualidad similar. Necesitaba una respuesta urgente. Así que se dispuso a liberar sus emociones para dejarse arrastrar por ellas: si Ariadna tenía razón, gracias a ese estado de semiinconsciencia, acabaría ocurriendo algo. Si no, solo sería un intento frustrado antes de que los Ejecutores rompieran el escudo de protección.

Entornó los ojos un segundo e intentó emborracharse de los recuerdos que emanaba su apresurada lectura de aquel libro.

El héroe, su viaje, la isla de Ítaca, Penélope...

Luchaba por dejarse llevar, a pesar de los disparos y gritos que seguían sonando a su alrededor. Le costaba mantener las imágenes en su cabeza durante más de un segundo, apenas unas décimas, como si aquello que imaginaba estuviese condenado a borrarse de inmediato... Y de pronto sintió que la gigantesca silueta de una criatura que le resultaba profundamente familiar lo ensombrecía todo. Abrió los ojos y notó que se hallaba en un extraño estado de duermevela: de algún modo, todo lo que pasaba en su cabeza estaba sucediendo, a la vez, fuera de ella.

Ante él, o quizá dentro de él, formado por la misma niebla de la que le habían hablado, se erguía un ser monstruoso. De la familia de los Cíclopes, gigantesco, encerrado en una cueva... Polifemo. El mismo ser al que había vencido Odiseo tras clavar una estaca en su único ojo.

En su sueño, si es que podía llamarse así el extraño estado de sopor en el que había entrado T., el héroe disparaba su lanza una y otra vez. La lanza se clavaba en la pupila del gigante y este caía al suelo, derrotado. Visualizó

decenas de veces aquella secuencia de gestos, hasta que un estruendo de golpes metálicos lo despertó.

T. abrió los ojos y descubrió cómo, uno a uno, todos los Ejecutores caían fulminados al suelo tras quemarse su único ojo electrónico. Los Rebeldes aprovecharon el desconcierto para reorganizarse dentro del Círculo y, por fin, Ariadna pudo desprenderse de la estúpida peluca que la cubría y correr hasta sus padres.

—¡Hija! —La abrazó Néstor, deshecho en lágrimas.

—Lo has conseguido —la felicitó Clío, deslumbrada por el prodigio que acababan de presenciar, a la vez que ambos la estrechaban con fuerza.

—No he sido yo —respondió ella sin soltarse de aquel abrazo que tanto había extrañado. Y volvió la mirada hacia quien era el auténtico responsable—. Ha sido cosa suya.

Layo y Orión se miraron como si acabaran de confirmar una sospecha que, a pesar de no haber compartido con nadie, los hubiera acechado durante mucho tiempo.

—¡Replegaos!

Leda aprovechó la debilidad de los Ejecutores para pedir a sus tropas que ahorrasen balas. No causaban efecto alguno sobre las mujeres de agua, y era conveniente reservar todo el arsenal posible para salir de allí con vida.

Mientras tanto, los cíborgs se desplomaban sobre el asfalto ante el asombro de Moira y la indignación de Némesis, que, consciente del peligro que corrían, exigió a su escolta que los sacaran inmediatamente de allí. Moira intentó retenerla, pero la Presidenta se mantuvo firme: prefería que se arruinase el Aniversario antes que caer en manos de los Rebeldes.

—Haz venir un batallón de Rastreadores cuanto antes —exigió a Argos, que se había anticipado a sus instrucciones y ya los había llamado—. Puede que los Rebeldes hayan acabado con nuestra celebración, pero quiero asegurarme de que ninguno sale de aquí con vida.

—Aún podemos... —Moira no quería abandonar la Plaza sin demostrar antes la valía de sus Náyades y, con ella, la suya propia.

Némesis ni siquiera se dignó responder. Le bastó con una mirada incendiaria para que la Arquitecta supiera que no había discusión posible. Protegidos por la escolta oficial, todos abandonaron el lugar, no sin que antes Moira diese una última orden a su ejército de ninfas.

Una instrucción arriesgada y cuyas consecuencias desconocía.

—¡Matadlos! —Fue todo lo que dijo, sin que Némesis pudiera oírla, a través del sistema de audio que conectaba a las Náyades con su voz.

Moira salió de allí convencida de que, a la mañana siguiente, la Plaza del Fuego estaría llena de cadáveres.

Y así fue.



## 24

### SOLO ES EL PRINCIPIO

Ninguno de ellos había visto nunca algo semejante. Aquellos seres translúcidos se deslizaban con absoluta libertad por el espacio, llenándolo todo con sus formas cambiantes y amenazando con inundar la Plaza y ahogarlos de un momento a otro.

Ni las armas, que Leda y su gente disparaban ya indiscriminadamente, ni tampoco los golpes con que T. y sus padres trataban de inmovilizarlas surtían efecto. Las criaturas que los asediaban no mostraban la más mínima debilidad y, en cambio, cobraban nuevas formas ante la mirada cada vez más asombrada de los Rebeldes.

Fuera lo que fuera lo que movía a aquellos seres, resultaba evidente que su funcionamiento respondía a un mecanismo mucho más complejo que el de los demás cíborgs del Nuevo Orden. Su físico no solo les permitía adquirir diversas formas, sino que también eran capaces de duplicar y hasta triplicar su tamaño frente a sus enemigos.

Ariadna sabía que era su turno.

En un momento como aquel, donde ninguna de las herramientas con que contaban bastaba, solo cabía probar suerte con la magia.

Las Náyades habían empezado a sumar sus fuerzas, creando un gigantesco río que amenazaba con ahogarlos en cualquier momento. Cada vez resultaba más difícil diferenciar a unas ninfas de otras, pues todos sus cuerpos se fundían en uno solo, que se extendía alrededor de los rincones de la Plaza.

No había tiempo para buscar respuestas en su libro. Ariadna debería conformarse con su memoria, en la que —tras tantas lecturas y

entrenamientos con su familia— guardaba un recuerdo nítido de sus principales pasajes.

Cerró los ojos.

Tenía que encontrar una palabra.

La palabra.

Y dibujar cada letra antes de que aquellos seres de agua convirtiesen la Plaza en un cementerio. Esa responsabilidad, de la que era plenamente consciente, la aturdía.

—¡Es imposible huir de aquí! —gritó Céfiro, que se afanaba por buscar una salida en medio de ese río que no dejaba de desbordarse.

—Si consiguiéramos abrir una brecha que nos permitiera escapar... —Leda, fiel a su naturaleza, no estaba dispuesta a rendirse.

—¿Una brecha en el agua? —Orión no entendía lo que Leda estaba proponiéndoles—. ¡Eso es físicamente imposible!

—No dejes que te confundan con sus trucos baratos —protestó la capitana—. Solo son cíborgs. Si conseguimos contener a algunos, seguro que podremos abrirnos paso.

Todos miraron la muralla que se había formado a su alrededor. Una inmensa pared de agua que rodeaba la Plaza y avanzaba hacia ellos. Era cuestión de segundos que cayese sobre sus cabezas y los ahogase, a no ser que, como había propuesto Leda, lograran dar con la forma de atravesar ese torrente.

—¿Y luego qué? Alguien tendría que quedarse atrás para mantener abierto ese camino.

—Es el único modo, Aracne.

—Lo siento, pero no. No pienso dejar a nadie atrás —repuso, convencida de que debían encontrar una solución que los salvase a todos.

—Por algo eres el corazón del viejo —le sonrió con tristeza Calipso, aludiendo a las palabras de Dédalo—. Pero a veces el corazón se debe callar para que trabaje el cerebro.

—No voy a permitir que hagas ninguna tontería.

—Es mejor que caiga una a que lo hagamos todos.

Calipso lo había decidido: si era capaz de abrir esa salida en aquel muro de agua, la defendería el tiempo necesario para que sus compañeros la atravesaran. Incluso si eso le costaba la vida.

—De aquí vamos a salir juntas —fue todo lo que le dijo Leda mientras seguía intentando resistir los embates de las Náyades—. ¿Me has oído? ¡Juntas!

Y, alentados por su grito, todos los Rebeldes arreciaron sus golpes, como si hubieran recobrado fuerzas en medio de un combate donde solo alguien podría llevarlos a la victoria. Alguien que por fin había encontrado la palabra.

—Es tu turno. —T. le devolvió, con una mirada cómplice, la responsabilidad que ella le había cedido antes.

—¿Y si me equivoco?

El joven se encogió de hombros.

—Al menos lo habrás intentado.

Ariadna deletreó la palabra escogida y la dibujó, tan rápido y con tanta intensidad como le fue posible, en su cabeza.

E-S-C-I-L-A

Seis letras que se correspondían con el nombre de un monstruo marino conocido por su fiereza y al que, según Homero, temían todos los navegantes. ¿Qué otra criatura podría oponer resistencia a aquel ejército de siluetas acuáticas? Si aquel mar, en forma de ninfas, intentaba ahogarlos, también tendría que ser el mar quien acudiese en su rescate.

De pronto, ante ellos comenzó a dibujarse —con la misma precisión que las letras en la mente de Ariadna— una criatura mitad mujer y mitad pez, de cuya cintura sobresalían una docena de perros que ladraban rabiosos. Las Náyades recobraron su forma individual y, tras deshacer la muralla que habían construido hacía solo unos segundos, reaccionaron rodeándola. Sin embargo, tan pronto como se acercaban a Escila, esta las absorbía con la misma fiereza con que hacía naufragar los barcos. Eso, al menos, era lo que se contaba de ella en la *Odisea*. Y eso era lo que Ariadna había conseguido que sucediera ahora fuera de sus páginas.

Pero en esta ocasión sintió algo más.

Quizá porque era la primera vez que no había ojeado su ejemplar antes de provocar el prodigio.

Quizá porque se hallaban en una situación de riesgo extremo.

Quizá porque el rostro de aquella mujer con su mirada de agua había logrado desestabilizarla.

Ariadna no tenía la respuesta, pero sí sabía que, mientras Escila libraba un colosal combate contra las Náyades, algo ocurría también en su interior. Una quemazón que, bajo la piel, parecía trazar una de las letras que ella acababa de dibujar. Como si, en algún lugar de su cuerpo, se estuviese tatuando la inicial de la palabra que había desencadenado el hechizo.

Le quemaban los brazos. Las piernas. La espalda. Era como si todo en ella ardiese. Como si una llama recorriese sus miembros para grabar a fuego los



nombres que sacaba de su libro.

Gritó.

Nadie pudo escucharla.

Pero gritó.

Aunque su voz quedó sumida en el estruendo de la lucha entre Escila y las Náyades que, al recuperar su forma individual, permitieron a Leda y a Calipso iniciar la fuga que antes resultaba impracticable.

—Tenemos que irnos. ¡Ya! —Néstor y Clío cogieron a su hija, paralizada por un dolor que no podía explicar, a la vez que Layo y Orión se ocupaban de buscar a T.—. ¡Vámonos!

En ese mismo instante, de los rincones marcados con la silueta del Equus de los Rebeldes, surgieron los Pegasos que les permitirían huir hasta Ítaca. Divididos en grupos, subieron en ellos mientras observaban cómo Escila y las Náyades se fundían hasta formar un único mar. Una extensión de agua que, ya inerte, se extendía sobre toda la Plaza.

—¿Y eso? —T. no pudo evitar fijarse en que, ahogados por aquellas criaturas, parecían amontonarse cadáveres de gentes que no habían visto a su lado en el círculo defensivo.

Sus padres no supieron qué responder. Pronto se hallaron demasiado lejos como para distinguir la identidad de aquellos cuerpos, y la euforia de su llegada a Ítaca hizo que aquel interrogante cayera pronto en el olvido.

—Lo habéis logrado —los felicitó Dédalo, orgulloso del éxito de sus tropas—. Bienvenidos, Clío y Néstor.

—Gracias, Dédalo —lo saludó Clío—. Gracias por todo, de verdad.

—Solo es el principio —los interrumpió Leda—. Ahora que hemos arruinado el Aniversario, seguiremos debilitando sus estructuras hasta que el Nuevo Orden desaparezca.

—No apresuremos los acontecimientos. —Dédalo temía que la euforia los llevase a formular juicios erróneos: valoraba su entusiasmo, pero le preocupaba que subestimasen a sus enemigos—. Hemos conseguido una victoria, pero la guerra será larga. Y, por desgracia, también dolorosa.

—Al menos, contamos con dos aliados excepcionales para ganarla —afirmó Calipso mientras señalaba a T. y Ariadna.

Ambos sonrieron, aunque ninguno de los dos parecía estar allí en ese momento.

Ni T. se mostró tan feliz de recibir aquel elogio como sus padres habrían esperado, ni Ariadna parecía prestar demasiada atención a lo que se decía de ellos.

Quizá porque acababa de darse cuenta de que, tal y como le indicaba la quemazón en su espalda, en ella se había dibujado una letra. Una «E». La inicial de la palabra que los había salvado. La palpó con su mano mientras los demás se felicitaban y se disponían a descansar.

De algún modo, sentía que aquella letra se había grabado de dentro hacia fuera, como si ese fuego que antes había sentido la hubiese dibujado y adherido para siempre a su piel. Ni siquiera se atrevía aún a decirlo en voz alta, pero parecía que esta vez el prodigio no hubiese nacido de su libro, sino de ella. De su propio cuerpo. ¿Y si, tras tantos entrenamientos y tantas lecturas, había llegado a incorporarlo y a hacerlo suyo?

Sus padres la interrumpieron en sus reflexiones y, durante un rato, logró olvidarse de la letra, del fuego y hasta de la posibilidad de que ese ejemplar, de algún modo, formase parte de ella misma. ¿Tenía sentido pensar algo así? ¿Era posible que esas páginas viviesen también en su interior? Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por la alegría contagiosa de los Rebeldes, que llenaba el Refugio. La victoria que habían conseguido era demasiado importante y, por una noche, se permitieron celebrar un triunfo que (así lo querían creer) auguraba un nuevo futuro.

Lejos de allí, ajena a la serenidad que otorga la victoria, Némesis recorría con estupor la Plaza del Fuego acompañada de su séquito de leales. Apolo, Moira, Hermes y Argos la seguían y, como ella, mostraron su perplejidad al descubrir que aquel lugar se había llenado de cadáveres.

Al principio creyeron que podrían ser los Rebeldes, pero pronto se dieron cuenta de su error: aquellos cuerpos anónimos pertenecían a hombres y mujeres del pasado, criminales que habían sido ajusticiados por el Senado durante sus diez años de gobierno.

—Te prohibí que lo hicieras —reprendió Némesis a Moira, que prefirió no excusarse para no seguir alimentando la ira de la Presidenta—. Te dije que tus Náyades no estaban preparadas.

—Si no hubiera sido por esa maldita niña... —intercedió Apolo, tratando de disculpar a la Arquitecta.

—Hay que limpiar la Plaza hoy mismo. Argos, utiliza todos los Cíclopes que necesites, pero en cuestión de horas no debe quedar aquí ni un solo cadáver, ¿entendido? —Mirando directamente a Hermes, añadió—: Encárgate de que no quede constancia de lo que ha pasado. No quiero ver ni una sola imagen, ni un vídeo, ni tan siquiera un mensaje al respecto. Invéntate lo que

quieras, pero los reportes sobre el Aniversario deben contar nuestra versión y obviar este desastre.

—Había muchos testigos —se atrevió a contradecirla el Ministro.

—Pues busca el modo de controlar la narrativa: que crean que todo ha sucedido tal como nosotros decidamos contárselo. Bastará con que los bombardeemos con los hologramas adecuados para que den más crédito a nuestras imágenes que a su propia memoria. Además, siempre puedes convencerlos de que han sido víctimas de otro videomontaje de los Rebeldes. Haz lo que sea, ¿está claro? Lo que sea con tal de que esto se recuerde como el Senado necesita que se recuerde.

Hermes asintió y Némesis salió de allí, dispuesta a encerrarse en Naxos mientras fingía no haber visto los cuerpos... Sin embargo, a pesar de que desvió la mirada, había reconocido sin dificultad a aquella pareja en medio de la montaña de cadáveres que habían dejado las Náyades.

—Quemadlos —fue su única decisión al respecto—. Quemadlos a todos.

Era urgente que todos aquellos cadáveres ardieran sin dejar rastro. En especial los del hombre y la mujer que habían desatado en ella todos sus demonios.

Él se llamaba Pigmalión.

Y ella, Galatea.

El día siguiente amaneció tan luminoso en Ítaca como nublado en el Senado.

Mientras los Rebeldes celebraban la victoria y tramaban nuevos planes que pudieran poner en jaque al Nuevo Orden, en Geonia se evaluaban las pérdidas y se diseñaba un plan para reforzar la confianza de los ciudadanos en el sistema y, muy especialmente, en los Cíclopes, cuya actuación había desatado el pánico y, a buen seguro, reavivaría la polémica sobre el papel de los cibernéticos en Ypsilon.

Una vez más, dos mujeres de edades y destinos diferentes se preguntaban qué clase de futuro las aguardaba.

La mayor sospechaba que nada de lo sucedido había sido casual, e intuía que lo ocurrido con los Cíclopes habría sido imposible sin la ayuda de alguien de su propio equipo. ¿Sería posible que hubiera un traidor en el Senado?

La más joven se preguntaba si la letra que había aparecido en su espalda sería una marca permanente o temporal, y si aquello volvería a ocurrir la próxima vez que utilizase el libro. ¿Cuántas veces más estaría obligada a pasar por eso?

Ninguna de las dos tenía las respuestas, pero ambas estaban decididas a encontrarlas. Y sabían con quiénes podían contar para ello.

Así que Némesis decidió que se reuniría con uno de sus más viejos aliados, Apolo, para pedirle que, en secreto, investigase si había un traidor en sus filas.

Mientras tanto, Ariadna, convencida de que T. podría entenderla, lo buscó para mostrarle el tatuaje de su espalda y contarle lo ocurrido unos días atrás.

Estaba convencida de que estaría en el gimnasio, haciendo sus ejercicios diarios. Sin embargo, se sorprendió al no encontrarlo allí.

Preguntó en el Archivo, por si hubiera acudido para saciar una improbable curiosidad por los mismos libros que hacía no mucho despreciaba, pero Helena tampoco lo había visto. Cada vez más nerviosa, Ariadna registró palmo a palmo todos los rincones de Ítaca.

El móvil de T. tampoco daba señales de vida, pero eso no era una novedad en el Refugio, donde todas las comunicaciones se establecían a través de un complejo sistema de criptocodificación que, además de evitar que fuesen interceptadas, también perjudicaba la señal.

—Creíamos que estaba contigo —le respondió Orión cuando ella les preguntó por su hijo—. ¿Tú tampoco lo has visto hoy, Layo?

—Cuando me levanté ya no estaba en su cama. Supuse que se habría ido a entrenar.

Su preocupación aumentó conforme fueron pasando las horas. Pidieron a Dédalo que diera la voz de alarma en el Refugio, pero ninguno de los Rebeldes conocía su paradero. ¿Se había escapado de Ítaca? ¿Lo habían raptado?

Esto último era imposible, insistía Aracne, pues si alguien hubiera entrado en la sede de los Rebeldes, sus sistemas defensivos lo habrían identificado. Su huida parecía la única opción probable, pero resultaba demasiado amarga. Especialmente para sus padres, que se sentían responsables de aquella desaparición.

—Si hubiéramos hablado con él antes... —se lamentaba Orión.

—Se supone que no debíamos hacerlo.

—Hicisteis lo correcto —trató de serenarlos Dédalo, que había sido quien, hacía dieciséis años, les había pedido que guardasen silencio sobre el origen de T.

—Hicimos lo que tú nos ordenaste. Lo que esa estúpida profecía dictaba... —le respondió Layo—. Pero cuanto más vamos descubriendo, menos claro tengo que fuese lo correcto.

—Estoy seguro de que volverá —aseguró el anciano—. Por si acaso, ya he dispuesto que se activen los recursos entre todos los Rebeldes para encontrarlo.

Tanto sus padres como Ariadna solo encontraban una explicación para su marcha: que el descubrimiento de su propio don lo hubiese obligado a aislarse de todos en busca de respuestas. Asumir algo así no resultaba sencillo, y quizá T. solo estuviera cogiendo fuerzas. Tomando distancia para entenderse, atemperar su ira y asimilar el cambio que acababa de marcar su vida para siempre.

Tal vez ella habría hecho lo mismo si la verdad le hubiese llegado de un modo tan abrupto, pensó Ariadna. A lo mejor, con su huida, solo pretendía llamar la atención. O incluso provocar a sus padres, a quienes puede que culpase de haberle ocultado unos poderes que tal vez conocían. O quizá solo quería alejarse durante unas horas para respirar y asimilar su nueva realidad.

Pero Ariadna no tardó en darse cuenta de que no solo había desaparecido él: tras revisar sus pertenencias, contuvo un grito al descubrir que su libro no estaba.

T. se había llevado el ejemplar mágico consigo.

Entonces fue cuando de verdad entendió las palabras de Leda: aquella primera victoria no era más que el principio.



# LOS ARCHIVOS DE DÉDALO

## NOTAS PARA LOS REBELDES

Esta información ha sido extraída de  
las páginas censuradas de los Dos  
Ejes.

Su contenido es confidencial y debe  
ser protegido, ya que oculta las claves  
de muchos de los mecanismos y  
estrategias del Senado.

Se ruega su difusión para captar  
nuevos aliados en la lucha contra  
Ypsilon.

Para su divulgación, se aconseja  
utilizar los bibliohologramas o  
cualquier red o dispositivo  
tecnológico al alcance.

## LUGARES Y TERRITORIOS: UN MAPA DE LEYENDA/...

.../El Hades. Reino de los muertos gobernado por el dios del mismo nombre. Situado en el inframundo, para acceder hasta aquí es necesario cruzar el río Aqueronte en una barca guiada por Caronte, el barquero de las aguas infernales. Está custodiado por Cérbero o Cancérbero, un perro guardián de tres cabezas.

.../El Tártaro. Abismo horrible y región más profunda del inframundo. En él se hallan encerrados los Titanes junto con todos aquellos criminales castigados por la crueldad de sus acciones.

.../Ítaca. Isla griega ubicada en el mar Jónico y patria de Odiseo. Debido al estallido de la guerra de Troya, este se vio obligado a abandonar su hogar, del que permaneció alejado durante veinte años: una década luchando en la batalla y otra década tratando de regresar a Ítaca en un agitado viaje.

.../La Estigia. Según el primero de los Dos Ejes, uno de los cinco ríos del Hades. Debe su nombre a la oceánide Estigia, hija de los titanes Océano y Tetis. Rodea el inframundo y constituye el límite entre el reino de los vivos y el de los muertos.

.../Laberinto de Creta. Construcción de Dédalo, un célebre arquitecto ateniense que diseñó este laberinto por encargo del rey Minos para encerrar... al Minotauro.

.../Naxos. Isla griega del mar Egeo en la que Teseo abandonó a Ariadna tras vencer al Minotauro.

## HÉROES, DIOSES Y CRIATURAS FANTÁSTICAS: LOS MITOS DETRÁS DE YPSILON/...

.../Apolo. Hijo de Zeus y Leto y hermano gemelo de la diosa Ártemis. Se trata de uno de los dioses más importantes del Olimpo. Suele representarse como un joven fuerte, bello y

atlético, habitualmente con su arco y su lira. Es el dios de las artes, la música, la adivinación y la medicina.

.../Argos. Constructor y tripulante de la nave *Argo*, con la que Jasón partió en busca del vellocino de oro (la mágica piel de un carnero alado). Los que, como Argos, acompañaban a Jasón en su aventura recibieron el nombre de Argonautas.

.../Ave Fénix. Ave inmortal capaz de regenerarse y volver a nacer a partir de sus propias cenizas.

.../Caronte. Barquero que conduce a los muertos a través del río Aqueronte a cambio de una moneda. Los propios muertos reman la barca hasta el Hades, de donde jamás podrán regresar.

.../Cíclopes. Criaturas gigantescas que poseen un solo ojo en medio de la frente. Según los Dos Ejes, los tres primeros fueron hijos de Urano y Cea. De entre todos los cíclopes, el más célebre es Polifemo, hijo de Poseidón y la ninfa Toosa.

.../Galatea. Estatua de marfil erigida por Pigmalión, rey de Chipre, quien llegó a enamorarse de su propia creación. Gracias a la intervención de Afrodita, la diosa del amor, la escultura cobró vida y Pigmalión pudo casarse con ella.

.../Gea. Diosa de la Tierra de la que nacieron las montañas, Ponto (el mar) y Urano (el cielo). Con Urano alumbraría a la stirpe de los Titanes.

.../Hermes. Hijo de Zeus y de la atlántide Maya, ejerce de mensajero de los dioses. Destaca por su elocuencia y por su astucia. Se cuenta que entregó a los humanos el don de la palabra.

.../Minotauro. Monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro nacido como resultado de una venganza: su madre, Pasífae, se enamoró de un toro por un hechizo de Poseidón, que pretendía hacer enloquecer a su marido Minos, rey de Creta. El Minotauro fue encerrado en un laberinto y devoraba a los jóvenes que se aventuraban a entrar en él, hasta que Teseo lo venció con la ayuda de la hija de Minos, Ariadna.

.../Moiras. Equivalente griego de las Parcas: diosas hilanderas que tejen el destino y señalan la hora de la muerte.



.../Náyades. Hijas de los ríos. Son las ninfas de las fuentes, arroyos y manantiales.

.../Némesis. Diosa de la venganza que, según los Dos Ejes, otorga a cada persona su merecido.

.../Orfeo. Hijo del dios Apolo y la musa Calíope, célebre por su bella voz y por su talento tocando la lira, con la que amansaba a las fieras. Tras la muerte de su amada Eurídice, los dioses le concedieron la oportunidad de descender al Hades para rescatarla. Sin embargo, incumplió la única condición para su rescate (no volver la cabeza para mirarla) y acabó perdiéndola para siempre.

.../Pandora. Considerada por los Dos Ejes como «la primera mujer», fue creada por Hefesto. Tras casarse con Epimeteo, recibió como regalo una tinaja que no debía destapar. Pero Pandora, presa de la curiosidad, acabó abriéndola y de ella salieron todos los males. Cuando al fin consiguió cerrarla, solo quedaba dentro la esperanza.

.../Pegaso. Caballo alado hijo de Poseidón y Medusa. El héroe Perseo cercenó el cuello a Medusa (que estaba embarazada de Poseidón), y de ese orificio salió Pegaso.

.../Pigmalión. Rey de Chipre que esculpió la estatua de una mujer tan hermosa que acabó enamorándose de ella. Afrodita, la diosa del amor, se apiadó de él y dio vida a la mujer, que recibiría el nombre de Galatea.

## **HÉROES. DIOSES Y CRIATURAS FANTÁSTICAS: LOS MITOS DETRÁS DE ÍTACA/...**

.../Aracne. Joven griega que, según el Segundo Eje, era célebre por su habilidad tejiendo. Convencida de su talento, llegó a desafiar y a superar a la mismísima Atenea. Ofendida, la diosa la castigó por su soberbia y la transformó en una araña.

.../Ariadna. Princesa cretense, hija de Minos y de Pasífae, que se enamoró de Teseo y lo ayudó, traicionando a los suyos, a vencer al Minotauro y a escapar del laberinto. Rara ello, se

servió de un hilo con el que marcaba el camino que debían recorrer para salir. Aunque huyeron juntos hacia Atenas, Teseo acabó abandonándola en Naxos.

.../Calipso. Ninfa que habitaba en la isla de Ogigia, uno de los lugares que acogieron a Odiseo en su regreso a Ítaca. Enamorada del héroe, logró que este permaneciese a su lado durante un tiempo.

.../Céfiro. Dios del viento del oeste, hijo del titán Astreo y de Eos, la diosa del amanecer.

.../Clío. Musa de la Historia, es una de las nueve hijas de Zeus y la titánide Mnemósine (diosa de la memoria). Su función consiste en asegurarse del triunfo de las acciones nobles y generosas.

.../Dédalo. Arquitecto, ingeniero e inventor de gran talento. El rey Minos le encargó la construcción del laberinto de Creta para encerrar al Minotauro.

.../Helena. Hija de Leda y Zeus, que sedujo a su madre tomando la figura de un cisne. Célebre por su belleza, contrajo matrimonio con Menelao y fue raptada por Paris. Este secuestro provocó el inicio de la guerra de Troya.

.../Layo. Rey de Tebas y padre de Edipo que, tal y como predijo el Oráculo de Delfos, murió a manos de su propio hijo.

.../Leda. Mujer de Tindáreo, a la que Zeus se unió transformado en cisne. Tuvo cuatro hijos: Cástor y Clitemnestra, hijos de Tindáreo, y Pólux y Helena, hijos de Zeus.

.../Néstor. Rey de Pilos y uno de los hombres que lucharon en la guerra de Troya. Reputado por sus consejos y su sabiduría, en el Primer Eje se cuenta que hospedó al hijo de Odiseo, Telémaco, cuando este salió en busca de su padre.

.../Odiseo. También conocido como Ulises, fue uno de los héroes más famosos de la guerra de Troya. Rey de Ítaca muy célebre por su astucia y su ingenio, pasó diez años en la batalla y otros tantos tratando de volver a su patria, tal y como se cuenta en la *Odisea*, el primero de los Dos Ejes.

.../Orión. Gigante hijo de Poseidón y que, según Homero, también era un gran cazador.

.../Teseo. Héroe ateniense conocido por vencer al Minotauro con la ayuda de Ariadna, a quien abandonó a su suerte en Naxos. Ya en Atenas, contrajo matrimonio con Fedra, que acabaría enamorada de su hijastro Hipólito.

.../Tiresias. Adivinó ciego de la ciudad de Tebas conocido por sus enigmáticas profecías. Sus augurios solían ser difíciles de descifrar, pero jamás se equivocaban. Según el Segundo Eje, un día golpeó con su bastón a dos serpientes que estaban copulando y quedó convertido en mujer. Permaneció así siete años, y solo recuperó su naturaleza de hombre cuando volvió a golpear a dos serpientes mientras se apareaban.

## **LOS MITOS DETRÁS DE LA BATALLA/...**

.../Circe. Bruja y hechicera que habitaba en la isla de Ea, capaz de transformar en animales a quienes la ofendían. Así lo hizo con los compañeros de Odiseo, a los que convirtió en cerdos. Sin embargo, después de enamorarse del héroe, acabó ayudándolo y ofreciéndole astutos consejos para llegar a Ítaca.

.../Equus. Símbolo inspirado en el caballo de Troya, una de las estrategias más celebres de Odiseo durante la guerra contra los aqueos. El héroe ocultó a sus soldados en un gran caballo de madera y los troyanos, convencidos de que se trataba de una ofrenda por su victoria, lo introdujeron en la ciudad.

.../Escila. Según el Segundo Eje, era una ninfa de la que se enamoró el dios Glauco. Circe, llevada por los celos, envenenó las aguas de la fuente en la que se bañaba y la transformó en un monstruo marino con torso de mujer, cola de pez y seis perros que nacían de su cintura. Enemiga de los navegantes, la presencia de Escila suponía un peligro infranqueable que Odiseo sí logró superar, aunque perdió a seis de sus hombres en el intento.

.../Polifemo. Cíclope hijo de Poseidón y la ninfa Toosa, a quien Odiseo derrotó mediante un engaño. Tras convencerlo de que

su nombre era Nadie, logró cegar su único ojo clavándole una estaca sin que el gigante, que gritaba a los demás cíclopes que «*Nadie* lo había atacado», pudiera conseguir ayuda.

.../Poseidón. Hijo de Crono y Rea y hermano de Zeus y Hades. Tras derrocar a su padre, Zeus se quedó con los cielos; Hades, con el inframundo, y Poseidón, con los mares. Representado habitualmente con un tridente que simboliza su poder, habita en la profundidad del océano junto a su esposa Anfitrite.

.../Sirenas. Seres híbridos con cabeza y cuerpo de mujer, y alas y extremidades inferiores de pájaro.

Estos monstruos, dotados de voz seductora e hipnótica, eran capaces de arrastrar a los marineros al fondo del mar con sus cantos. Odiseo, sin embargo, consiguió salvarse y evitar una muerte segura gracias a las advertencias de Circe.

.../Tántalo. Hijo de Zeus y una oceánide que fue castigado por los dioses a sufrir hambre y sed eternas: su condena consistía en hallarse junto a un estanque y bajo un árbol repleto de frutas, sin poder beber ni comer de ninguno de ellos.

.../Zeus. Hijo de Crono y Rea y hermano de Hades y Poseidón, es el dios que ostenta el gobierno del Olimpo y, por tanto, también posee la autoridad y el poder sobre los demás dioses. En el primero de los Dos Ejes aparece a menudo acompañado de su símbolo: el rayo.



NANDO LÓPEZ (Barcelona, 1977) es doctor *cum laude* en Filología Hispánica, novelista y dramaturgo y ha sido durante años profesor de Lengua y Literatura de Secundaria y Bachillerato.

Desde joven se sintió atraído por el teatro, y en sus años universitarios participó en montajes como autor y como director, llegando a crear su propia compañía teatral con la que estrenó sus primeros textos. Con el tiempo, ha sabido conjugar su pasión por la literatura, el teatro y la enseñanza. Autor de relatos y de varias novelas, le llegó el éxito con *La edad de la ira*, finalista del Premio Nadal 2010, texto que adaptó más tarde a lenguaje teatral y que recorrió los escenarios españoles. Como autor de literatura infantil, ha sabido acercar el teatro a los más pequeños con títulos como *La foto de los 10000 me gusta* en la colección El Barco de Vapor. En los textos de sus novelas juveniles le gusta tratar temas como la inclusión, la homosexualidad, el acoso escolar y el impacto de las nuevas tecnologías, como muestra *En las redes del miedo*.

Como autor para adultos ha publicado, entre otros títulos, *Hasta nunca*, *Peter Pan* o *El sonido de los cuerpos*. Una faceta que combina con el teatro y la no ficción con libros humorísticos sobre la realidad educativa muy populares entre la comunidad docente, como *En casa me lo sabía* o *Dilo en voz alta* y

*nos reímos todos.* En la actualidad, combina la creación literaria con numerosos encuentros con lectores en colegios e institutos de toda España.